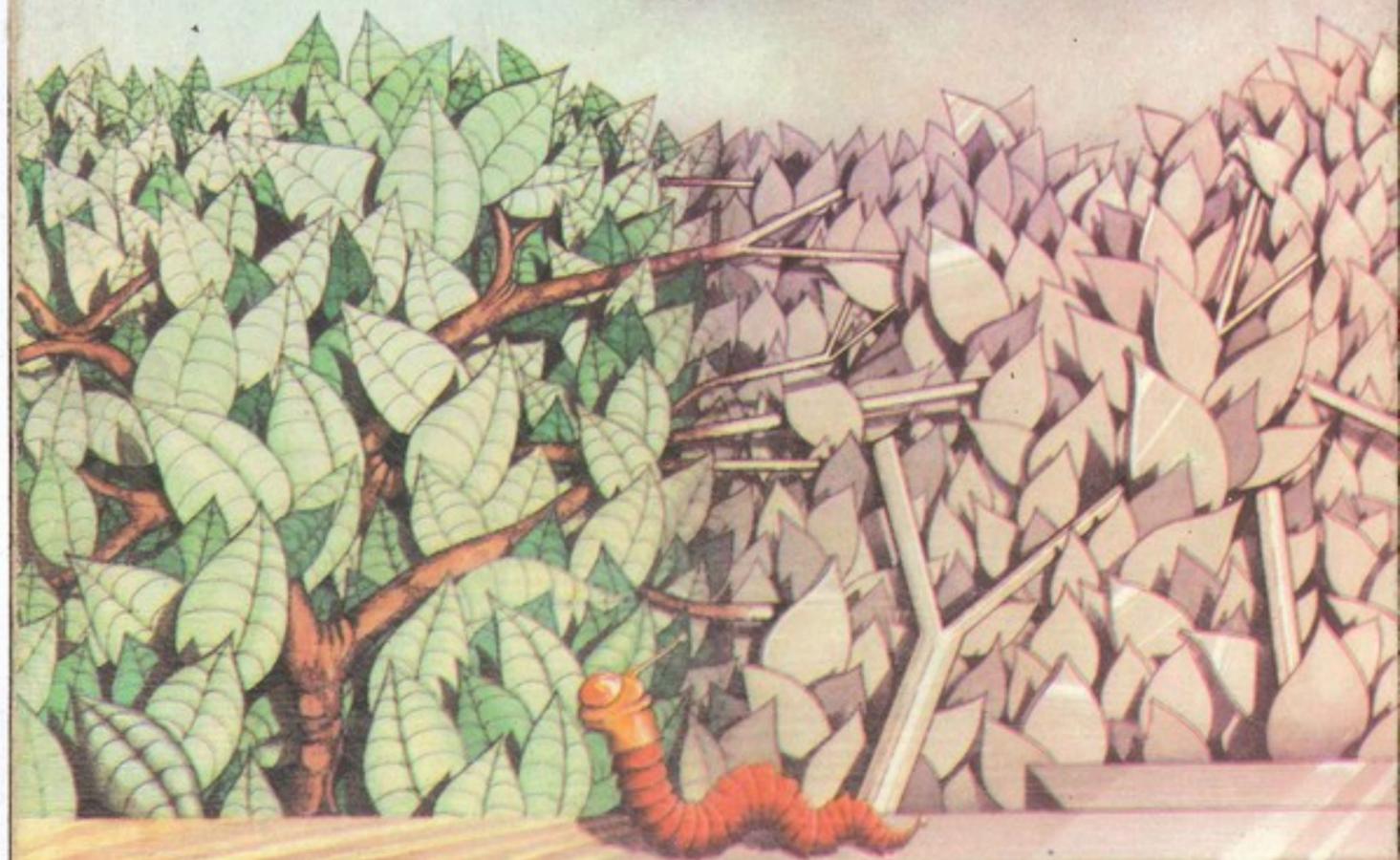


AÑO 1 - NUMERO 5 - \$p. 350

PARSEC

CIENCIA · FICCION

REVISTA



ROBERT SHECKLEY
MARIO LEVRERO
LEE KILLOUGH
EDWARD BRYANT
JACK HALDEMAN II

OCTUBRE 1984

AÑO 1

NUMERO 5

DIRECTOR EJECUTIVO
DANIEL RUBEN MOURELLE

DIRECTOR EDITORIAL
SERGIO GAUT VEL HARTMAN

COLABORADORES

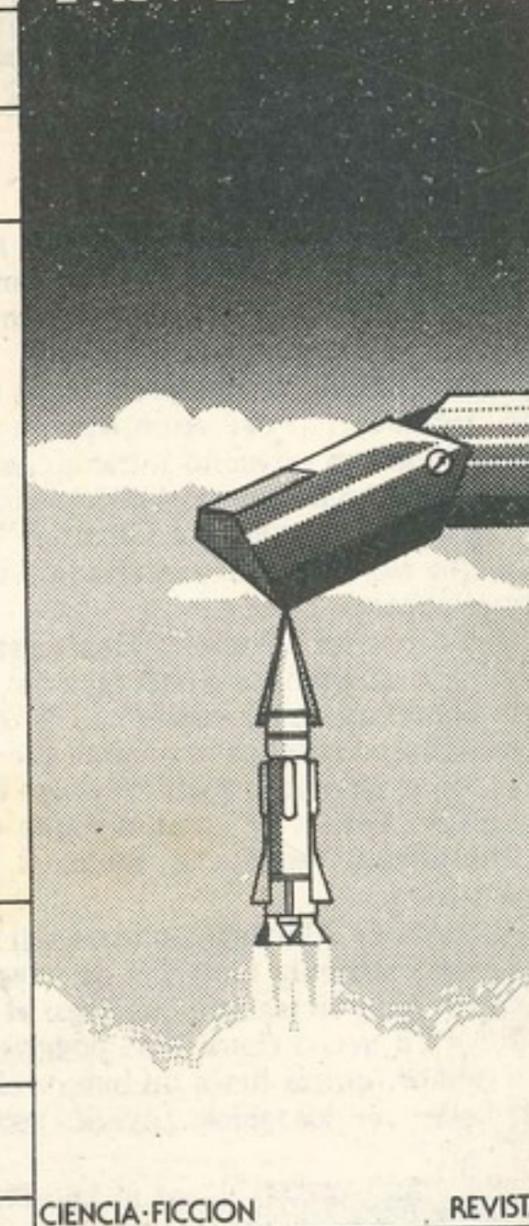
Pablo Ruina,
Graciela Parini,
Cecilia Polisená,
Alejandro Schwerdel,
Pablo Román,
Norma Dangla,
Mirta Rosenberg,
Verónica Figueirido,
Tomás Mooney,
Miguel Doreau,
Omar Comin,
Elvio E. Gandolfo,
Horacio Seto,
Alejo Cuervo,
Agustín Jaureguizar,
Joan Manel Ortiz,
Miguel A. Martínez

PRODUCCION Y DISEÑO
GRAFICOS
Taller de Ediciones Independientes
855-3472 / 854-9982

Impreso en el mes de septiembre
de 1984

Dibujo de tapa: Omar Comin

PARSEC
CIENCIA FICCIÓN

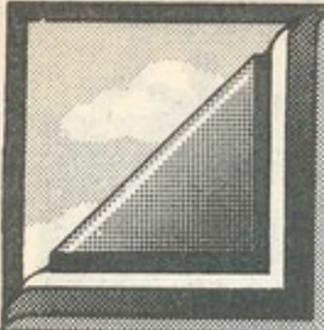


CIENCIA·FICCION

REVISTA

Parsec Ciencia Ficción Revista es una publicación mensual de Ediciones Filofalsía (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires, República Argentina). Distribuidor en Capital Federal: Mateo Cancellaro e hijo (Echeverría 2469 - 5o. C). Suscripciones e informes: C.C. 200, Sucursal 53 (B), (1453) C.F. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. (c) 1984, Filofalsía. Prohibida la reproducción total o parcial. Registro Nacional del Derecho de Autor Nro.: 265.514. Impreso en Argentina. Las menciones que se publican, incluidas marcas, ilustraciones y precios, tienen el carácter exclusivo de servicio y su publicación no implica responsabilidad o compromiso, excepto el informativo. PARSEC no recibe remuneración alguna por la información que publica. Los números atrasados pueden solicitarse al precio de tapa del último ejemplar en circulación.





EDITORIAL

Ahora podemos confesarlo (si lo hubiéramos dicho en su momento habríamos pecado condicionando la opinión de los lectores): nuestro número anterior pretendió ofrecer un descanso apacible, hasta cierto punto complaciente luego del intenso número 3.

Para aquéllos que interpretaron el tono ligero de Parsec/4 como una peligrosa patinada, una defeción, aquí va una entrega que contiene dramatismo, algo de zozobra, el hábito intranquilizador del asesinato, la sórdida finta de la venganza, el signo irrevocable del azar...

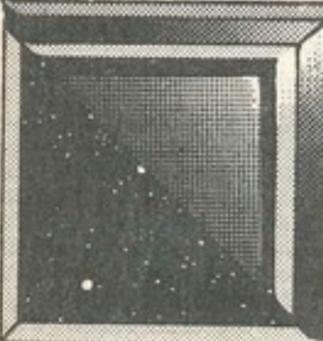
Termina "Un paseo por Camarjali"... y estamos satisfechos con la experiencia que supone haber serializado a un escritor nacional. Pero Camarjali es un asunto aparte.

Ofrecemos un Levrero (reciente ganador del Premio "Más Allá", nuestro Hugo —si se aceptan las comparaciones inapropiadas) y no es un Levrero corriente (continúa en el copete)... Pero no podemos ocultar que jamás nos sentimos cómodos en los escenarios que crea el uruguayo.

Y con el Bryant es peor. Hay algo en "El sol de la pradera" que recuerda a Bradbury. Pero a un Bradbury que termina de pasar por una galería de monstruosidades (conductas humanas, no se equivoquen) particularmente aterradoras.

El relato de Killough comienza tan suave, tan apaciblemente que muchos de ustedes sentirán la tentación de imaginar que no encaja en lo que decimos más arriba. Así que tendrán que llegar al final. El final.

Con "Un hecho científico" podemos reconocer que rizamos el rizo: otra vez el humor (quizás hasta un humor algo macarrónico), pero una carcajada puede helarse en los labios: ¿oyeron hablar de la caja idiota? Eso, no le veo la gracia.



Y por último Sheckley. Y otro relato aparentemente (me hago responsable del subrayado) simple. Pero, ¿acaso nos pasamos la vida observando las insensateces que nos envuelven?

(Es posible que haya salido un Editorial demasiado sofisticado y definitivamente poco formal. Por favor: vuelva a leerlo cuando termine la revista.)

Sergio Gaut vel Hartman

CONTENIDO

EDITORIAL / 2

Lee Killough
EL JARDIN DE LAS SIRENAS / 4

Mario Levrero
LOS RATONES FELICES / 22

Robert Sheckley
EL FUTURO PERDIDO / 36

Edward Bryant
EL SOL DE LA PRADERA / 43

Jack Haldeman II
UN HECHO CIENTIFICO / 54

Comin / Doreau
IDENT (III) / 60

Eduardo Abel Giménez
UN PASEO POR CAMARJALI (final) / 64

UN PARSEC DE INFORMACION / 87

LA NAVE CORREO / 94

El funcionamiento de géneros literarios diversos en contextos de ciencia ficción puede conducir a dramáticos callejones sin salida. De Lee Killough sólo conocemos "Acronos", publicado en Nueva Dimensión Nro. 147 y éste, su segundo relato publicado en castellano, les hará desear un tercero, un cuarto.

EL JARDIN DE LAS SIRENAS

Lee Killough

Los jardines de Silicivitas están de moda actualmente. Desde que un comerciante emprendedor compró Dalria, los rebautizó El Jardín de las Sirenas, y los transformó en el lugar para ver y dejarse ver en Gateside, no pasa sin que me encuentre con alguna mujer rica sentada en mi oficina con una chequera abierta que pregunta cuánto cobro por un paisaje de cristales. Dejo que Lee Emrys, mi compañero, encuentre una manera diplomática de rechazarla. Yo proyecté el Jardín en Dalria, pero lo hice por amor, por Lorna Dalriadian, y nunca más voy a hacer otro. Incluso

me niego a volver a visitar a Dalria. Lee se ocupa de las necesidades de mantenimiento.

Sin embargo sueño con él. Bajo las escaleras sinuosas y los senderos, junto a los racimos que cantan suavemente y me siento a descansar a la sombra, en un banco de piedra. Estoy escuchando el contrapunto de campanas y vibratos cuando oigo una risa jadeante que se alza por encima de los acordes musicales. Veo a Lorna Dalriadian avanzar hacia mí, sus ojos en sombra debajo del largo y pálido flequillo. Me estiro para apartarle los cabellos, pero hay un estallido y

luego un grito terrible que sube y sube en intensidad hasta que me despierto. En esas noches no vuelvo a dormirme sino que me quedo despierto, sentado hasta el amanecer, temblando por algo que es a la vez pesar y rabia.

Finalizaba la primavera cuando ella entró en mi recepción por primera vez. Era una de esas tardes que sólo son posibles en la montaña: brillantemente clara, con un intenso resplandor luminoso derramándose sobre los coloridos edificios de Gateside. Entró, me miró, y me dejó mudo y con temblor en las piernas. No era su belleza —las mujeres de su clase son siempre bellas, ya sea por el arte del cirujano o por el de la naturaleza, y tenemos bastantes clientas entre ellas como para que su sola presencia nos inspire alguna reverencia— podría haber sido una harpía con el mismo efecto. Todo lo que vi de ella fueron los ojos, los mayores y más intensos ojos que jamás hayan reflejado un alma. Eran el arcoiris, caleidoscópicos, la aurora boreal.

El color pulsante me hipnotizó. Podría haberme quedado mirándolos indefinidamente mientras cambiaban del tornasol al verde al violeta. Hasta que no bajó las pestañas, pobladas y oscuras como abanicos de pluma, no me dí cuenta de que me hablaba.

Se presentó y me preguntó por mis cristales con una voz suave y susurrante que me inspiró la visión momentánea de una colegiala inclinándose en una tímida reverencia.

En algún lugar encontré el interruptor de mis cuerdas vocales. —Sí,

tenemos una gran variedad. ¿Usted prefiere comprar o suscribirse?

Las Silicivitas de Timon es un criadero pequeño. Nuestro mayor volumen de clientes son compradores, turistas que han venido a ver el Transbordador de Montaña Diana y quieren llevarse a casa algo que haya venido de las estrellas a través de él, algo extraterrestre. Compran un pendiente para usarlo unas pocas semanas, y cuando deja de cantar, lo guardan cuidadosamente en una caja hasta que se rompe o lo tiran, agotándose el recuerdo de la canción y la belleza junto con el cristal.

Una suscripción, por otra parte, es continua. El criadero provee reemplazos cada vez que el cliente está insatisfecho con el tono o el color, o el brillo del cristal se apaga.

Cuando le expliqué las opciones a Lorna Dalriadian, se rio encantada. —Ya sé que están vivos, pero, ¿quiere decir que se marchitan como las flores?

—Algo parecido. —La conduje a la mesa de demostraciones y puse una cassette de muestras de tonos en el grabador—. ¿Le interesa un tono constante, variable o intermitente?

Se encogió de hombros, sus ojos cambiaron del plateado al azul de una laguna tropical. —Déjeme escucharlos todos.

Hice correr la cinta y se oyó una sucesión de tintineos intermitentes y repiqueteos, luego un vibrato variable, y finalmente algunas constantes de campanas. —Hay variedades con tonos más bajos, pero las mujeres

jóvenes como usted generalmente las encuentran demasiado formales.

—Entonces mi esposo las aprobaría. —Había un tinte de mal humor en su voz—. Peter dice que yo debería proyectar una imagen más adulta.

Conocía la reputación de Peter Dalriadian, un hombre considerablemente mayor que Lorna. Lo llamaban "El Hacedor de Reyes". Era el amigo que había que tener cuando se buscaba un puesto político, uno que supiera mover los hilos. Me pregunté cómo habría hecho para salir de las habitaciones llenas de humo el tiempo suficiente como para encontrar a esta criatura del sol y el amanecer.

—No puedo decidirme —dijo desconsolada. Se dirigió a mí pidiéndome ayuda—. Usted tiene más experiencia con ellos. ¿Elegiré alguno por mí?

—Si usted quiere, señora Dalriadian.

—Llámeme Lorna, por favor. —Su nariz se frunció—. Sra. Dalriadian me hace pensar en la primera mujer de Peter.

Nunca estuve más contento de hacerle un favor a un cliente. —Lorna, entonces...

Ella sonrió.

Otra vez me costó hablar. Lo que esa sonrisa hizo con sus ojos es más de lo que un pobre mortal puede soportar. —Pienso —dijo en un susurro similar al de ella—, que una campanilla le sentará perfecta, en un tono cercano a la mitad del espectro aural, digamos fa sobre el do central. ¿Cuál es su color favorito?

—Azul.

Toqué el intercomunicador. —Lee,

necesito una campanilla azul fa-positiva con burbuja pendiente y hábitat.

Mientras lo esperábamos le expliqué el costo de la suscripción y cómo se cuidaba el cristal. Siendo formas de vida extraterrestre, los cristales no pueden soportar nuestro ambiente salvo por cortos períodos de tiempo. Hay que usarlos en una burbuja que los aísla de la temperatura y atmósfera y además guardarlos en un hábitat con una solución nutritiva.

La desventaja de las joyas vivientes es que eventualmente mueren. El hábitat prolonga su vida hasta cierto punto. Le dije a Lorna que Lee o yo iríamos bimestralmente para hacer el mantenimiento del hábitat y le podríamos informar cuando fuera tiempo de cambiar el cristal por uno fresco.

Me estaba pagando cuando entró Lee con un hábitat bajo un brazo y una caja aislada en la otra mano. De la caja salía una suave nota musical.

Lorna lo miró con los ojos dorados. —Déjeme ver.

Lee abrió la caja. Encerrada en su burbuja pendiente, la Sirena anidaba en un lecho de hielo; era un cristal casi dodecaédrico de un vibrante azul cobalto. Sonaba mientras ella lo miraba. La nota se mantuvo clara durante un breve instante en el aire antes de apagarse. En unos pocos segundos la campanilla volvió a sonar.

—Es adorable —susurró.

Lee cerró el cartón y se lo alcanzó anunciándole que iría a colocar el hábitat a su domicilio.

Ella se paró y alzó los ojos. —Has-ta pronto. Muchas gracias.

Volví a la realidad para encontrar

a Lee haraganeando en la puerta con una ceja alzada hasta el nacimiento del pelo.

—Esa debe ser la mujer más hermosa de Gateside —le dije.

—Extraordinaria desde todo punto de vista —asintió.

Al contrario de lo que piensa la gente, Lee aprecia las mujeres hermosas tanto como cualquiera. Lo que sucede es que piensa en ellas más como finas obras de arte que como personas y tiende a ver mi ferviente interés en ellas con la misma actitud divertida y tolerante que tendría por, digamos, una afición por los paseos nudistas a medianoche en Star-gate Avenue. Sin embargo, el verlas objetivamente le dio la ventaja de ser capaz de desarrollar una aguda percepción y comprensión que la mayoría de los hombres no poseen.

—No permitas que esta nueva tontería interfiera en tu dedicación a los otros suscriptores —me advirtió, sonriendo.

También es capaz de leer en mí con una incómoda agudeza.

Me repetí con insistencia lo que Lee me había dicho, pero los ojos de Lorna me perseguían. Soñé con ellos aquella noche y me sentí sumergido en ellos durante el día entre los cristales titilantes del vivero. Me encontré anticipando la llamada de mantenimiento con una ansiedad absurda.

Creo que permanecí medio aturrido hasta que un día, una semana más tarde, el destello rojo de la luz de llamada me indicó que alguien había entrado en la sala de recepción. Entre la aislación acústica del vivero y la

de nuestros cascos especiales, no podemos oír nada. Así que tenemos la luz. El inconveniente es una necesidad. El muy ponderado canto de las Sirenas es tolerable sólo con selectiva moderación. La cacofonía producida por una población de cristales cubriendo todo el espectro puede destruir los tímpanos de una persona. Siete miembros de la expedición Outreach Cinco al planeta de Wynter regresaron completamente sordos.

Dejé a Lee supervisando el alimento de los lechos de los vibratos y me encaminé al frente a ver al cliente.

Era Lorna.

Con los ojos nublados, me alcanzó una caja de plástico —está muerto —dijo solemnemente.

Abrí la caja. La Sirena era apenas reconocible. Yacía en silencio, ostentando un color gris ceniciento, los bordes de las facetas agrietados y derrumbándose. Los cristales muertos son cosas frágiles, en particular los que se consumieron expuestos a nuestra atmósfera.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Se lo estaba mostrando a una amiga y tuve que salir de la habitación. Mi amiga lo sacó del hábitat para mirarlo más de cerca. Cuando cambió el sonido lo dejó caer y tuvo miedo de tocarlo otra vez. Cuando volví estaba así. —Sus ojos eran humo y brasas verdes—. Gritó —dijo con un susurro—. Era un sonido terrible, como de algo en agonía mortal.

Yo conocía el sonido. Ningún aullido humano de muerte se podía comparar a ese horror.

—¿Sienten el dolor? —preguntó.

—Nadie lo sabe. Podría ser un efecto mecánico, el cambio de temperatura podría acortar el intervalo sonoro y elevar la frecuencia de modo que suene como un grito, pero no podemos decirlo con seguridad.

—Sonaba como dolor. Lo oí aunque estaba en la otra punta de la casa.

—¿Su amiga está bien? —le pregunté—. Las frecuencias hiperagudas que los cristales producen en momentos como esos pueden provocar efectos serios.

Me miró intensamente por un instante, luego más allá de mí, con expresión pensativa. Dijo con un tono lejano. —Le dio dolor de cabeza, y se rompió un espejo. Sus ojos volvieron a enfocarme y miró otra vez lo que había en la caja—. ¿Qué va a hacer con eso?

—Por si hay todavía algún material utilizable, voy a alimentar con él a una comedora.

Ella parpadeó.

—Una comedora es una clase de silicivita que se alimenta de otras de la variedad Sirena —expliqué.

Sus ojos se abrieron y se volvieron plateados y risueños. —¿Una roca que se alimenta de otras rocas? Muéstreme.

—Timon está para servir a sus clientes. —Tomándola por el codo la llevé hasta el fondo y la coloqué frente a un panel de observación que daba sobre el vivero.

La dejé en el lugar sin molestarla por unos minutos para que absorbiera la visión de las mesas de cristales de todos los colores desparramados bajo la brillante luz blanca de los paneles solares. La polarización del pa-

nel de observación sólo filtraba las longitudes de onda nocivas: no disminuía en absoluto el reflejo. Lee se movía entre las mesas, parecía un extraterrestre con su casco.

Lorna suspiró y apoyó sus manos sobre el panel como tratando de alcanzar los cristales.

—Lee lleva una comedora en este momento —dije.

Observó a través del vivero. —Entonces por esos cantan —dijo pensativa—, para atraer a las comedoras.

Me sorprendió su perspicacia. Por lo que sabía ninguno de mis clientes se había detenido a pensar por qué los cristales producían sus diferentes sonidos, dejando al azar la deducción de las razones. Parecía haber una mente fina detrás de esos ojos magníficos.

—Es maravilloso —dijo—, supongo que hay rocas mayores que se alimentan de las comedoras, y rocas mayores que comen a éstas.

—En el planeta de Wynter, sí.

Se reclinó sobre el panel. La aurora boreal de sus ojos era iridiscente.

Colocó una masa rojiza en uno de los lechos. Una vez liberada, quedó inmóvil por poco tiempo. Entonces comenzó a escurrirse lentamente por el lecho hacia los cristales, semejante en todo a una ameba superdesarrollada. Le expliqué cómo el proceso reproductivo de las Sirenas utilizaba el sistema digestivo de las silicivitas más grandes para mezclar el material genético crudo y formar esporas que se deponen con los desechos de las comedoras.



—Debe ser excitante trabajar con criaturas tan fascinantes.

Asentí.

Suspiró profundamente. —Mi vida es un asfixiante lugar común. —Hubo un corto silencio mientras sus ojos vagaban por las mesas—. ¿Me dejaría pasar y elegir una Sirena por mí misma?

Lamenté rehusarme pero habría traído demasiados problemas con un pobre resultado. No hubiera podido oír a través del casco, y yo no quería tener la responsabilidad de introducir a una novata en un ambiente alienígena.

Sus ojos se pusieron grises por la decepción.

—Pero tenemos una cantidad de cristales tomados recientemente para

centros de mesa. Puede elegir entre ellos —sugerí.

Los cristales estaban dispuestos en filas sobre los estantes de un gabinete refrigerado. Con sus raíces filamentosas sumergidas en recipientes de solución nutritiva. Una onda de sonido frío y discordante rodó sobre nosotros cuando abrí la primera puerta. Las intermitentes del interior sonaron juntas y rompieron en un arpegio irregular, seguidas por una serie de acordes, algunos armoniosos, la mayoría discordantes.

Luego de una deliberación, Lorna eligió un tintineante color borraño.

—Centros de mesa —dijo mientras yo empaquetaba el cristal—. ¿Acaso son para el banquete de mañana a la noche en casa de Kathryn George?

Asentí.

—Siempre me gustaron sus decoraciones. Si usted la prepara hoy, ¿puedo verlo mientras lo hace?

Ningún macho podría haber rechazado esa mirada violeta. Le di una chaqueta térmica y una máscara de oxígeno —el local de trabajo es bajo en oxígeno y se mantiene por debajo de 0° para comodidad de los cristales— y me pregunté con deleite cómo iba a concentrarme con aquellos ojos mirándome y ese aroma cálido y perfumado en mi olfato.

Resolvió parte del problema por sí misma. —No quiero estar sólo parada acá. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

La dejé cargar los recipientes de cristales desde el gabinete a la mesa de trabajo y alcanzarme los bloques dentados cubiertos de terciopelo que usábamos para las bases. Pronto le estaba explicando las técnicas del arreglo de los cristales. Una sola pieza era lo suficientemente simple, sólo cuestión de combinar constantes, variables o intermitentes de tono bajo con otros complementarios de alta frecuencia. El desafío de un encargo como éste era combinar todos los arreglos entre sí al mismo tiempo que con los otros. Le mostré cómo arrancar las raíces filamentosas dejando lo suficiente como para sujetarlos a la base formando un agradable patrón de colores, luego cómo sellar las cubiertas de campana sobre los arreglos terminados. Para cuando llegó Lee, después de completar sus tareas de vivero, los centros de mesa estaban casi terminados y sobre la mascarilla,

los ojos de Lorna reflejaban los colores de los cristales que la rodeaban, centuplicándolos.

Lee alzó las cejas. —Parece que soy superfluo.

Gruñí detrás de mi máscara. —Casi. Se encendió la luz de llamada.

—Corrección, eres indispensable; me llaman.

Los clientes eran seis mujeres de edad mediana. De su conversación no tuve problemas en deducir que volvían de visitar el Transbordador y notaron mi letrero. Estaban interesadas en Sirenas baratas para recuerdo. Las convencí de comprar campanillas color pastel, y luego de darles las instrucciones para prolongar el brillo de los cristales —las que sin duda ya habían oído y seguirían tan pobremente como cualquier otro turista— guíé al rebaño parlotante hacia la puerta y regresé presurosamente a la sala de trabajo.

Las seis mujeres fueron sólo la primera de muchas interrupciones. Además de una catarata de turistas hubo llamadas de suscriptores que querían cambios y uno que quería encargar un arreglo pequeño para enviar a su esposa a la sala de maternidad del hospital. A pesar de todo el trabajo progresaba tan rápidamente que a la hora de cerrar sólo faltaban seis de los veinticinco centros de mesa para terminar.

Lorna se quedó mirándolos, oyendo las elevaciones y caídas de las notas musicales.

—Qué hermosas —dijo—, es como un concierto.

Me burlé. —Y para mi próxima

selección voy a tocar el Concierto del Jardín de Wynter.

Los ojos de Lorna se empañaron. Miraron a través de mí, como si miraran algo tan remoto como Andrómeda.

—¿Lorna? —pregunté ansioso.

—Un jardín —dijo lentamente—. Un jardín. —La aurora le encendió de nuevo. Su voz se animó—. Sería maravilloso.

Lee la observó, frunciendo levemente el ceño. —No un jardín de Sirenas.

Le expliqué: —Tienen una característica peculiar. De a una no son afectadas por los acontecimientos que las rodean pero cuanto mayor es el número, se vuelven más sensibles. Cuando la gente que está cerca es altamente emotiva las Sirenas reaccionan, usualmente elevando sus frecuencias. El resultado es un sonido que avergonzaría a un fantasma y, si el grupo es suficientemente grande, rompería todos los vidrios de los alrededores. Un jardín causaría estragos en toda la vecindad.

—¿En serio? —Por un instante sus ojos llamearon como los de un animal reflejando una hoguera, entonces, sonriendo me tomó las manos. —Este ha sido uno de los días más inusuales de mi vida. ¿Puedo volver otro día?

Resistí el deseo de poner sus brazos alrededor de mi cuello. —Por supuesto.

—Ya les voy a contar cómo quedaron los centros de mesa en el banquete. Hasta pronto, Lee.

El asintió.

Nuestras miradas la siguieron hasta la salida.

— ¡Dios mío!, es hermosa —dije—. Esos ojos.

—“... Ojos que tienen toda la apariencia...” —murmuró Lee.

—¿Qué?

Se dio vuelta para mirarme con tristeza. —Cuídate. No te enamores de esa mujer.

Gruñí. —Eso sería estúpido. Ya sabes cómo son las mujeres como ella; son caprichosas. Se zambullen en cualquier cosa nueva para escapar del aburrimiento. Supongo que no pasará mucho tiempo antes de que encuentre alguna otra cosa que la entusiasme.

—¿Y si se queda por un tiempo?

—Sólo recuérdame el notorio mal carácter de su marido.

Casi lo convencí.

Casi me había convencido a mí mismo hasta que volví a ver a Lorna. Vino al día siguiente del banquete de los George. Estaba de un humor indescriptible: maníaco pero trágico, como queriendo reír, pero demasiado cerca de las lágrimas. Algo salvaje acechaba detrás de sus ojos, emitiendo una incandescencia que me hizo tantear en busca de aire y tierra.

—Fue un desastre —dijo—. Oh, no los arreglos. Los arreglos estaban hermosos. Le quería contar a todo el mundo que yo había ayudado a hacerlos, sólo que —suspiró— Peter dijo que hubiera sido como admitir que rasqueteaba pisos como hobby.

“El problema fue el arreglo de los asientos. La señora George puso a los compositores Denny Keys y Lincoln

Howarth enfrentados en la misma mesa. Keys es un tradicionalista rabioso, como deben saber. Hizo una acentación despectiva sobre las armonías del centro de mesa. Howarth lo tomó como un ataque directo a los sonidos que usa, y empezó la pelea. Gritaron y los cristales comenzaron a gemir. Eso se extendió a todos los arreglos del salón.

Lancé un quejido.

—Era un caos. El ruido era como... como clavos que se metieran en el cerebro. Yo quería pelear, romper algo. A los demás les pasaba lo mismo. Todos comenzaron a gritarse unos a otros. Vasos y platos se hacían pedazos a diestra y siniestra. Todas las ventanas se rompieron. Keys y Howarth casi se matan el uno al otro antes de que los logran separar.

—Cancelar la suscripción de la Sra. George —dijo Lee.

Lorna lo palmeó en la mano. —Todavía me tienen a mí.

Ella se transformó en una visitante regular. Podíamos esperar que viniera tres o cuatro veces por semana. Le pregunté cómo disponía de tanto tiempo.

—Peter se ausenta con mucha frecuencia para ocuparse de la política —contestó—. Nunca me lleva, según dice, porque no soy lo suficientemente sofisticada. Eso quiere decir que me cree infantil.

Yo nunca la consideré infantil, aunque era cierto que hacía cientos de preguntas, como un chico. Algunas eran tontas, otras deliciosamente

inocentes. Muchas eran agudamente inteligentes.

Aprendió a ayudarme con los clientes y llevar a cabo pequeñas tareas en el vivero. Se dedicó a hacer muchos de los arreglos ornamentales. Sorprendentemente, tenía un talento natural para el diseño que era un poco mejor que el mío. Con la práctica podría haber sido tan buena como Lee. Al poco tiempo yo vivía exclusivamente para las horas que ella pasaba ahí.

Sólo Lee parecía descontento con la situación. La trataba con perfecta cortesía, incluso galantería, pero su reserva nunca se rompía cuando ella estaba presente, y si sonreía, era sólo con sus ojos.

—¿Qué tienes contra ella? —le pregunté finalmente.

Levantó la vista del arreglo que estaba haciendo para la boda de Guilford. —No fuiste capaz de dedicarle un pensamiento completo al criadero desde que ella anda por acá.

Gruñí tontamente. —Culpable. Sin embargo, debe haber algo más que eso. Yo me distraigo periódicamente con una u otra chica.

Cambió las posiciones de dos campanillas con mucha deliberación. —Esta está tan fuera de tu clase, Michael.

—¿Piensas que soy un cazador de fortunas? —había ansiedad en mi voz.

Contestó: —Me pregunto qué está cazando ella. Es una mujer muy fuera de lo común. Podría tener el hombre que quisiera.

—Y supongo que es imposible que me quiera a mí.

Las campanillas sonaron fuera de tono.

—¿Qué podrías darle que un centenar de hombres más ricos e inteligentes no pudieran?

—Es una mujer sola, Lee. Su marido se pasa el tiempo jugando al poder-detrás-del-trono, y cuando está en casa no hace otra cosa que encontrarle defectos a ella. Las personas solas se enamoran de gente que les da amor a cambio.

—Ella no está enamorada. Mírala objetivamente. No voy a decir que su ingenuidad sea necesariamente una pose, pero eso es solamente la superficie. De vez en cuando se puede ver algo muy diferente en sus ojos, algo oscuro y arcaico. Si te desea es por alguna razón, no por ti mismo.

El quejido ascendente de los cristales me rechinó en el filo de los dientes. Los apreté con irritación.

—Imaginé que eras incapaz de entender el amor entre un hombre y una mujer, pero nunca pensé que pudieras ser una puta celosa.

Aspiró profundo. —No quiero verte lastimado.

—Bien, no quiero tu preocupación —refunfuñé—. No te metas en mi vida privada, o me puedo olvidar que es de mala educación golpear a una dama.

Cerró los ojos. —Por favor, baja la voz. No voy a terminar nunca el arreglo con los cristales gritando de este modo.

Típico, pensé. Cuando se frustra se pone de mal humor.

Los momentos con Lorna se tornaron aún más placenteros. Cuando ella hacía los arreglos, se reía o cantaba con los cristales. Lo que más la fascinaba eran los agrupamientos vivos plantados en arena con las raíces intactas para máxima longevidad.

—Son como jardines en miniatura —acotaba—. ¿Es realmente imposible un jardín real?

—No cabe duda de que estás obstinada en tener un jardín, ¿no es cierto? Sí, me temo que es imposible. ¿Te acuerdas del banquete de la señora George? —le pregunté—. Imagínate ese efecto multiplicado muchas veces.

Suspiró. —Pero sería tan hermoso.

Hizo un hoyo en la arena con su índice. Poniendo un zumbador en la depresión empujó la arena de nuevo sobre la filamentosamente telaraña de raíces.

—Debe haber una forma de controlar la intensidad de sus reacciones —dijo pensativamente—. Ustedes usan un alimento desbalanceado para producir tonos menores para arreglos funerales. ¿No se podría hacer algo por el estilo para reducir la sensibilidad?

Consideré la posibilidad. —Se podría. —Cuanto más pensaba en eso, más seriamente lo pensaba. Si podía desensibilizar los cristales nunca habría una repetición del desastre de George—. Diablos, ojalá tuviera tiempo para experimentar.

Los ojos de Lorna centelleaban en tonos de obsidiana oscura. —No tengo otra cosa que tiempo.

Dejé que se encargara de una sec-

ción del gabinete. Lo llenó de cristales colocados en recipientes de arena empapados de alimento. La curiosidad me llevó a abrir el gabinete cada pocos días. Cada vez los sonidos parecían más extraños. La expresión de Lorna variaba entre abstraída y frustrada en ciclos de cuatro o cinco días. Decidí que era más sensato dejar que me contara cuando lo creyese oportuno que preguntarle por los progresos que hacía.

Entonces, algunas semanas más tarde, estaba ocupándome del trabajo administrativo cuando sonó un aullido que me puso la piel de gallina. El sonido parecía venir de la sala de trabajo. Corrí hacia la fuente lleno de salvajes especulaciones. ¿Se habrían apagado las serpentinas de refrigeración?

Lorna salió tambaleando, arrancándose la máscara de oxígeno. Jadeando, se arrojó sobre mí y hundió su cara en mi pecho. Me pareció lo más natural del mundo rodearla a mi vez con los brazos.

—Lorna, ¿estás lastimada? —le pregunté.

De repente echó la cabeza hacia atrás y se rio triunfante. —No se inmutaron. Los otros se volvieron locos cuando les grité, pero los azules no se inmutaron.

El sonido se había debilitado, resolviéndose en los tonos reconocibles de intermitentes y variables. A través de la puerta abierta pude ver la mesa de trabajo cubierta por los recipientes de cristales. En un extremo, ligeramente separados del resto había dos azules.

—¿Los desensibilizaste? —le pregunté.

—Algo. Murmuran un poco. Un jardín sería tal vez lo suficientemente ruidoso como para irritar, pero no peligroso.

La aparté con admiración. —¿Qué fue lo que lo produjo?

—Privación de Magnesio. —Se puso en puntas de pie y me besó fugazmente—. ¿Cuándo comenzarás con mi jardín?

Empezamos al día siguiente con abundantes bocetos y fotografías de los terrenos de Dalria desde todos los ángulos; entonces, mientras los paisajistas preparaban los lechos según mis especificaciones y la gente de electrónica instalaba los domos y soportes vitales, diseñé los arreglos.

Como estábamos demasiado ocupados para que Lee manejara los otros asuntos del criadero él solo, trabajé de noche. La sala de trabajo era la única área iluminada del edificio. Incluso los paneles solares del vivero estaban apagados. Sin luz los cristales permanecían inactivos, y era aterrador asomarse al vivero y escuchar solamente el murmullo bajo de las unidades de refrigeración, o sacar un cristal del gabinete y escuchar su sonido arrastrarse, confusamente disminuido, por varios minutos antes de que sonara una verdadera nota, como si lo enojara despertarse.

Cada noche conjuré la imagen de Lorna Dalriadian en la tranquila soledad y oscuridad. Con ella frente a mí, en un lugar donde podía estudiar cada detalle: su voz, risa, movimientos, la gloria de sus ojos... proyec-

taba mis modelos de color y sonido. No se admitía nada estridente, nada pesado o serio, sólo colores brillantes, puros y sonidos ligeros, danzantes: el fondo más suave con melodías de campanillas, tintineos altos, campanas suaves, y vibratos susurrantes.

A medida que cada lecho quedaba terminado, con los tipos y posiciones de las opciones finales diagramados en dibujos realizados en escala, le mostraba el plano a Lorna. Después de la primera vez se rehusó a ver más, aduciendo que no podía imaginar el sonido en un dibujo.

—Esperaré hasta que todo esté terminado.

Me hubiera gustado tener la opinión de Lee, para mayor seguridad, pero él nunca mostró interés ni curiosidad, y yo era demasiado terco como para pedírsela después de mi último choque con él.

A la mañana siguiente de terminar las últimas secciones me quedé dormido. Cuando llegué a la tienda, Lee me contó que Lorna había llamado para decir que no iba a estar en la casa.

—Su marido tiene que atender negocios fuera de la ciudad, y esta vez ella se va con él.

Me quedé mirándolo, furioso. ¿Fuera de la ciudad? ¿Cuando yo estaba preparado para empezar a plantar? ¿Cómo me podía hacer eso?

Lee me clavó la mirada a su vez. —Ella está casada con él —dijo—, y se le oía muy contenta, como una novia.

No podía creerlo. Peter Dalriadian nunca le había dado un momento de



felicidad en su vida. Lee estaba celoso de nuevo.

Continuó:—Me pidió que te dijera, de todos modos, que está ansiosa de ver el jardín cuando regrese. —Hizo una pausa—. Estuve mirando un poco los diagramas.

Recién en ese momento vi la pila de planos sobre el escritorio. —¿Qué piensas?

—Es un retrato de Lorna, ¿no?

Me sorprendió un poco. —¿Cómo lo adivinaste?

Enarcó una ceja. —Es demasiado gráfico como para no reconocerlo, mucho más de lo que te puedes imaginar. Las Sirenas pueden ser el único medio apropiados para expresarla. ¿Cuándo quieres empezar a plantar? Ocupamos los días siguientes en

rondas de mantenimiento, notificando a los suscriptores que temporariamente no estaríamos disponibles para nuevos encargos; entonces cerramos la tienda y nos dedicamos completamente al jardín.

Era un trabajo tedioso. Cada cristal, aislado en una burbuja, estaba numerado. Tenía que ser confrontado con los diagramas por el lecho y la posición, entonces debía ser transferido al lecho a través de la escotilla de acceso en la parte posterior del domo, sacado de la burbuja y plantado usando waldos.¹ Las escotillas eran pequeñas para reducir la pérdida de atmósfera y frío mientras estaban abiertas. Como cada lecho incluía docenas de cristales más trozos de madera y piedras de obsidiana y arenisca, la operación podía ocupar la mayor parte de la jornada. En nuestros mejores días a lo sumo podíamos terminar dos lechos cada uno. Para plantar un lecho particularmente largo y angosto que tenía cuatro escotillas separadas necesitamos dos días y medio.

Pero aunque el trabajo era lento, nos sentíamos mejor en lugar de más cansados a medida que avanzaba. Desapareció el silencio que nos rodeaba desde el primer día, reemplazado por una música que aumentaba cada día en volumen y variedad. Piezas de escultura esbeltas y etéreas llegaron para ocupar los pedestales vacantes y los centros de las fuentes. Yo esta-

¹ Waldos: manipuladores. Se usan habitualmente para manejar sustancias radioactivas. (N. del E.)

ba maravillado por el modo en que las preferencias de Lorna complementaban mis arreglos. Se colocaron bancos a lo largo de los senderos y en los descansos de las escaleras. Vimos cómo el jardín se iba transformando de una serie de números sobre el papel a una realidad rutilante.

Me parecía difícil creer que fuera mi trabajo. Era y no era lo que yo había diagramado en el estudio. Los sonidos eran muy diferentes al aire libre.

—Es bueno —dije incrédulo, parado con Lee en un sendero alto y mirando hacia abajo, sobre las terrazas.

Sonrió.

—Mañana terminaremos los últimos lechos —dije—. En una semana más...

Me dí vuelta para mirar hacia la casa y accidentalmente tropecé con el pedestal de una escultura. La graciosa forma que la ocupaba se tambaleó. Me ingenié para agarrarla un instante antes de que se cayera.

—En una semana más Lorna estará en casa —terminé.

Arreglé todo para estar ahí cuando ella dio su primera caminata por el jardín. Sólo me otorgó un sereno hola cuando me encontró cerca de la casa, pero el sol estaba avergonzado por la luz en sus ojos, y sus dedos se cerraron cálidamente sobre mi mano.

Caminamos por los senderos sinuosos, subimos los tramos curvos de escaleras, nos detuvimos ante las fuentes y estatuas. A medida que caminábamos, la música de las Sirenas cambiaba continuamente a nuestro alrededor. Una suave, ávida colección

de acordes comenzó a rondarnos, luego onduló risueñamente antes de mezclarse en un intercambio claro y gozoso. Las campanillas se mezclaban con el chapoteo de las fuentes, y arpeggios de tintineos sonaban a la sombra de viejos árboles frondosos. Lorna caminaba en silencio, sus dedos apretando los míos a cada nueva maravilla que encontrábamos. No dijo nada hasta que regresamos a la terraza en la cima del jardín.

Entonces fue sólo un susurro: —Oh, Michael.

Alzó la vista hacia mí y sus ojos se encontraron con los míos. Alzó la mano para tocar mi mejilla. —Es... perfecto.

Sus ojos no tenían fondo. Me dejé caer dentro de ellos, caer eternamente en la gloriosa aurora. Pero no había ningún color encendido. Inesperadamente era fría y vacía, un vacío de oscuridad sólo suavizado por un huraño resplandor rojo. En el pánico busqué un ancla que me volviera a la realidad.

—Casi rompí una de las esculturas —dije. Mi voz sonó firme—. Tendrás que hacerlas atornillar.

—Por supuesto, Michael. —Apoyó la cabeza sobre mi pecho—. Soñé cómo podría ser. Cada día que estábamos lejos yo me imaginaba cómo se vería y sonaría, pero nunca pensé que podría ser algo como esto.

La rodeé con mis brazos. —Estaba inspirado.

Se rió. El sonido encendió un fuego en mi pecho. Sus brazos se deslizaron alrededor de mi espalda, y mientras lo hacían el calor se difundió

hasta que incluso los dedos de mis manos y mis pies se quemaron.

—¿Tendremos una inauguración, Michael? Invitaré a todos los críticos de arte del país.

—Eso no es necesario.

Levantó la vista hacia mí. —¿No quieres que el mundo sepa la clase de genio que eres?

—No particularmente. Diseñé esto para ti, porque te a...

¿Quién era yo para declararle mi amor a una mujer como ésta? Pero, ¿por qué no? ¿Quién era más capaz de hacerla feliz?

—Lorna —dije antes de perder el ánimo otra vez—: te amo.

Nunca tuve tiempo de analizar el repentino fulgor de sus ojos porque de pronto una voz masculina llamó: —¡Lorna!

Salté hacia atrás como si ella se hubiera electrificado.

—¿Qué estás haciendo?

Miramos hacia el hombre que estaba en el ventanal. La cara me resultaba familiar. No me sentía capaz de calcular cuántas veces había aparecido borrosamente en los fondos de fotografías de figuras políticas.

—Hola, Peter —dijo Lorna.

Desvié mi mirada hacia ella con sorpresa. Nunca había oído ese tono fríamente seguro.

—Este es Michael Timon. Me estaba mostrando lo que hizo con el jardín.

—¿Timon? —Dalriadan se adelantó, escrutándome intensamente—. ¿Este es el hombre del que estás hablando siempre? Pensé que Timon

era aquel alfeñique que trabaja en el habitat.

—¿De dónde puedes haber sacado esa idea? —preguntó ella.

—De ti, obviamente —interrumpió él—. Sabes que no te habría dejado pasar semanas y semanas con él si hubiera sabido que Timon era un verdadero hombre. Me mentiste deliberadamente. ¿Por qué?

—Señor Dalriadian, no hay nada... —comencé.

—Ya voy a llegar a usted también. ¡En este momento estoy interrogando a mi mujer!

—No hice nada malo. Todos pueden atestiguar que te fui completamente fiel.

—¿Atestiguar? ¿Estuvieron planeando una audiencia?

—Señor Dalriadian —empecé de nuevo.

Esta vez fue Lorna la que me detuvo. Poniéndome una mano en el brazo dijo: —Mejor vete. Yo arreglo esto.

—El no va a ninguna parte hasta que yo no lo permita —gruñó Dalriadian.

La voz de ella se alzó por primera vez. —Peter, te estás poniendo en ridículo.

—A menos que lo hayas hecho antes por mí.

Ella se había escurrido por el costado hasta quedar del otro lado de él. Para mirarla, Dalriadian tuvo que darme la espalda. Abajo, a su lado, la mano de ella hacía gestos cortos indicando la puerta. Como no me moví inmediatamente me dirigió una mirada insistente. A re-

añadientes retrocedí. Le permití mandarme afuera sólo porque era obvio que estaba acostumbrada a escenas de esa clase.

El sonido de sus voces me siguió hasta el camión. Cuando subí, oí que la calidad de los tonos cambiaba. Parecían moverse hacia el jardín. Un gemido me hizo erizar los pelos de la nuca, confirmando mi corazonada. La discusión se producía cerca de la suficiente cantidad de Sirenas como para perturbarlas.

Arranqué el camión, sintiéndome aliviado. El ruido de los cristales detendría la pelea en poco tiempo.

Lyrae Drive serpenteaba alrededor de la montaña. En un punto doblaba sobre sí misma y se abría en una terraza mirador casi directamente sobre Dalria. Al pasar pude mirar sobre el borde y ver la mayor parte del terreno.

Aminoré la marcha hasta detener el camión para mirar a los Dalriadian.

Todavía estaban peleando. Lorna estaba parada en la mitad de un sendero, con el mentón alzado. Yo estaba demasiado lejos como para ver su expresión, pero su porte se veía desafiante. Su marido erguía amenazadoramente junto a ella. La tomó por los hombros. Ella sacudió la cabeza enfáticamente negando algo. El comenzó a sacudirla.

De repente ella se soltó y subió corriendo los escalones más cercanos hacia la casa.

El la siguió un tramo. Ella era mucho más joven y rápida como para que él la agarrara, sin embargo. Dalriadian se detuvo, apoyándose contra

el pedestal de una escultura y levantó el puño hacia ella.

Ella siguió corriendo.

Mientras Lorna desaparecía dentro de la cada, él la observó por un momento, luego giró la cabeza, mirando los agrupamientos de cristales en su domos que lo rodeaban. Se puso las manos sobre las orejas. Pude imaginar sin dificultad el efecto del sonido de aquellas Sirenas desensibilizadas sobre sus nervios. Apretando los puños Dalriadian dio un paso hacia el lecho más próximo. Se detuvo. Entonces, sin aviso previo tomó y levantó la escultura entre sus dos manos.

—No —grité olvidándome de que estaba demasiado lejos—. No lo haga.

Balanceó la escultura como un hacha y golpeó sobre el domo. Los domos estaban contruidos para soportar accidentes, pero no un ataque deliberado; se hizo pedazos instantáneamente.

Con la escultura aún entre las manos, giró hacia un segundo lecho.

Me agarré al volante del camión, haciéndome insensible a lo que era incapaz de evitar.

Sucedió aun antes de que diera el primer golpe sobre el domo. Se puso tieso. Dejando caer la escultura se agarró la cabeza. Yo estaba demasiado lejos para escuchar el alarido, pero lo imaginé, y se mezclaba con el tenue, distante aullido de muerte de las Sirenas que se consumían. Corrió en círculo arañándose a sí mismo, se tambaleó, y cayó. Sacudiéndose una vez más y luego se quedó quieto.

Puse el camión en marcha y lo hice girar en una curva cerrada hacia Dalria.

Estaba muerto, por supuesto. Yo estaba seguro de eso incluso antes de tocarlo. El lecho de silicivitas estaba muerto, también. Las otras cantaban suavemente otra vez, olvidando su irritación ahora que la fuente había desaparecido. Dejé caer la muñeca de Peter Dalriadian y subí hasta la casa.

Cuando alcancé la terraza, un movimiento en una ventana de arriba captó mi atención. Lorna espiaba entre las cortinas. Comencé a agitar el brazo, pensando que me estaba mirando, entonces vi que su mirada estaba más alta, en una línea hacia algún lugar por encima de mi cabeza y en el jardín. La seguí rápidamente. ¿Podía ver a su marido desde ahí? Yo podía; ella debía poder hacerlo. Me dí vuelta no demasiado seguro de cómo haría para ayudarla, pero queriendo ver su reacción.

Estaba sonriendo.

Algo frío trepó desde mis pies hasta mi abdomen y surcó con una larga mano de uñas afiladas la distancia que la separaba de mí.

La cortina volvió a su lugar otra vez.

No podía creer lo que esa sonrisa sugería; y aun, qué perfectamente encajaba todo: su interés por las Sirenas luego del accidente y el dolor de cabeza de su amiga, su abstraimiento cuando mencioné la letalidad potencial de los grupos de Sirenas, su determinación de tener un jardín, las esculturas sueltas en los

pedestales. Luego aquella escena en la terraza donde necesariamente debía verla su marido, el de temperamento violento e hipercrítico. Fue muy astuta. ¿Qué fiscal podría intentar probar que ella ayudó a Peter Dalriadan a asesinar a sí mismo?

¿Cuánto, entonces, había sido mentira? ¿Alguna vez había sentido verdadero cariño por mí, o sus besos y caricias habían sido un fraude? ¿La excitaba realmente el jardín? ¿Había sentido ella alguna otra cosa que el deseo de la rápida culminación de sus planes?

Yo quería ir hacia ella, para im-

plorar tranquilidad y caer en la dorada eternidad de sus ojos. Alcé la vista hacia la ventana, desgarrado.

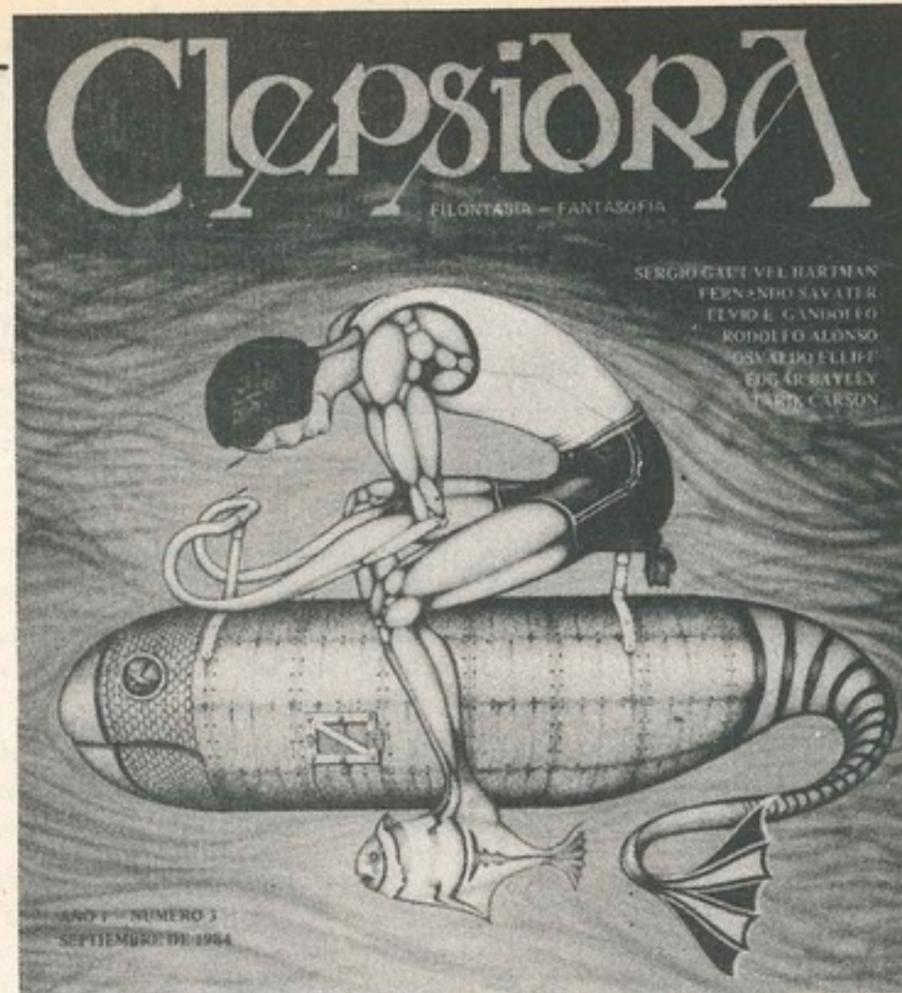
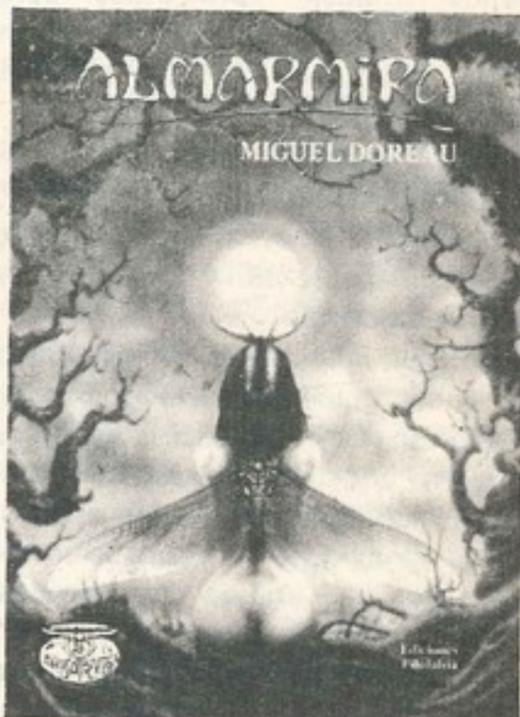
Las Sirenas cantaban en el jardín. Recordé que sus ojos no eran dorados sino oscuros y vacíos. Usando cada fragmento de mi voluntad, me arranqué de ahí, hundiendo mis dedos en mis oídos, y corrí hacia el camión.

Título original en inglés
"The Siren Garden"
(c) 1974 MERCURY PRESS INC.
Traducción de Pablo Román

ALMARMIRA es una novela de 192 páginas, formato 14 x 20 (el mismo que Parsec), que sirve de columna vertebral a la "Ronda de Almarmira" (ver boletines de La Brujutrampa publicados en Parsec Revista/1 y 2 y la lista de títulos publicados por Ediciones Filofalsía). En ella, Miguel Doreau (miembro honorario del C.S.I.A.) relata la historia del Pez tal como él se la contara en persona; es un libro imprescindible para internarse en las desconocidas mitologías de la Provincia de Buenos Aires y en la Cosmogonía del Arbol.

Aparecerá formalmente en el mes de octubre de 1984, pero podrá ser adquirida en forma anticipada, según el PROCON (ver aviso en las páginas de esta revista), enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal, o personalmente en la misma dirección (de lunes a jueves y de 14 a 17 hs.). No se distribuirá en kioscos.

Precio válido para octubre de 1984:
\$ a 375.-



Suscripción 1: Nro. 3 (sep. '84), nro. 4 (ene. '85) y nro. 5 (mayo '85) \$a 525.-
Suscripción 2: Suscr. 1 más el nro. 2 (mayo '84, ya editado) \$a 700.-
Suscripción 3: Suscr. 2 más el nro. 1 (ene. '84, ya editado) \$a 875.-

Bonificaciones:

- I) Cada suscriptor recibirá gratis cualquier otra publicación que editemos hasta el 31-8-85, excluida la serie PARSEC.
- II) Los suscriptores, si lo desean, tendrán derecho a comprar PARSEC REVISTA con un 30% de descuento haciéndolo por correo (mediante giro o cheque a nombre de TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167 (1414) Capital) o personalmente de lunes a jueves de 14 a 17 hs., hasta el 31-8-85 (PARSEC / 15). Las revistas podrán comprarse: (A) mes a mes, multiplicando el precio de tapa de dicho mes por 0,7 para saber su valor con el descuento; o: (B) en forma adelantada, multiplicando el valor de (A) por la cantidad de números que se desee reservar.

Nota: La bonificación (II) equivale a decir que, al 31-7-85, la suscripción a CLEPSIDRA le habrá salido gratis y con un ahorro adicional:
12 números de PARSEC REVISTA (12 x \$a 350.-) \$a 4.200.-
con el 30% de descuento, paga (\$a 4.200.- x 0,7) \$a 2.940.-

Usted ahorra \$a 1.260.- ; ¡Mucho más de los \$a 525.- que pagó por su suscripción!! Eso sin contar que podrá comprar todas las que quiera de cada número.

Precios válidos para octubre de 1984.

No creemos ser dueños de la verdad. Levrero (1940) desea que *no* se lo considere un escritor de ciencia ficción, sino un escritor, a secas, que *a veces* (muy de vez en cuando) puede escribir algunas páginas de ciencia ficción... como Kurt Vonnegut, Bernard Malamud, Woody Allen, Thomas Disch, Angélica Gorodischer, Carlos Gardini, Boris Vian, Gore Vidal, Aldous Huxley, Ursula K. LeGuin, André Maurois, Bertrand Russell, J. G. Ballard y Ray Bradbury.

LOS RATONES FELICES

Mario Levrero

—¿Seguro que puedo mirar, señor?

—Por supuesto, Andy. Debes hacerlo.

El león dejó caer la zarpa que cubría sus ojos. Me miró, entre recelo y atemorizado.

—No tengas miedo, Andy. Es allí donde debes mirar —señalé la caja sobre la mesa—. Eres un león bravo, Andy. ¿No dirás que le temes a un ratoncito inofensivo?

—No, señor —dijo Andy, un poco más seguro de sí mismo. Se sentó rígidamente sobre sus patas traseras y miró hacia la caja. Yo fui apretando en orden una serie de botones; algu-

nas luces se fueron apagando, otras realzaron la iluminación de la mesa y especialmente de la caja, cuya tapa se abrió con un movimiento de resortes que produjo en Andy un ligero estremecimiento; y del interior brotó una especie de selva de trapos y cartón pintado.

—Observa bien, Andy. Ahora verás al Ratoncito Feliz.

Después de unos instantes apareció el ratón, olisqueando y tratando de roer el cartón que simulaba un árbol. Miré al león de reojo; estaba tranquilo y seguía la escena atentamente.

El ratoncito cobraba confianza y se movía alrededor de las burdas construcciones de la caja; por instantes desaparecía entre el follaje, luego su cabecita feliz volvía a emerger mostrando la sonrisa indeleble, de oreja a oreja.

—Observa bien, Andy, y ten en cuenta que es sólo un ratón.

Apreté otro de los botones del panel, que tenía junto a mi rodilla derecha. Entre el follaje apareció una especie de soldadito de juguete, un cazador con una ametralladora de juguete. El ratoncito comenzó a bailotear alrededor del muñeco. El cazador giraba, como buscando apuntarle. De pronto sonó una ráfaga de metralla. Las balas perforaban el follaje pintado, aquí y allá. En algunos lugares surgían lenguas de fuego que dejaban un olor a trapo quemado y luego se extinguían. Andy movía la nariz con inquietud y era sacudido por breves estremecimientos, pero no apartaba la vista de la escena.

Por fin, una serie de balas alcanzó al Ratoncito Feliz, quien dio algunas volteretas y cayó entre los trapos pintados de verde. Moví algunas llaves y me levanté. Andy había vuelto a taparse los ojos con la zarpa derecha.

—Mira, Andy —dije. Había ido hasta la caja y levantaba el menudo cuerpo acibillado, tomándolo por la punta de la cola—. Debes mirar.

Andy miró.

—Acércate, muchacho. No hay ningún peligro.

Andy se acercó lentamente.

—Observa con atención. ¿Puedes decirme lo que ves?

Andy carraspeó, un poco más animado.

—Veo que el Ratoncito Feliz conserva su sonrisa, señor.

—Muy bien, Andy. ¿Y sabrías decirme por qué conserva su sonrisa?

—Porque ha muerto en el cumplimiento de su deber —dijo Andy, repitiendo cuidadosamente la lección—. No hay mayor felicidad que morir cumpliendo el deber que señala la ley.

—Muy bien, Andy —aprobé, y le di un terrón de azúcar—. Creo que pronto estarás listo para volver a la selva —agregué—. ¿Tú qué opinas?

—Espero que usted tenga razón, señor.

Sue. Sue. Sue. Este nombre me atormentaba. Hacía días que lo llevaba en la mente; surgía de improviso, y más que el nombre, sin resonancias ligadas a ninguna imagen concreta, me provocaba una creciente inquietud todo un entorno borroso, confuso, que lo envolvía. Hasta sentía ganas de llorar. Sue. Sue. Sue. "Tal vez" —me dije— "tal vez hace demasiado tiempo que no visito a las primas gatas".

Un hombre pensativo contemplaba la maravillosa puesta de sol a través del amplio ventanal del piso 17 de la Oficina de Planificación. El sol aparecía apretado entre los gruesos nubarrones y el mar, un fragmento chato de moneda hinchada al rojo vivo. En primeros planos la atmósfera

se había coloreado como en una serie de telones de distintas densidades, produciendo un rojo-rosado-violáceo realmente imposible, una figura más bien oval con el sol sobre el extremo inferior izquierdo. Luego había distintos tonos de violeta, hasta un violeta oscuro casi negro; y verde y dorado salpicando en distintos puntos, aliviando un poco las tensiones del paisaje. Los nubarrones, negruzcos, lejos del sol, formaban un techo sobre la ciudad.

—¿Preocupado por la tormenta? —era la voz de Teo. El hombre pensativo no se volvió.

—No —respondió—. No es la tormenta. Sabes, aumentan las noticias en forma estadísticamente alarmante. Evidentemente hay una falla en la producción de Kcrem.

—Un 0,4% no me parece en verdad alarmante —murmuró Teo, mirando los papeles.

—No lo sería, si no se hubiese alcanzado un grado de eficacia de 99,9999% —Frank, el hombre pensativo, dejó el sillón y se volvió hacia el otro—. Es grave —agregó.

—Después de todo —murmuró Teo— tal vez nada de esto haya tenido nunca ningún sentido.

—Bueno, nos pagan por nuestro trabajo.

—¿Te has comunicado con Kcrem?

—Sólo notas sutiles, que han respondido con la misma cautelosa medida. Pero creo que se impone una entrevista con el Gordo.

Elmer bailoteaba en mi bolsillo, mientras yo me preguntaba por qué y

una vocecita apenas audible musitaba de tanto en tanto "Sue, Sue, Sue" en mi mente. Como si alguien me aferrara de los brazos y me fuera guiando hacia donde yo no quería ir, los pasos me llevaron hasta la estación policial. Sin embargo, seguí de largo. Luego regresé. Elmer se puso tenso. Lo acaricié con la mano derecha, como pidiéndole perdón por mi falta de voluntad.

El agente me recibió de manera amable. Me preguntó nombre, clase, dirección y todo el formulismo de rigor. Anotó cuidadosamente los datos en una tarjeta y la entregó a un compañero, haciéndole una seña especial.

—Bien —dijo luego.

—Bueno —dije yo, y extraje a Elmer del bolsillo. El ratón bailoteó alegremente sobre el escritorio y miró al agente con ojos de curiosidad, siempre con esa gran sonrisa de oreja a oreja. El agente arrimó dos dedos de su mano derecha a las patitas del ratón y jugaron brevemente a pisarse y esquivarse.

—¿Bien? —repitió luego. Yo carraspeé.

—Bueno —dije—. Acabo de robarlo de mi trabajo.

—Oh, oh —murmuró el agente, y volvió a jugar con Elmer—. Simpático el bichito, ¿verdad?

—Sí —respondí—, me habría gustado llevarlo a casa.

El compañero volvió con un montón de otras tarjetas que depositó ante el agente, sobre el escritorio. Elmer las olisqueó y trató de roer alguna. El agente le dio a roer su dedo

índice, apartándolo de las tarjetas mientras las estudiaba.

—Ajá. Hmmm.

Yo me sentía muy nervioso. No debí haberlo hecho. No debí robar a Elmer pero ya que lo había robado, no debí entregarme. Quién sabe lo que me esperaba ahora. Esas manos invisibles, esa fuerza que me hacía hacer siempre lo que no quería.

—Bueno, bueno —dijo al fin el agente, apartando las tarjetas—. Una distracción, sin duda. Usted lo devolverá mañana, ¿verdad? O tal vez prefiera hacerlo ahora mismo.

—¿No van a detenerme?

El agente rió.

—Lo más que podemos hacer es darle este pase para el psiquiatra, para que le tramite unos días de licencia. Tal vez esté un poco cansado. Mire, señor Marco T., clase E, sus antecedentes son intachables. Este asunto no vale la pena ni registrarlo. Ojalá todos los ciudadanos fueran como usted. Por otra parte, el animalito es realmente simpático, ¿verdad? —Elmer bailoteaba sobre el escritorio, con su eterna sonrisa.

—El laboratorio ha logrado maravillas con ellos —dije.

—¿Y qué tal usted con sus leones? —evidentemente, en las tarjetas tenían una información muy amplia acerca de mí.

—No es fácil. No es fácil —respondí—. Pero algo vamos logrando. Creo que Andy estará listo en un par de semanas...

—Bien, bien —me extendió una tarjeta amarilla, el pase para el psi-

quiata—. Vaya a verlo. Unas vacaciones le vendrán bien, créamelo.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Todo —respondió, tendiéndome la mano. Elmer saltó a su brazo, corrió por él, luego por el mío y saltó a mi bolsillo. Tomé la tarjeta.

—Gracias —dije—. Adiós.

—Adiós, amigo. Duerma tranquilo.

En el Ambito Sutil, figuras celestes se desplazaban con alegre y cautelosa velocidad. Voces susurradas, cánticos apenas esbozados, aleluyas inaudibles para casi todos los seres humanos poblaban los aires. Algo estaba por suceder.

Mairam E., clase F, me miró con ojos asombrados.

—Se deslizó en mi bolsillo —expliqué confusamente—. Simpático el bichito, ¿verdad?

Ella se ruborizó.

—Señor Marco T., clase E,...

—Puedes llamarme Marco.

—...usted sabe muy bien que Elmer no puede haber saltado a su bolsillo. Por otra parte, su presencia en mi laboratorio...

—Escucha, Mairam, con tu suero preparas admirablemente a estos bichos; tu colaboración con mi trabajo es inapreciable. Pero no quería decirte esto; quería decirte...

—Señor Marco T., clase E,...

—Escucha, Mairam, no hay que ser tan rigurosos con esto de las clases. Es una convención social, solamente un problema de dinero. Muy pronto tú pasarás a ganar un sueldo igual al

mío, y también serás clase E. Quiero saber si entonces...

—...entonces, si se da el caso remoto de que yo pase a ser clase E, y sólo entonces, señor Marco T., clase E, usted podrá saber lo que desea saber. Mientras tanto, mi deber es mantener rigurosamente las distancias. Usted debería saberlo mejor que yo.

—Debería saberlo, pero no sé qué me pasa. Te seré franco: yo robé a Elmer. Quería tenerlo en casa, quería que fuese mi amigo. Sabes, logras maravillas con estos bichitos, parecen casi humanos. No puedo tolerar la idea de tener que ametrallarlos para que esos estúpidos leones...

—Por favor, señor Marco T., clase E, no continúe. En estos casos corresponde ver al psiquiatra. Unos días de vacaciones le sentarán muy bien, si me permite el consejo.

—Sí, se lo permito, gracias. Es el mismo que me dieron los policías. Aquí tengo el pase. Veré qué hago.

El Gordo, evidente clase C, no se sentía del todo cómodo ante Frank, clase B.

—Permítame señalar, señor, y esto sea dicho con el mayor respeto, no me parece enteramente justo adjudicar a Kcrem la entera responsabilidad de ese 0,4%.

Frank suspiró.

—¿Qué otra posibilidad cabe?

—Mutación —respondió brevemente el Gordo—. Una simple mutación en algunos individuos.

Frank se rascó la cabeza.

—Lo hemos pensado, desde luego. Pero el chequeo de esta posibilidad

también correspondería a Kcrem, ¿no es verdad?

—Para ello —respondió el Gordo, ya más seguro de sí mismo— necesitaríamos atribuciones especiales. Se trataría de invadir el fuero íntimo de una serie de respetables ciudadanos de diversas clases.

—¿No existen formas de operación menos, digamos, traumáticas?

El Gordo sacudió la cabeza.

—No. Un verdadero chequeo debe hacerse a fondo. Y es por lo menos una empresa complicada y costosa. Kcrem está dispuesta a hacerlo, desde luego, pero la orden debe venir de arriba. ¿No es así, señor?

—Eleven un informe. Nosotros elevaremos el nuestro. Supongo que en breve llegará la notificación para que comencemos a actuar. Pero insisto en que la entera responsabilidad corresponde a Kcrem.

—De acuerdo, señor.

—Sue, Sue, Sue... ¿no le dice nada?

—No, doctor. Ojalá me dijera algo. Es obsesionante.

—Para mí es muy claro, pero preferiría que lo dijera usted mismo.

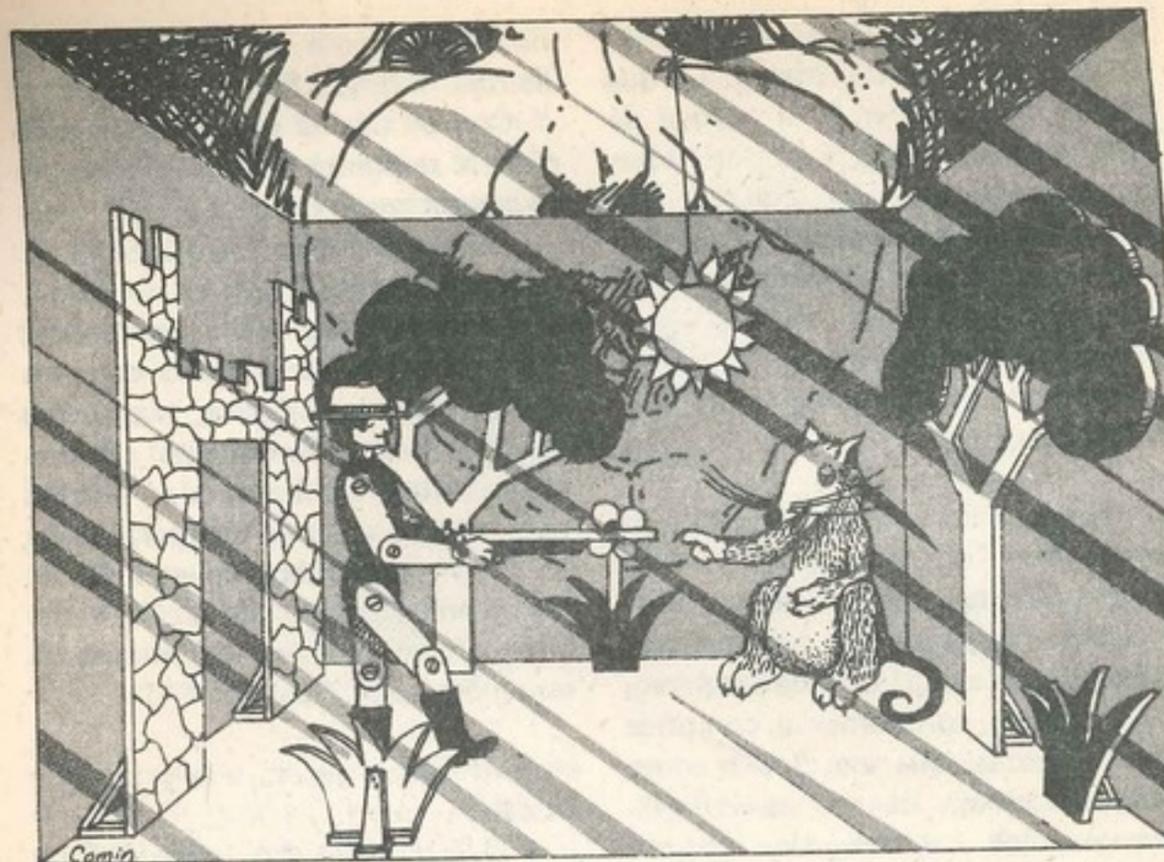
—Oh, déjeme, doctor. Estoy cansado. Tengo sueño.

—¿Tiene qué?

—Sueño —respondí malhumorado—. Anoche no pude dormir bien. En realidad, hace varias noches...

—Sue... ño —el psiquiatra sonreía ampliamente y se frotaba las manos—. Sue... ño. ¿Comprende?

—¿Sue... sueño? Oh, es una estupidez. ¿No puedo dormir porque me



obsesiona la palabra sueño? ¿O la palabra me obsesiona porque no puedo dormir? Es un círculo vicioso que no explica nada.

El psiquiatra señaló con la punta del lápiz una hoja de apuntes. Seguía sonriendo con satisfacción.

—Su padre, según usted mismo me dijo hace un rato, era profesor de inglés.

Yo asentí.

—A ver, entonces, asocie un poco más. "Sueño", en inglés...

—"Dream" —respondí rápidamente—. Se dice "dream", ¿verdad?

—Exactamente. Ahora busque un anagrama... cambie de lugar las letras, busque un poco...

Yo resoplé.

—Eso del complejo de Edipo...

qué tontería. ¿Estoy enamorado de mi madre?

—Digamos que la busca. "Madre" se reordena en su inconsciente subyugado por un superyó paterno, formando la palabra inglesa "dream". Pero la represión no permite que aflore tal cual; lo traduce al español, y aun así sólo puede aflorar parcialmente, y disfrazado con un nombre de mujer, otra vez en inglés... De paso, recompone la pareja padre-madre, una evocación femenina y masculina al mismo tiempo. Allí tiene a su Sue.

—El anagrama podría ser también "merda", en italiano —me había invadido una furia irracional—. Mierda, ¿no le parece? Uno de mis abuelos era italiano, y...

—Es lo mismo. La regresión lo lle-

va a las etapas anales de organización de la libido. Mierda, madre. Lo que habría que estudiar es el porqué de esta regresión. ¿No está satisfecho con el sueldo que gana, con su clase, con el trabajo que realiza?

—Oh, creo que sí. Demasiado satisfecho, tal vez.

—¿Demasiado?

—Bueno, quiero decir... Hay una chica clase F, que...

Esta mañana veo más cosas que de costumbre. Todo es distinto. Los colores presentan más matices, y hay muchos más objetos y personas que otros días. La mayoría de las personas caminan, curiosamente, con otras dos, armadas, que van detrás como guardaespaldas. El aire es infinitamente dulce y embriagador. Los colores del cielo son maravillosos. Me siento muy raro.

De pronto recordé: las pastillas Kcrem. Había olvidado tomar mi pastilla roja (para la clase E) al levantarme. Por primera vez en mi vida. ¡Dios mío! ¿Qué irá a sucederme ahora?

Caminé nerviosamente hacia el edificio donde trabajo. No quise tomar el ómnibus ni, menos aún, usar mi coche en esta deliciosa mañana primaveral, donde los cadáveres sangran tiñendo de un hermoso color bermejo... ¿Cadáveres? ¡Oh, Dios! ¿Qué irá a sucederme? Oh, si mi madre viviera... Estaría con el corazón en la boca. Esa vieja dolencia mía. Algo justamente relacionado con el corazón, creo. Pero le había jurado

no dejar un solo día la bendita pastilla roja. Y hoy... Sue, Sue, Sue.

Con un par de saltos, un bandido clase K se plantó ante mí y me apuntó con un enorme trabuco.

—Todo su dinero. Ya mismo.

Las ametralladoras lo barrieron. Miré a mis costados y vi a los hombres que me custodiaban. Uno de ellos extrajo un frasco Kcrem, el otro me abrió la boca presionando groseramente mis mandíbulas. Una pastilla roja. Luego, todo va desapareciendo de mi vista: el bandido acribillado, los guardaespaldas, los colores del cielo... y voy perdiendo memoria de estas cosas. Sue. Sue. Sue.

Entregué la receta a la gatita que cuidaba la puerta.

—Qué tal, precioso —saludó. Ellas no necesitaban guardar respeto de clase, tienen libertades especiales, aunque son de clase ínfima—. Hacía tiempo que no te veíamos por acá. Oh —silbó—. Tratamiento completo, por orden del psiquiatra. Muy bien, chiquito. Te las arreglaste para que pague el seguro de enfermedad. Adelante, adelante. Tendrás tu servicio de primera —apretó unos botones y ondulantes muchachas rubias salieron a mi encuentro. Me llevaron dulcemente por mullidas alfombras rojas.

En el Ambito Sutil, los coros se organizaban maravillosamente. El Aleluya llegó como un suave rumor a los oídos de un 0,4% de seres que muy pronto deberían sufrir una prolija investigación por parte de Kcrem.

Mairam E., clase F, primorosa en su camisón celeste, cerró el libro y apagó la luz. Una luz más tenue pareció permanecer en la habitación. Mairam tenía una serie de sensaciones muy agradables, que no podía explicar.

“Aleluya, aleluya.” Figuras celestes, aladas, revoloteaban alegremente a su alrededor; pero Mairam sólo podía percibir una extraña forma dolorosa de felicidad, algo que tenía que ver con su vientre y con deseos indiscifrables, que traían una sonrisa involuntaria a su cara angelical.

“Aleluya, aleluya.” Mairam comenzó a dormirse como acunada por una gran mano protectora y cálida.

Las rubias habían aceitado sus cuerpos y también a mí me habían quitado las ropas, bañado y untado con aceites perfumados. Toda mi piel era minuciosamente recorrida por sensaciones placenteras. Y sin embargo... Sue seguía allí, algo me obligaba a apretar los dientes. No podía entregarme como otras veces.

—Vamos, querido. Sé natural. La Reina Gata espera.

Lenguas sutiles cosquilleaban por todas partes. Otra boca, roja y caliente, se apretó contra la mía.

El agente Thompson, clase C, debió presentarse ante el comando Kcrem. Se le entregó el paquete de instrucciones. Se le otorgaron plenas facultades, incluso por encima de clases. El agente Thompson, apuesto y jovial, sonreía. Por último, el Gordo le dijo: “Tomaremos una tarjeta, al azar, del paquete. Por allí deberá comenzar”.

No advirtió el ser alado, intangible, que guió su mano.

Me llevaron, colgando flojamente, hasta el cuarto contiguo. Sobre la alfombra, roja y espesa, el sexo de la Reina parecía destellar como una gema con los reflejos del fuego que ardía en la estufa. Semisentada, la cabeza apoyada en almohadones rojos, una pierna extendida, recogida la otra, los párpados entornados sin llegar a velar la intensidad de su mirada de un verde vegetal.

El agente Thompson, a solas en su despacho, estudiaba la tarjeta tomada aparentemente al azar: Marco T., clase E.

La clase E tiene derecho a las primas gatas, pero esto no les satisface. Sueñan con un hogar. Quieren una compañera: el amor, esas cosas. Sin embargo, es difícil para una clase E ascender a clase D, donde se permite el matrimonio. Al parecer, el tal Marco T. más bien prefería descender a la clase F; según un reciente informe del psiquiatra, el muchacho estaba enamorado de una clase F, una tal Mairam E., y preferiría un noviazgo eterno y platónico con ella a la posibilidad de las primas gatas o al difícil ascenso de ambos a la clase D.

“Bien” —pensó Thompson—; “por aquí hay una pista para las fallas de Kcrem. El viejo amor... ¿por qué hablarán de mutaciones esos tontos?”. Luego dejó todo de lado sobre el escritorio y se puso a silbar una canción antigua, algo con ritmo de ferrocarril. El agente Thompson elevó la vista al cielorraso y sonrió; pero su sonrisa

no se parecía a la sonrisa de los ratones que preparaba Mairam en su laboratorio. El silbido fue haciéndose monótono y finalmente se transformó en una versión moderna y muy personal del Aleluya.

Todo había salido mal. La Reina no estaba satisfecha y a mí me dolía la nuca y también el cuerpo en varios lugares. Al incorporarme me vino una sensación de náusea y el dolor de la nuca se hizo más agudo. La Reina dijo que no me fuera, y cuando me vio tambalear hacia la puerta comenzó a insultarme. Me di vuelta para escupir sobre la alfombra. Las primas gatas acudieron solícitas, tratando de renovar su tratamiento, pero las aparté. Unas manos volvieron a tratar de aferrarme. Sue. Sue. Sue.

Sue. Suero. El suero de Mairam. Los ratones felices. ¡Mairam! ¡Mairam mía, dame tu suero para ser feliz! Mairam mía, Mairam suero sueño/ si no puedo tenerte/ quiero ser un ratón acribillado/ quiero cumplir con mi deber/ un ratón feliz. Mairam quiero tu suero. Mairam, te amo.

El agente no sonreía.

—Esto es serio, Marco T., clase E.

Yo asentí. Otra vez las tarjetas sobre el escritorio, pero no había ratones bailoteando.

—Las primas gatas son sagradas, sabe.

Volví a asentir.

—Es verdad —continuó, sin levantar la vista de la tarjeta— que usted fue insultado por ellas. Pero, vea, usted me caía simpático con aquel asun-

to del ratón; ahora, cuando un hombre trata de pegarle a una mujer... a varias mujeres... —el agente frunció el ceño—. Lo siento. No soy yo quien debe juzgar. Lo siento. Pero quiero decirle que esta vez quizás no sea suficiente un pase al psiquiatra. Debo consultar...

Oprimió aquellos botones. Esperó unos minutos.

Mientras tanto habían aparecido dos hombres, que venían de afuera. Se inclinaron sobre el escritorio, mostraron al agente algunos papeles, me señalaron, y luego fueron a sentarse en otros sillones. El agente oprimió nuevos botones. Por fin, les hizo una seña con la cabeza y los hombres se me acercaron.

—Señor Marco T., clase E, le rogamos que venga con nosotros.

Miré al agente, quien hizo una seña de aprobación.

—No tema —dijo uno de los hombres—. Está en libertad. Simplemente le rogamos que venga con nosotros.

Volví a mirar al agente, quien volvió a hacer un gesto de asentimiento. Como confirmación total, juntó mis tarjetas para archivarlas, con ademán de dar el caso por cerrado.

—¿Adónde me llevan? —pregunté.

—Lo requiere el agente Thompson, de Kcrem, por un asunto oficial. Algo confidencial sobre las pastillas que usted toma. Pero está libre; venga con nosotros si quiere, o quédese con el agente —movió la cabeza en dirección al escritorio. Como estaban las cosas, no me llevó mucho tiempo tomar una decisión. Sentí cierto alivio, pero los seguí sin recelo.

—Quietito, quietito, como un hombrecito —Mairam inyectaba dulcemente el suero a un ratón, llamado Miguel—. Muy bien, muy bien —Mairam sonrió, y el ratón le devolvió la sonrisa y después se puso a brincar sobre la camilla. "Creo que le gustará al señor Marco T.", pensó Mairam, y pulsó el botón que comunicaba con su oficina. Pero no hubo respuesta.

Con curiosidad, pues el señor Marco T. jamás llegaba tarde y ya estaba bastante avanzada la mañana, Mairam se permitió avanzar por el pasillo hacia su oficina. Golpeó suavemente con los nudillos. "Adelante", dijo una voz profunda. Mairam entró.

—Buenos días, Andy —dijo.

—Buenos días, señorita Mairam E., clase F —respondió el león.

—¿Has visto al señor Marco T., clase E?

—No, señorita. No ha venido esta mañana. Y la verdad es que me preocupa. Tal vez haya optado por esas vacaciones que le ofreció el psiquiatra; pero me pareció entender que prefería rechazarlas.

—Así tenía entendido yo —repuso Mairam.

—¿Qué tal el nuevo ratón? —preguntó Andy.

—Espléndido. Creo que al señor Marco T. le encantará.

—Espero que vuelva pronto.

—Imagino que no habrá tenido ningún inconveniente serio.

Yo estaba en libertad, según me habían dicho, pero era una libertad muy especial. Aún no había logrado

ver a ese tipo de Kcrem, el tal Thompson, y me habían relegado a una piecita que tenía mucho de celda. Allí pasé la noche y buena parte de la mañana. No tenía conmigo las pastillas, y esto me producía cierta inquietud creciente. Al promediar la mañana, comencé a tener percepciones extrañas: rumores, presencias, siluetas. Alguien se movía a mi alrededor en la pieza vacía y tuve, como en un relámpago, el recuerdo fugaz de unos guardaespaldas que me custodiaban permanentemente. Luego este recuerdo se borró, y comencé a sufrir nuevas alucinaciones. Aleteos celestes, algo con música, muy sublime, un coro de ángeles. Después, cambios en los colores de las cosas, y objetos que iban surgiendo, primero débilmente, luego muy concretos en la habitación. Ya no daba más de angustia. De pronto, mis guardaespaldas se hicieron bastante visibles. Uno estaba sentado en un sillón, fumando. El otro, acodado contra uno de los pilares de mi cama, masticaba chicle.

—Ustedes —dije—. ¿Qué hacen aquí?

El de la silla se levantó, destapando un frasco de Kcrem. Extrajo una pastilla roja. Fue inmediatamente acribillado, junto con su compañero, no se sabe desde dónde. Pero los cuerpos no desaparecieron; quedaron enroscados en el suelo, desangrándose. No tenían en el rostro la sonrisa de los ratoncitos felices. Me pregunté si habrían muerto en el cumplimiento de su deber.

Se abrió por fin la puerta y unos hombres me hicieron salir.

—Disculpe la violencia —dijo uno, como hablando de algo sólo poco importante—. Era necesario.

Me encogí de hombros.

—¿Adónde vamos?

—El agente Thompson lo está esperando.

—Debe transcurrir todavía cierto tiempo —dijo el agente Thompson. Manejaba con gran habilidad el largo coche deportivo. Yo, alhelado, no podía contener la emoción: a mi alrededor el mundo vibraba como si recién hubiese nacido de manos del Creador. Todos los colores, todos los aromas, toda la luz y el cielo—. Ya verá dentro de unos días —apuntó a un transeúnte con la pistola que llevaba en la mano izquierda—. ¡Llegó tu hora! —gritó, y el transeúnte se desplomó sin ruido. Nadie pareció advertirlo.

—Todo empezó, tal vez, como una aprensión moral —dijo Thompson—. El mundo parecía duro, muy duro, cruel, a gente que había recibido cierta educación. Les parecía preferible ignorar algunas cosas desagradables. Así nació Kcrem, según yo imagino; sobre todo, pensando en los hijos. Por otra parte, creían en la muerte. Inventaron la muerte para protegerse del dolor y ya ve, perdieron todo esto, casi todo.

Mis percepciones iban mejorando. Casi no había un espacio vacío en el universo. Mi propio cuerpo aparecía como algo maravilloso, casi sin límites. El agente Thompson era apenas un núcleo de voluntad que arremoli-

naba sin cesar los átomos a su alrededor. El y yo, y los demás, éramos apenas puntos muy densos de volición; el resto era como un río de átomos y ondas que danzaban y se entrecrocaban produciendo todos los matices de todos los colores y de todos los sonidos. Un mundo maravilloso.

—Son muchos años de pastillas Kcrem, malditas sean —dijo Thompson—. Algunos efectos pueden ser irreversibles; pero ya ganaste algo, ¿verdad?

Asentí. Los seres celestes eran ráfagas, eran hilos, eran cánticos puros, sonido de alabanza casi sin voz.

—El cielo está agitado —murmuró. Anochece. La puesta de sol era una fiesta de explosiones—. Esos tontos de Kcrem... ¡Mutaciones! Y la Oficina de Planificación piensa que las pastillas están perdiendo su eficacia por alguna falla de producción. No sintieron nunca ni siquiera hablar del amor...

—Andy, estás pronto —dijo. El león asintió con la cabeza—. Volverás a la selva. Un día, un cazador...

—Lo sé, señor —murmuró con indolencia—. Pero quisiera pedirle un favor.

—Muy bien. Dime.

—No hace falta el suero de la señorita Mairam E., clase F. Puedo ser feliz por mí mismo.

Lo contemplé con admiración.

—Repite eso que has dicho.

Bajó la cabeza, como avergonzado. Luego volvió a alzarla y me miró a los ojos.

—Usted también la ama, señor. Sabe lo que es eso. Mairam, la pequeña Mairam.

—¿Y eso te hace feliz?

—Sí, señor. ¿A usted no?

Pensé en las primas gatas. Suspiré.

—No sé, Andy. No sé.

—Es una mujer muy especial, ¿verdad?

—Sí, Andy. Es una mujer muy especial.

—¡Señor Marco T., clase E! —exclamó Mairam, radiante—. ¡Por fin ha vuelto!

Ahora podía verla como un núcleo celeste, resplandeciente. Nuestros átomos se entreveraban alegremente. Sentí deseos de besarla, y sucedió algo imprevisto.

Un solo latido rítmico.

Un solo ser, que no estaba ni dentro ni fuera de nosotros.

Un soplo.

—¡Marco! —ella estaba ligeramente asustada. Yo sonreí.

—No sé cómo diablos encarar mi informe —dijo Thompson—. Los tontos de Kcrem y los más tontos de más arriba quieren algo concreto.

—Thompson.

Levantó la vista.

—Hay novedades. Lo supe. Diga cualquier disparate en su informe. Nada tiene importancia.

—¿Novedades?

—Algo en el Ambito Sutil. Es el tiempo. Ya viene el tiempo. Lo sé, no sé cómo.

A nuestro alrededor, cadáveres, hombres agonizantes, tableteos de ametralladoras. Por un instante pensé en las pastillas rojas. Luego sacudí la cabeza.

—Por querer protegernos del Infierno, nuestros ancestros nos privaron del Cielo —dijo. Thompson sonrió.

—Tal vez el pecado original haya sido el miedo —dijo.

—Marco. Marco —Mairam me tomó una mano—. Marco, estoy haciendo estudios acelerados. En un año pasaré a clase E, y en otro más, a la clase D. Entonces podremos...

Sacudí la cabeza.

—No, chiquita. No hagas disparates. De todos modos, no te lo permitirían.

—¿Quiénes?

—Ellos —dijo, señalando las figuras celestes que revoloteaban a su alrededor.

—¿Quiénes?

—Como consecuencia de mi informe —dijo Thompson—, serás degradado a clase F, para comenzar. Luego seguirá el descenso de clases, si todo marcha de acuerdo con lo previsto.

—Gracias, Thompson.

Mairam lloraba.

—No entiendo. ¡Sencillamente no entiendo!

—¿Qué pasa?

—Otra vez he sido degradada. ¡Oh, Dios! ¿Por qué? ¿Por qué?

—Mairam, ya no tomarás tus pastillas verdes. Mairam, mírame.

Mairam me miró.

Luego comenzó a sonreír. Y sonrió, sonrió, sonrió, sonrió.

Crean que las clases indican un "status" económico y social. Es cierto, pero no es toda la verdad: en orden inverso, indican un "status" perceptivo... Pero debo apresurarme; ya está casi todo listo. Y esto es algo que no me puedo perder.

Thompson, borracho clase Y, con una metralleta en cada mano, grandes bolsas bajo los ojos, se divierte despachando guardaespaldas invisibles desde la terraza del Café de la Paix.

Andy, en su selva, salta sobre un cazador y le deja la marca de sus zarpas en el cuello. El cazador consigue disparar su ametralladora.

He tomado algunas pastillas rojas, las últimas. Me arrastro en cuatro patas por la alfombra roja. La Reina muestra sus aceitadas nalgas. Las primas gatas aúllan y maúllan. Busco

uno de esos pechos enormes y me prendo golosamente de un pezón. En el hogar, la leña arde silenciosamente. La Reina gime.

Una estrella enorme en el cielo. Como un sol. Se mueve lentamente hacia Occidente. Un soplo celeste me viene a despertar. Es Thompson.

— ¡Vamos, Marco! ¡Llegó la hora!

Viajamos como ondas, como a caballo de los átomos; es un desplazamiento vertiginoso y fulgurante, que cruza el firmamento. Caemos de rodillas ante Ellos.

Mairam, radiante, inclina su cabeza sobre la cabeza del niño que bebe de su pecho. Las ondas celestes, una sola voz apenas audible, canta: "Santo, Santo, Santo. Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad". Amén.

Montevideo, 19/1/1977.

(c) 1984, Mario Levrero

Suscripción PROCON/1

Revista CLEPSIDRA (nros. 3, 4 y 5).
PARSEC ANTOLOGIA (nros. 1, 2 y 3).
RONDA DE ALMARMIRA (los 7 libros).

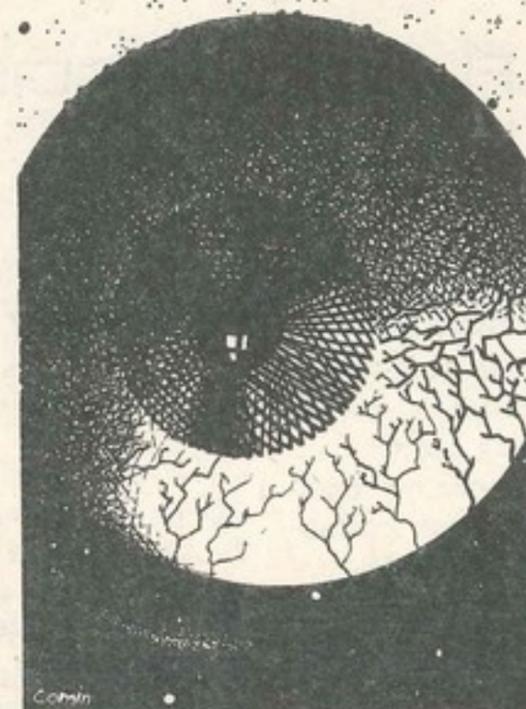
Los títulos ya editados se enviarán inmediatamente, el resto será enviado al momento de su edición. Los interesados deberán enviar giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES [Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital].

Precio válido para octubre de 1984: \$ a 1.200.-

PARSEC

CIENCIA · FICCIÓN

ANTOLOGIA



Debido a inconvenientes relacionados con la adquisición de derechos, hemos debido modificar el contenido de PARSEC ANTOLOGIA/2, la que se conformará con los siguientes textos y autores:

Búsqueda al azar, novela corta de John Wyndham.
Granjero en desgracia, novela corta de Frederik Pohl.
La genuina momia egipcia casera del Coronel Stonesteel, cuento de Ray Bradbury.
Intracom, cuento de Ursula K. Le Guin.
El artefacto, cuento de Clifford Simak.

Será un libro con el mismo formato que PARSEC REVISTA y de unas 160 a 180 pgs. Puede adquirirse mediante el sistema de venta anticipada del PROCON, enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital). No se distribuirá en Kioscos. Se imprimirá una cantidad reducida de ejemplares, dándose prioridad a las ventas anticipadas del PROCON. Aparecerá antes de fin de año.

Precio válido para octubre de 1984: \$ a 350.-

En otro lugar de este mismo número de Parsec decimos que Sheckley es maestro de humoristas. "El futuro perfecto", como su nombre no indica en absoluto, se ocupa de nuestro presente imperfecto.

EL FUTURO PERDIDO

Robert Sheckley

Leonard Nisher fue encontrado frente al Plaza Hotel en un estado de agitación erótica tan extremo que dominarlo exigió el esfuerzo de tres policías y un turista de paso de Biloxi, Mississippi. Una vez llevado al St. Clare's Hospital, tuvo que ser colocado en un envoltorio húmedo —una sábana húmeda arrollada alrededor de los brazos y el tronco del paciente. Esto lo inmovilizó lo suficiente como para que un interno le administrara una dosis de Valium.

La inyección ya había surtido su efecto cuando el Dr. Miles lo vio. Miles le pidió a los dos fornidos ayudan-

tes —uno de ellos ex-defensor de los Detroit Lions— y a una enfermera psiquiátrica llamada Norma que esperaran afuera. El paciente no iba a atacar a nadie justo en ese momento. Había sido bloqueado, cabalgando la cresta de una ola de Valium en donde no había nada contra qué pelear y dentro de la cual hasta un envoltorio húmedo podía tener una apariencia amistosa.

—Bien, señor Nisher, ¿cómo se siente ahora? —preguntó Miles.

—Estoy bien, Doc —dijo Nisher—. Perdón por haber armado todo ese lío cuando regresé de la anomalía es-

pacial-temporal y aterricé frente al Plaza.

—Eso le puede pasar a cualquiera —dijo Miles con seguridad.

—Supongo que suena como una locura —dijo Nisher—. No tengo manera de probarlo, pero he estado en el futuro y acabo de volver.

—¿Es lindo el futuro? —preguntó Miles.

—El futuro —dijo Nisher—, es un juego, una gatita. Y lo que me pasó allí, bueno, usted no me va a creer.

El paciente, de sexo masculino, blanco, de talla mediana, de unos treinta y cinco años, ataviado con un envoltorio húmedo y blanco y una amplia sonrisa, procedió a referir la siguiente historia.

El día anterior había dejado su trabajo en Hanratty & Smirch, Contadores, a la hora habitual, y se había dirigido a su departamenteo en la Calle 25 Este. Estaba introduciendo la llave en la cerradura cuando oyó un ruido a sus espaldas. Nisher pensó inmediatamente, un asalto, y giró en la postura de cucaracha que era el modo básico de defensa en el karate taiwanés que estaba estudiando. Allí no había nadie. Había, en cambio, una especie de bruma roja y resplandeciente. La bruma flotó en dirección a Nisher y lo rodeó. Nisher escuchó ruidos sobrenaturales y vio luces centelleantes antes de desvanecerse.

Cuando recuperó la conciencia, alguien le estaba diciendo "No se preocupe, todo está bien". Nisher abrió los ojos y vio que ya no estaba en la Calle 25. Estaba sentado en un

banco, en un hermoso y pequeño parque con árboles y fuentes y paseos y estatuas de formas extrañas y ciervos domesticados, y había gente dando vueltas ataviada con algo parecido a las túnicas griegas. Sentado junto a él, en el banco, había un afaible anciano canoso, vestido como Charlton Heston en el papel de Moisés.

—¿Qué es esto? —preguntó Nisher—. ¿Qué ha pasado?

—Dígame —dijo el anciano—, ¿se cayó dentro de una nube rojiza recientemente? ¡Ahá! ¡Lo pensé! Eso era una anomalía espacio-temporal de este continuo, y lo ha sacado a usted de su propio tiempo lanzándolo al futuro.

—¿Al futuro? —exclamó Nisher—. ¿Al futuro qué?

—Sólo el futuro —dijo el anciano—. Estamos casi cuatrocientos años por delante suyo, años más, años menos.

—Me está engañando —dijo Nisher. Le preguntó al anciano de diferentes formas dónde estaba realmente, y el anciano contestó que realmente estaba en el futuro, y no sólo era cierto sino que no era raro, aunque, naturalmente, no era la clase de hecho que se produce todos los días. Finalmente, Nisher tuvo que aceptarlo.

—Está bien —dijo—, ¿qué clase de futuro es éste?

—Uno muy bello —le aseguró el anciano.

—¿Ninguna raza de criaturas extrañas se ha apoderado de nosotros?

—Por supuesto que no.

—¿La falta de combustibles no

redujo nuestro nivel de vida a una mera subsistencia?

—Solucionamos la crisis energética hace unos cien años, cuando se descubrió una forma económica de convertir la arena en aceite.

—¿Cuáles son sus máximos problemas?

—Parece como si no tuviésemos ninguno.

—¿Entonces esto es Utopía?

El anciano sonrió: —Debe juzgarlo por usted mismo. Tal vez le guste echar una mirada alrededor aprovechando su breve estadía aquí.

—¿Por qué breve?

—Estas anomalías espacio-temporales se regulan por sí mismas —dijo el anciano—. El universo no tolerará por mucho tiempo que usted esté aquí cuando en realidad debe estar allá. Pero por lo general al universo le toma un poco de tiempo darse cuenta. ¿Damos un paseo? Mi nombre es Ogun.

Abandonaron el parque y caminaron por un agradable boulevard flanqueado por hileras de árboles. Los edificios resultaban extraños a la vista de Nisher, parecían tener demasiados ángulos raros y colores discordantes. Estaban ubicados del otro lado de la calle y rodeados de prados verdes muy bien cuidados. A Nisher le pareció que era realmente un lindo futuro. Nada exótico, pero lindo. Y había gente caminando a su alrededor con esas túnicas griegas, y todos parecían felices y bien alimentados. Era como un domingo en Central Park.

Entonces Nisher descubrió a una pareja que se había ido debajo de la tarima de los discursos. Se habían quitado la ropa. Estaban —para usar una expresión siglo XX— haciéndolo.

Nadie parecía pensar que en esto había algo anormal. Ogun no hizo ningún comentario, de modo que Nisher tampoco dijo nada. Pero no pudo evitar tomar nota mientras seguían la caminata, de que otras personas también estaban haciéndolo. Unas pocas personas. Después de pasar junto a la séptima pareja en tales condiciones, Nisher le preguntó a Ogun si eso era una especie de feriado sexual o si habían caído en medio de una convención de fornicadores.

—No es nada especial —dijo Ogun.

—¿Pero por qué toda esta gente no lo hace en sus casas o en cuartos de hotel?

—Probablemente porque la mayoría se ha encontrado aquí, en la calle.

Aquello sacudió a Nisher: —¿Quiere decir que estas parejas nunca se habían visto antes?

—Aparentemente no —dijo Ogun—. Si eso hubiera sucedido, supongo que habrían buscado un lugar más confortable para hacer el amor.

Nisher se limitó a quedarse parado donde estaba y miró. Sabía que su conducta era grosera, pero no podía evitarlo. A nadie parecía importarle. Observó cómo las personas se miraban unas a otras mientras caminaban, y cada tanto alguno le sonreíría a otro, y ese otro respondería, y dudarían durante un momento, y luego...

Nisher trató de formular como

veinte preguntas a la vez. Ogun lo interrumpió.

—Permítame tratar de explicarle, dado que le queda tan poco tiempo para estar entre nosotros. Usted viene de una era de represión sexual y rebeldía. Para usted esto debe ser un espectáculo de libertinaje desenfrenado. Para nosotros no es más que una expresión normal de afecto y solidaridad.

—¡De modo que han resuelto el problema del sexo! —exclamó Nisher.

—Más o menos de casualidad —le dijo Ogun—. En realidad estábamos tratando de abolir la guerra, antes de que nos destruyera. Pero para librarnos de la guerra, teníamos que cambiar la base psicológica sobre la cual se asentaba. Resultó que la sexualidad reprimida era el principal factor individual. Una vez que se aceptó esto y la información se difundió ampliamente, hubo un plebiscito universal. Se acordó que las costumbres sexuales humanas debían ser modificadas y reprogramadas por el bien de la raza en su totalidad. La ingeniería biológica y las clínicas especiales —todo sobre bases voluntarias, por supuesto—, se encargaron de eso. Divorciado de la agresión y la posesividad, el sexo hoy en día es una mezcla de sensibilidad y sociabilidad.

Nisher estaba a punto de preguntarle a Ogun cómo afectaba eso al matrimonio y a la familia cuando notó que Ogun estaba sonriéndole a una atractiva rubia y alejándose en dirección a ella.

—¡Eh, Ogun! —exclamó—. ¡No me deje ahora!

El anciano pareció sorprendido.

—Mi querido muchacho, no iba a excluirllo. Al contrario, me proponía incluirllo. Todos lo hacemos.

Nisher notó que un montón de gente se había detenido junto a ellos. Y estaban mirándolo a él, sonriendo.

—Esperen un minuto —dijo, asumiendo automáticamente la posición de cucaracha.

Pero para entonces una mujer ya se había apoderado de su pierna, y otra se estaba acomodando debajo de su axila y alguien estaba pinchándole los dedos. Nisher se puso un poco histérico y le gritó a Ogun:

—¿Por qué están haciendo esto?

—Es una demostración espontánea de nuestro placer ante la novedad y la conmoción que produce su presencia. Eso ocurre cada vez que un hombre del pasado aparece entre nosotros. Sentimos tanta pena por él y por aquello a lo que tiene que regresar, que queremos mostrarnos solidarios, compartir todo el amor que tenemos. Y entonces sucede esto.

Nisher se sintió inmerso en una multitudinaria escena cinematográfica ambientada en la antigua Roma, o tal vez en Babilonia. La calle estaba repleta de gente hasta donde el ojo podía ver, y todo estaban haciéndolo, unos con otros y unos sobre otros y alrededor y abajo y arriba y en el medio. Pero lo que realmente le llegó a Nisher fue el sentimiento que producía la multitud. Iba mucho más allá del sexo. Se lo sentía como un puro océano de amor, compasión y comprensión. Vio el rostro de Ogun

alejándose en medio de una oleada de cuerpos y le gritó:

—¿Cuánto dura esto?

—Los visitantes del pasado suelen emitir grandes vibraciones —le contestó Ogun a gritos—. Esto probablemente se extenderá por todos lados.

¿Por todos lados? Nisher no pudo entender a qué se refería. Luego lo captó y dijo, casi con reverencia: —¿Quiere decir... a lo largo de todo el planeta?

Ogun sonrió, y luego desapareció. Nisher vio la forma en que tenía que ser —este grupo de personas amándose unos a otros y arrastrando más y más gente a medida que las vibraciones se hacían más y más fuertes hasta que todos en el planeta pudieran involucrarse. Para Nisher esto era, definitivamente, Utopía. Sabía que tenía que encontrar alguna manera de llevar el mensaje a su tiempo, alguna manera de convencer a la gente. Luego alzó la vista y descubrió que estaba en Central Park Sur, frente al Plaza.

—¿Debo suponer que esta transición fue demasiado para usted? —preguntó Miles.

Nisher sonrió. Sus párpados estaban cayendo. El efecto del Valium iba pasando, y empezaba a sentirse progresivamente más y más cansado.

—Supongo que fue demasiado extravagante —dijo Nisher—. Pensé que se lo podría explicar a todos. Pensé que podría apoderarme de la gente, hacer que olvidaran sus depresiones, que podría mostrarles cómo sus cuerpos habían sido hechos para el amor. Pero me puse demasiado histérico,

por supuesto; los asusté. Después me agarraron los policías.

—¿Cómo se siente ahora?

—Estoy cansado y decepcionado, y he recuperado mis sentidos, si es así como usted quiere llamarlo. Tal vez todo fue una alucinación. No importa. Lo que cuenta es que estoy de vuelta en mi tiempo y mi era, en donde aún tenemos guerras y crisis de energía y barreras sexuales, y nada que yo pueda hacer cambiará eso.

—Parece haber hecho un rápido reajuste —dijo Miles.

—Diablos, sí. Nadie acusó nunca a Leonard Nisher de ser lento haciendo ajustes.

—Suenan bien para mí —dijo Miles—. Pero me gustaría que se quede aquí algunos días. Esto no es una penitencia, espero que me comprenda. Está pensado realmente como una asistencia para usted.

—Está bien, Doc —dijo Nisher soñolientamente—. ¿Cuánto tiempo debo quedarme?

—Tal vez no más de un día o dos. Le daré de alta tan pronto como esté satisfecho de su condición.

—Bastante justo —murmuró Nisher. Y luego se quedó dormido. Miles ordenó a los asistentes que vigilaran y alertó a la enfermera psiquiátrica. Luego se dirigió a su vivienda con la intención de descansar un poco.

La historia de Nisher obsesionó a Miles mientras se preparaba un bife para la cena. No podía ser verdad, por supuesto. Pero suponiendo, sólo suponiendo, que realmente hubiera sucedido. ¿Qué si el futuro había de-

sarrollado un estado de perversidad sexual polimorfa? Había, al fin y al cabo, una gran cantidad de evidencias de que las anomalías espacio-temporales existían.

De repente decidió visitar de nuevo a su paciente. Salió del departamento y volvió al hospital, apurándose ahora, impelido por un extraño sentimiento de urgencia.

No había nadie en el mostrador de recepción del Ala 2. El policía que solía estar en el corredor había desaparecido. Miles corrió por el vestíbulo. La puerta del cuarto de Leonard estaba abierta, y Miles miró hacia adentro.

Alguien había doblado la camilla de Leonardo y la había colocado contra la pared. Eso dejaba suficiente lugar en el suelo para dos ayudantes (uno ex-defensor de los Detroit Lions), una enfermera psiquiátrica llamada Norma, dos estudiantes de enfermería, un policía y una mujer de mediana edad de Denver que había estado visitando a un pariente.

—¿Dónde está Leonard? —preguntó Miles con vos aguda.

—Ese muchacho debe haberme hipnotizado —dijo el policía, poniéndose los pantalones.

—Pregonaba un mensaje de amor —dijo la mujer de Denver, envolviéndose en la sábana húmeda de Leonard.

—¿Dónde está él? —gritó Miles.

Las cortinas blancas se movieron a causa de la ventana abierta. Miles forzó la vista en la oscuridad. Nisher había escapado. Con la mente inflamada por su breve visión del futuro, seguramente estaría pregonando su mensaje de amor a lo largo y a lo ancho del país. "Puede estar en cualquier parte" pensó Miles. "¿Cómo diablos puedo encontrarlo? ¿Cómo puedo unirme a él?"

Título original en inglés:

"The Future Lost"

(c) 1980, OMNI Publications Int. Ltd.

Traducción de Cecilia Polisena

Suscripción PROCON/2

ALMARMIRA (novela).
EL CAMINO DE LOS ESPEJOS (cuentos).
PARSEC ANTOLOGIA (nros. 1, 2 y 3).

Los títulos ya editados se enviarán inmediatamente, el resto será enviado al momento de su edición. Los interesados deberán enviar giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES [Av. Juan B. Justo 3167 (1414) Capital].

Precio válido para octubre de 1984: \$ a 1.420.-

PARA GENTE DE MENTE

REVISTA

JUEGOS

PARA GENTE DE MENTE



**TODOS LOS MESES, EN SU KIOSCO,
UN FESTIVAL DE LA INTELIGENCIA**

Crucigramas realmente buenos (y divertidos)
Acertijos, enigmas lógicos, ingenio
Desafíos creativos, concursos, grandes premios

Bryant (1945) se ha caracterizado por el tono experimental que imprime a sus obras. Sería suficiente con mencionar "El hombre colgado" o "Al filo de la duna" para espantar a los que aman los días claros y soleados. Y sin embargo... en un día claro y soleado...

EL SOL DE LA PRADERA

Edward Bryant

Quietud.

A excepción del chico, nada se movía sobre la pradera. Los halcones no cazaban esa mañana. Ni siquiera los buitres dibujaban círculos en el espacio vacío. Los pájaros, evidentemente, estaban esperando que Micah Taverner produjera su matanza.

El calor caía como una pesada cortina sobre el mundo. Todo movimiento parecía suspendido. En la mente de Micah penetró el pensamiento de que en esos prados podía suceder cualquier cosa. Había madurado repentina y precozmente, y no por su propia voluntad.

Micah, de trece años de edad, se movió silenciosamente. Tal vez no como lo haría un indio, pero aun así pisó el pasto dentado con más sigilo que cualquier otro integrante de la compañía. Balanceó el arma de su padre con cuidado, con el pulgar listo para quitar el percutor de la posición de medio amartillado. Un antílope pequeño sería bienvenido. Un ciervo joven de cola blanca sería aún mejor. Una gran liebre americana ya sería suficiente.

A la derecha de Micah, el río Platte se movía perezosamente hacia el este por el sur, la dirección por la que ha-

bía llegado la compañía. En este punto, el camino seguía una senda más recta que la del río. El curso que llevaba el chico lo elevó suavemente hasta colocarlo a unos cien metros sobre el nivel del agua. Cinco metros a cada lado del Platte todo era verde y exuberante. El pasto y los árboles crecían lujuriosamente. Debajo de ellos, el mundo se descomponía en sombras castañas y tostadas y amarillentas.

El mundo parecía contener muy pocas cosas además del río y la pradera. Y el camino. Si el chico hubiera querido pararse en los surcos abiertos por las incontables ruedas que pasaron por allí, se habría hundido en ellos hasta la cintura.

Micah oyó un ruido en el aire muerto. Se quedó inmóvil, esperando. Oyó algo de nuevo. Vidrios quebrándose. Murmullo de palabras. Los sonidos llegaban del otro lado de la elevación más cercana. Dos voces. Quiénes fueran los que hablaban, estaban a pocos metros del sendero.

El chico amartilló lentamente el percutor del rifle. Le pareció que el "click" resonaba a través de la tierra abrasada como si fuera el disparo del arma. Nuevamente escuchó palabras demasiado distantes e indistintas como para ser entendidas. Pero en el tono no había ningún signo de alarma.

¿Hombres blancos? pensó. Pawnee había sido la primera palabra que le había venido en mente. O Siuox. O Piesnegros. Había escuchado historias de matanzas y torturas en boca de los narradores en torno al fuego. Los había escuchado con los ojos muy

abiertos y la respiración helada en la garganta, aunque su padre se había reído sugiriendo con malicia que los hombres de las tribus de pieles rojas no eran más monstruos que los de la compañía. Y después de todo, hombres de otras compañías les habían dado a los indios regalos más mortales que las balas.

Micah aferró con más fuerza el rifle de su padre y se acercó silenciosamente a la cima. De nuevo los ruidos —esta vez un ruido como de objetos de hierro y madera que estuvieran siendo guardados juntos en una maleta. Afloramientos de piedras porosas le proporcionaron una cierta cobertura mientras se acercaba a la cima de la loma.

¡Blancos! Al menos los extraños no eran pieles rojas, aunque resultaban algo raros a los ojos de Micah. Había dos, y estaban hurgando entre la basura y los desperdicios, al costado del camino. El sendero estaba flanqueado por toda clase de objetos arrojados por hombres y mujeres exhaustos, sobrecargados, que iban apenas por la mitad del arduo camino. Las carretas, los bueyes, los caballos y las mulas, la gente... hay un límite en lo que se puede cargar sobre cada uno de ellos.

Micah había visto aparecer las herramientas abandonadas y los utensilios domésticos al costado de la carreta poco después de Fort Kearney, muchos kilómetros antes de llegar al vado de South Platte. Antes de que comenzara la enfermedad, su padre había intentado llevar la cuenta de lo que veía en un kilómetro o dos.

"Debe haber diez mil dólares en cosas aquí", había dicho, "todo disponible para la recolección, con sólo tener el tiempo o el deseo".

Pero muy pocos de los esforzados viajeros que se dirigían a California u Oregon tuvieron, por supuesto, el tiempo o el deseo. De modo que los preciados muebles de Nueva Inglaterra, los barriles de harina abandonados y los sacos de habichuelas blancas, las cocinas Franklin y las impresoras, todo yacía bajo el sol de la pradera, echándose a perder.

Y ahora Micah veía a los dos extraños hombres blancos hurgando como cerdos entre los alguna vez preciosos objetos desparramados junto al camino. Los dos eran altos; medían algo más de un metro ochenta. A pesar de que uno era moreno y el otro tenía el pelo tan claro como el pasto seco, su aspecto era muy similar. Ambos llevaban ropa parecida: camisas a cuadros con tiradores, pantalones marrones y botas de suela gruesa. La camisa del rubio era colorada; la del moreno, verde. Pero Micah notó que había algo incorrecto en aquella ropa. Por un lado, era lustrosa y brillaba al sol. Por otro, advirtió repentinamente, cuando se agachaban para recoger las cosas podía verse que las ropas estaban hechas de una sola pieza. Era como si usaran un conjunto coloreado para que pareciera ropa auténtica.

El rubio le estaba mostrando al otro un tapete de Nueva Inglaterra, tejido a mano, parecido al tesoro que la madre de Micah aún conservaba en la carreta, después de haberse rehusa-

do firmemente a tirarlo cuando cruzara el Platte. Micah se preguntó si debía abordarlos, o si sería más inteligente volver sobre sus pasos e ir a buscar víveres en otra dirección. Entonces el moreno se volvió con suavidad, alzó la vista y clavó los ojos directamente en Micah. Le dijo algo a su compañero. Los dos se quedaron mirando al chico.

Finalmente, uno de ellos, el rubio, dijo:

—Ven aquí, jovencito.

Dejó el tapete en el suelo y se quedó de pie allí, en silencio, con las manos vacías. El otro extendió lentamente las manos, con las palmas hacia arriba. Micah advirtió que estaban mirando el arma de su padre.

Se acercó cautelosamente a la pareja y miró más allá de ellos. El cañón del rifle se alzó.

—No lo hagas —dijo el moreno.

Cualquier otra cosa que hubiera intentado decir fue interrumpida por la explosión. Dos metros de pradera decapitada saltaron y cayeron flojamente en mortal agonía cerca de los pies de los hombres, al tiempo que éstos gritaban y se hacían a un lado. Miraron la serpiente, a Micah y otra vez la serpiente.

—Gracias, muchacho —dijo el rubio.

—Una bien grande —dijo Micah. Se sintió contento con el tiro y procuró no sonreír. Comenzó a recargar el rifle—. Probablemente la más grande que he visto en mi vida.

Los hombres intercambiaron miradas.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó el moreno.

Micah les dijo.

—Bien, señor Micah Taverner —dijo el rubio—, por favor, llámame John. Mi amigo es Droos. —Droos inclinó la cabeza—. Ambos estamos muy agradecidos de que hayas eliminado la serpiente.

—No fue nada —dijo Micah, acariciando el cañón de la escopeta—. Estoy contento de haber ayudado.

Hubo un silencio. Los hombres parecían tratar de comunicarse entre sí mediante una serie de miradas penetrantes. Micah prestaba atención solamente al arma.

—Supongo que te estarás preguntando qué estamos haciendo aquí.

—No es asunto mío —dijo Micah.

—Admirable —dijo Droos, volviéndose—. Su lengua no está tan extraordinariamente desatada como la tuya, John. Ahora volvamos al trabajo y veamos si podemos encontrar más botellas de East Middlebury como la que dejaste caer tan descuidadamente.

Pero John parecía fascinado por el chico.

—¿Puedo preguntarte qué haces tú aquí? —dijo—. Creo que el último tren pasó por aquí hace casi una semana, y las próximas carretas no llegaran hasta dentro de varios días.

—Mi madre me mandó de caza —dijo Micah—. Cree que el caldo de carne aliviará los dolores de Annie.

—¿Quién es Annie?

—Mi hermana pequeña. Está enferma de viruela y no puede ser movida.

Droos se apartó de las tablas de

madera que estaba escudriñando y lo miró.

—¿Viruela? La erradicamos totalmente hace más de un siglo.

—En nuestro tiempo —dijo John.

—¿Su tiempo? —preguntó Micah, confundido.

—No importa —dijo John—. Es una larga historia. ¿Adónde está tu carreta?

—Por allá. —Micah señaló en dirección al río—. A casi cinco kilómetros de aquí. Deberíamos habernos quedado en Fort Laramie, pero Annie no parecía tan enferma en aquel momento. El resto de la compañía dijo que esperarían un día más en Independence Rock. Me temo que ya deben haber seguido camino.

—Pero tu familia se quedó sola.

—Annie llora cuando se mueve la carreta. Está demasiado débil. Mi madre pensó que el descanso podría ayudar.

—Tu madre —dijo John—. ¿Qué hay de tu padre?

Micah miró el suelo. —Se enfermó de cólera y murió poco antes del cruce del Platte.

—Dios Todopoderoso —dijo Droos.

—¿Entonces tu madre y tú han traído la carreta hasta aquí por sus propios medios? —inquirió John.

El chico negó con la cabeza.

—Nos ayudaron algunos hombres de la compañía. Pero ellos tienen sus propias carretas, y familias. Y muchos estaban debilitados por el cólera.

—Increíble —dijo Droos. Inconscientemente, acariciaba una tetera de plata.

—Y ahora hemos visto al elefante —dijo Micah.

Droos alzó una ceja. —¿Elefantes? ¿Has encontrado uno aquí?

Micah lo miró extrañado.

—Quiere decir que nos hemos internado mucho más en nuestro camino de lo que esperábamos. Volveríamos a Ross County, en Ohio, pero ahora queda tan lejos volver como seguir. Tal vez podamos unirnos a la compañía cuando Annie mejore. Antes de seguir, el capitán nos dijo que tendremos que movernos rápido o el invierno de Sierra Nevada nos atraparía a todos.

Los dos hombres lo miraban, atravesándolo.

—La gente realmente vivía y moría de esta manera —dijo Droos, confundido.

—Micah —dijo John en voz baja— ¿Puedes guardar un secreto?

—Si es un secreto honorable.

—¿Qué pasa si te digo que nosotros vinimos del futuro?

El chico sacudió la cabeza.

—No entiendo.

Droos abrió la boca como para protestar. John alzó una mano que lo detuvo.

—Droos y yo somos viajeros, y hemos cruzado una larga distancia para llegar aquí. Pero no hicimos la clase de viaje que puedes imaginarte. No de Inglaterra, no alrededor del Horn, pero sí a través del tiempo. ¿Qué año es éste, Micah?

—El año de Nuestro Señor 1850.

—Nuestro mundo existe más de dos siglos por delante de eso.

Micah sacudió silenciosamente la

cabeza. Comida quería decir algo. Enfermedad quería decir algo. ¿Pero el futuro? Su mente empezaba a vacilar demasiado sobrecargada.

John se volvió hacia Droos, que estaba guardando cuidadosamente un servicio de té de plata dentro de una bolsa rústica. —¿Puedes explicarlo más adecuadamente? —dijo.

Droos miró los objetos que tenía en la mano.

—Estos son realmente exquisitos —dijo—. Standish Barry, Baltimore, probablemente alrededor de 1820.

—Droos.

El hombre de pelo oscuro lo miró y dijo:

—Esto va en contra de todas las reglas, lo sabes. ¿Por qué tienes que ser un tonto compulsivo?

—Yo era el único en el departamento en quien podías confiar.

John se arrodilló para mirar a Micah a la cara.

—¿Sabes algo sobre los romanos? Micah asintió.

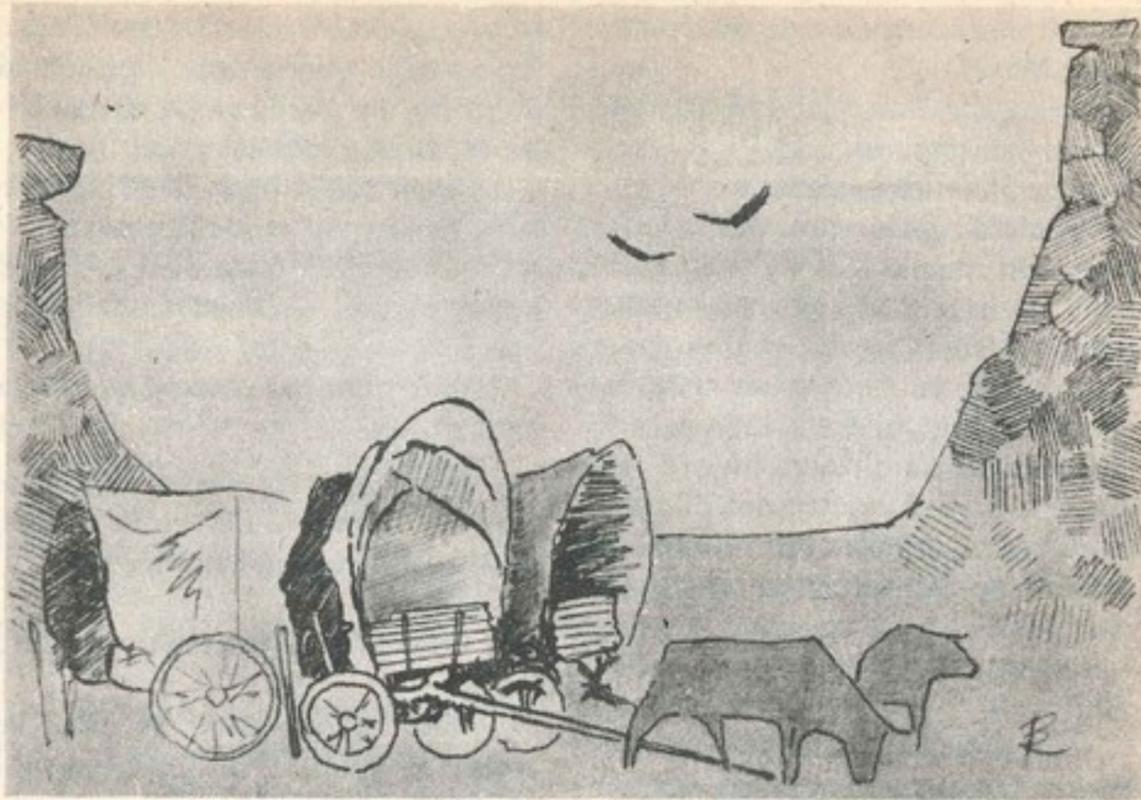
—Papá nos leía historias.

—¿Has pensado alguna vez en lo que ocurriría si pudieras volver atrás realmente y visitar a los romanos?

—Sí —dijo Micah.

—Bueno, nosotros podemos hacerlo, Micah. Vivimos en tu futuro. Podemos retroceder y visitar tu tiempo, el tiempo de los romanos, o cualquier otro queelijamos. Venimos de un año en el cual la viruela ha sido barrida la faz de la Tierra y las otras enfermedades también han sido eliminadas.

Micah sabía que no entendía todo lo que se le estaba diciendo. Pero



unas pocas palabras resaltaron de entre la confusión.

—¿Pueden curar la viruela?

—Nuestros ancestros lo hicieron —dijo John—. Tus nietos lo harán.

—¿Pueden curar a Annie?

Nuevamente el tiempo pareció suspendido en la pradera. Todo estaba inmóvil. Micah miró a los hombres. Ellos lo miraron a él.

—Bueno, supongo... —dijo John.

—No —dijo Droos.

—Droos tiene un equipo médico de emergencia; podría aliviar los síntomas.

—No.

Esta vez la respuesta de Droos fue más vehemente. John giró hacia su compañero, enojado.

—Sólo por esta vez —dijo.

—Absolutamente no —dijo Droos—.

Si tengo que hacer uso de mi jerarquía, lo haré.

—Un chico —dijo John—. Una vida.

Droos dejó caer una docena de cucharas de plata y las dejó que yacieran entre el polvo junto al camino.

—Déjame recordarte algunas cosas —dijo—: No soy arbitrario porque rechazo tu impulso humanitario. Primero: esto no es exactamente una misión autorizada, lo sabes. Segundo: nos colgarán de los pulgares si los del departamento descubren que estuvimos recuperando objetos valiosos del pasado para venderlos en el presente. Tercero: la regla básica referida a viajes temporales...

—¡Vamos! —dijo John—. Salvar la vida de una chica no puede alterar

el futuro de ningún modo significativo...

Droos lo interrumpió, alzando aún más la voz.

—Eso no lo sabemos. Una cosa es recoger estas antigüedades porque la naturaleza las hubiera destruido de todas formas. Otra meterse con la vida de las personas. Además, no sabemos si la hermanita de Micah va a morir de viruela o no. Puede recobrar. Creo que los hijos de los pioneros eran bastante resistentes...

—Digo que lo hagamos —dijo John.

—Si lo hago será poniendo tu cabeza en el cepo sin arriesgar la mía —dijo Droos, con la voz calma y sin vida—. Soy capa de eso, lo sabes.

—Lo sé. —John extendió los brazos, desesperanzado—. ¿Por favor?

—No. Hay reglas —y seguimos implícitamente estas reglas. Vivimos en esa clase de mundo.

Droos se arrodilló y comenzó a recoger las cucharas, soplándoles el polvo y sacándoles lustre contra la pierna antes de guardarlas en un bolso de tela blanda.

—Acéptalo —dijo John.

En el silencio que siguió Micah dijo:

—¿Pueden curar a Annie?

John no se atrevió a mirarlo a los ojos. El hombre rubio dudó. Luego dijo:

—No, no podemos. Lo siento, Micah.

Micah consideró aquello. Luego preguntó:

—¿Pero podrían hacerlo?

Ninguno de los dos dijo nada.

—¿Pero no lo harán?

John enrojeció. Droos atiborró el bolso de platería y extrajo una jarra de cristal de una canasta.

—Realmente lo siento —dijo John—. No debí haber abierto la boca.

Muy suavemente, Micah dijo:

—Mi padre solía decirme: "Yo ayudo a mis amigos, Dios ayuda a mis enemigos".

—No somos tus enemigos —dijo John con seriedad—. Hay simples reglas que dicen que no podemos ser todo lo amigos que quisiéramos ser.

Micah no dijo nada. Solamente se volvió y, recogiendo la serpiente muerta y el arma que había dejado contra un brillante espejo con marco de madera dura, se alejó de los dos hombres.

En el camino de vuelta hacia el vagón, Micah le disparó distraídamente a un conejo. El animal se precipitó desde el matorral y cometió el error de detenerse para constatar la presencia del intruso en los llanos. La bala le atravesó limpiamente el ojo derecho. La carne permaneció intacta.

Cuando el chico llegó a la carreta, el sol había pasado el cenit hacía un largo rato. Los bueyes alzaron la vista, sin curiosidad, para saludarlo, luego volvieron a bajar las pesadas testas sobre el pasto duro. Micah se detuvo frente a la parte posterior de la carreta.

—¿Ma? —llamó—. Tengo una serpiente y un conejo, Ma.

La madre corrió a un lado la cortina de lona y apoyó un dedo sobre los labios.

—Silencio —dijo—. Tu hermana está muriéndose.

Los alegres colores de la tela de guinda del vestido de la mujer contrastaban vivamente con la sombra gris de la cortina.

Esperaron una hora, luego otra hora más, junto a la pequeña cama, pendientes de la dificultosa respiración de Annie. Se turnaban para aplicarle compresas sobre la frente. Cada tantos minutos Micah llevaba el balde al río para buscar agua fresca.

La cara de Annie brillaba a causa del sudor, a pesar de las compresas. Al mismo tiempo se estremecía como si tuviera frío, y debían mantenerla envuelta entre gruesas mantas de lana, tejidas a mano por la madre.

Finalmente la respiración se detuvo. La madre y el hermano esperaron unos minutos, en medio de la súbita quietud. Micah hizo un ademán de tocar el hombro de su madre. Ella le hizo la mano a un lado. —Déjame estar sola —dijo.

Lentamente, desenrolló las mantas de lana y alzó el cuerpo. Sin decir una palabra, abandonó la carreta y caminó por entre los campos de algodón en dirección al río.

Micah se quedó de pie en la parte trasera de la carreta y la miró alejarse. Un pensamiento bullía en su mente: ¿Qué clase de gente permitiría que una criatura muriese de ese modo? ¿Qué forma de la caridad cristiana consentiría que su hermana terminara de esa manera?

Se dio cuenta de que simplemente lo ignoraba.

Después de lo que pareció ser un largo, largo rato, Micah vació la más preciada posesión de su madre, un cofre labrado de madera de sándalo, y lo volvió a llenar.

Los dos hombres que decían provenir del futuro se habían movido un kilómetro hacia el sur del camino con respecto al lugar del encuentro con Micah. Todavía estaban escudriñando entre la basura y los objetos abandonados, aparentemente en dirección a Missouri.

Los álamos, la salvia, un barranco polvoriento, las salientes de rocas porosas, los mismos surcos hechos por las carretas, todo contribuía a que Micah pasara inadvertido. El chico sabía que un indio lo hubiera descubierto inmediatamente. Pero John y Droos no tenían esas habilidades. Por segunda vez, pero sólo por un momento, Micah se preguntó realmente cómo sería el futuro. Luego su mente le recordó una vez más que semejante especulación era un lujo imposible, y concentró todo su esfuerzo en permanecer escondido.

Por dos o tres segundos quedó completamente a la vista. Pero ambos hombres parecían absorbidos por la contemplación de un voluminoso artefacto compuesto de patas y cajones. Micah colocó estratégicamente el cofre de sándalo sobre el suelo polvoriento, a sólo unos metros de los hombres. Luego se escurrió nuevamente entre los escondrijos naturales del campo.

Pocos minutos después reapareció,

bajando la loma en dirección a John y Droos, sin hacer ningún esfuerzo de conciliación. Los hombres estaban observando una cómoda William and Mary, tocando su suave terminación, abriendo y cerrando los cajones, revisando las junturas.

—Observa el detalle de laca china —dijo Droos—. Aunque no fueran realizadas por artesanos orientales, las figuras son chinas tanto en el sentimiento como en la técnica.

Absorto en su trabajo, no alzó la vista para averiguar por qué John no le había respondido hasta que Micah estuvo frente a ellos.

La cara del chico estaba cubierta de polvo; sus ojos parecían hoyos ardientes en una máscara. Sintió el gusto de la arenisca de la pradera y hubiera escupido, pero ya no tenía saliva.

John habló con inseguridad y extrañeza.

—Hola Micah. Bienvenido nuevamente. Nos estábamos preparando para... irnos. Ya casi se nos ha acabado el tiempo, y debemos volver a casa.

Micah miró a uno y a otro, con firmeza. Intentó empezar a hablar varias veces a causa de la rasposa sequedad que sentía en la garganta.

—¿Siguen decididos a no hacer nada por mi hermana?

—No podemos hacer nada —dijo Droos—. Venimos de un mundo diferente, Micah. Hay cosas que no debemos hacer. Hay reglas.

Micah trasladó su mirada a John. Este miró hacia el suelo y asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo el chico; parecía cansado y mucho más viejo de lo que

correspondía a sus trece años. Los hombres lo miraron cautelosamente.

—Realmente lo siento —dijo John.

Micah no dijo nada. Tampoco contestó a ningún otro intento de conversación por parte de los hombres. Retrocedió para sentarse sobre una caja de madera que contenía herramientas de minería y simplemente se dedicó a observarlos.

—Mejor sería que volviéramos al trabajo —dijo Droos, mirando algo en su muñeca. Con redoblada energía, ambos hombres se perdieron nuevamente entre los desperdicios. Cada tanto miraban a Micah. El chico permanecía inmóvil, sobre la caja.

—¡Una botella torneada! —dijo Droos—. ¡Otra más!

—Esto parece un llamador holandés de Pennsylvania —dijo John.

—Un equipo completo de sextantes del siglo XVIII.

—Otra tetera Roosevelt.

—¿Qué es esto? —John se agachó junto al cofre de sándalo.

—Qué artesanía extraordinaria —dijo Droos, arrodillándose también junto al cofre—. Absolutamente magnífica. —Sus dedos recorrieron ávidamente las incrustaciones de la madera. Después levantó la fina tapa y dijo: Oh, sí, sí, sin duda. —Sacando lo que contenía el cofre preguntó: ¿Shetland?

—Eso parece —dijo John.

“Y tejido por las manos de mi madre” pensó Micah, pero no dijo nada.

Droos volvió a inspeccionar su muñeca y dijo:

— ¡Maldición! ¡Es casi la hora! Su-

jeta un trazador al cofre. Yo terminaré con el resto.

La partida no fue dramática.

—Diez segundos —dijo Droos, ajustándose algo en el cinturón.

John finalmente se dirigió a Micah.

—Adiós —dijo, ofreciéndole un lento y triste saludo con la mano—. Lo siento, Micah.

Ambos hombres, simplemente, se habían ido. Como si nunca hubieran existido. Micah vio cómo, a lo largo del camino, todos los objetos se desvanecían. Las maderas y las valijas se desvanecieron en el aire. La voluminosa cómoda William and Mary desapareció. Finalmente el cofre de madera de sándalo de su madre también se volatilizó y junto con él, las finas mantillas tejidas a mano con buena

lana Shetland, las mantas que habían protegido del frío a su hermana durante las últimas noches.

Micah se puso de pie y deseó que su madre lo estuviera esperando en la carreta. El cofre y las mantas se habían ido. Lo habían dejado ahí, de pie, tanspirando bajo el sol de la pradera, en una llanura de una quietud casi absoluta, silenciosa pero ya no expectante —una llanura en la que, le había parecido, nada podía suceder.

Y sin embargo había sucedido.

Título original en inglés:

"Prairie Sun"

(c) 1980 OMNI Pub. Int. Ltd.

Traducción de Cecilia Polisená

¿QUIEN LE TEME A LOS GAUT VEL HARTMAN?

No, no es título de una nueva novela; sucede que Sergio Gaut vel Hartman y Graciela Parini no se han contentado con venir formando una familia desde hace varios años, sino que además ya han entregado a Ediciones Filofalsía los originales de su libro de cuentos titulado: **EL CAMINO DE LOS ESPEJOS**.

Este libro estará integrado por quince cuentos en un volumen de 132 páginas, en formato 14 x 20, y se planea editarlo para mediados de diciembre. Al igual que otros de nuestros títulos, puede ser reservado según el sistema de venta anticipada del PROCON, enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal. Recuerden que no se distribuirá en quioscos.

Precio válido para octubre de 1984: \$a 350.-

canta rock

Cancionero de música contemporánea

Todas las
canciones
música
y letra

Publicación Quincenal



La mayoría de los pocos relatos de Jack Haldeman II (hermano de Joe) publicados en castellano aparecieron en la revista Isaac Asimov —de limitada distribución en nuestro país. Corrosivo, irreverente, Jack parece un digno heredero de Frederic Brown, Robert Sheckley, Harry Harrison y R. A. Lafferty.

UN HECHO CIENTIFICO

Jack Haldeman II

Carl estaba caminando por la calle cuando se despegó del suelo. Fue un evento bastante curioso. Teniendo en cuenta que estaba precedido por una vida de comportamiento casi normal, resultó increíblemente sorpresivo. Transitaba la pausa del almuerzo, dirigiéndose a Pop's para comer el acostumbrado sandwich de carne salada y la cerveza cuando cayó cuan largo era. Mientras yacía sobre la vereda, no dejó de repetir la palabra "farmacia". "Farmacia, farmacia, farmacia", decía. Era la palabra que había estado diciendo en el momento de caer. Se había trabado allí. "Farmacia, far-

macia, farmacia" dijo hasta que llegaron y se lo llevaron a un hospital de paredes acolchadas. Su familia estaba estupefacta, los vecinos hablaron del asunto largo y tendido. Su compañera estaba destruida; había estado junto a Carl cuando cayó. Era la única persona que haría el largo viaje para visitarlo. Nunca la reconoció. Lo catalogaron como esquizofrénico y tiraron la llave. Ella manejaba largas horas sólo para sentarse junto a su cama y hablarle. "Farmacia" decía él. "Maldición" decía ella. En realidad él no estaba esquizofrénico en absoluto.

El doctor Moore estaba en medio de un complicado procedimiento quirúrgico. Había hecho la práctica en el John Hopkins y era muy bueno efectuando este procedimiento quirúrgico en particular. La gente venía desde todos los rincones del mundo para que les abriera el cuerpo. Tenían una confianza absoluta en él y en sus experiencias en el John Hopkins.

—Retractor —le dijo a la enfermera. En el momento en que la enfermera depositaba el retractor en su mano, él dejó caer al suelo el riñón del paciente.

—Retractor, retractor —dijo el doctor Moore.

—Ya tiene el retractor —dijo la enfermera, recogiendo el riñón. Estaba asustada. El asunto iba a ser difícil de explicar. Temía que hubiera un juicio por negligencia. El paciente era muy rico, y su riñón estaba cubierto de gérmenes. Si vivía, no iba a ser demasiado feliz, y si no vivía la infeliz sería su familia. Nadie iba a ser feliz.

—Retractor —dijo el doctor Moore. Lucía como si estuviera a punto de caerse.

La enfermera dejó caer de nuevo el riñón adentro del paciente y salió del quirófano. Siempre había querido ser bailarina.

El Loco Joe Wobbles era disc jockey y ya estaba loco desde antes de serlo. Tenía la costumbre de hacer cosas extrañas cuando estaba en el aire, pero mientras mantuviera su rating, la estación lo dejaba hacer. Una vez había pasado comerciales

de Alka-Seltzer durante diez horas seguidas. Sus seguidores se volvieron locos. Las adolescentes de la ciudad usaban camisetas con su fotografía. Amo a Joe Wobbles, se leía sobre sus delicados bustos. Era loco como una chinche y era la personalidad radial más popular entre los chicos de 12 a 16 años. La estación toleraba su extraño comportamiento porque los chicos de 12 a 16 tenían más plata para gastar que sus propios padres. Se había encerrado en la cabina de transmisión y estaba pasando grabaciones de Bob Dylan de atrás para adelante. Había estado allí cinco horas cuando su mente vaciló. Cualquier hombre sano se hubiera partido en dos.

—El mayor éxito de Dylan —dijo. Y continuó—: éxito, éxito, éxito. Pasaron 45 minutos hasta que alguien advirtió que algo andaba mal. —Éxito, éxito —decía Joe. Trataron de destrabar la puerta pero se encontraron con que había puesto el cerrojo por dentro. Trataron de cortar la transmisión, pero él había desviado los sistemas principales. El Loco Joe también estaba paranoico. —Éxito, éxito —decía y 50.000 watts de poder auditivo transmitieron su voz kilómetros y kilómetros. Su rating ascendía, todo el mundo lo estaba sintonizando. Sintonizar a Joe Wobbles se transformó en una gran novedad instantáneamente. A la noche ya se lo podía escuchar hasta en New Orleans. Era una explosión, y la estación no hizo demasiados esfuerzos por interrumpirlo. Pasaron tres días antes de que un hombre del FCC de-

rribara la puerta y diera caza al pobre Joe. Sus ojos estaban sanguinolientos, su voz reducida a un susurro. —Éxito, éxito, éxito —murmuraba mientras se lo llevaron.

Pronto hubo tanta gente encerrada que se quedaron sin lugares para encerrarla. Era muy confuso. La gente a lo largo de todo el país se quebraba como ramas, convirtiéndose en locos furiosos ante el hecho más trivial. El asunto llegó a tal punto que no se podía ir a ningún lado sin tropezarse con un par de locos.

Había que hacer algo.

Fue entonces cuando el doctor William W. Williams llegó con su cajita verde llena de fichas de 3x5. Pensaron que también estaba loco. Era la misma gente que se hubiera reído de los hermanos Wright. Pasó un largo tiempo antes de que el doctor William W. Williams pudiera conseguir que alguien lo escuchara y cuando lo consiguió, no era nadie importante. De cualquier modo, el asistente del asistente supo ver a través de la ropa arrugada, el pelo áspero, la barba desordenada y detectó un brillo de verdad en lo que el viejo de la caja verde llena de fichas de 3x5 tenía para decir. Por lo tanto, el asistente del asistente envió a Williams y sus fichas arriba. Mejor que nada, pensó, y movió algunos papeles más de aquí para allá.

Una vez arriba, el doctor William W. Williams puso a funcionar su encanto. Hizo aparecer una amplia sonrisa y se sumergió directamente en su explicación científica sobre los lunáticos.

La secretaria no estaba muy impresionada. Hizo estallar el globo de goma de mascar y apretó un botón del intercomunicador. El Viejo Bill se había vuelto a equivocar.

—Acá hay un pobre diablo que quiere verlo —dijo hablándole a la pequeña caja sobre su escritorio.

—Haz entrar al pobre diablo —le contestó la pequeña caja.

En realidad, el doctor Williams había ido al sitio adecuado en el momento justo. La persona a la que iba a ver era un tal Arthur J. Woods, asistente de la cabeza de la C. P. I. —Comisión Presidencial sobre los Lunáticos. Acababa de volver de almorzar y cargar cuatro martinis en su cuenta, de modo que estaba perfectamente feliz. Lo suficiente como para sentarse, fumar un cigarro y escuchar lo que el Viejo Bill tuviera que decir.

—Tengo una teoría —dijo Bill.

—Todo el mundo tiene un teoría —dijo el señor Arthur J. Woods.

—Pero la mía se basa en un hecho científico.

—¿Esa es la diferencia? ¿Cuál es el hecho científico?

—El hecho es que no se pueden hacer entrar diez kilos de fertilizantes en una valija de cinco kilos.

—¿Eso es una novedad? —Le dio una pitada al cigarro.

—Mire esto. —Williams apoyó la caja verde sobre el escritorio del señor Woods—. Es un cerebro humano.

—No. Es una caja verde.

—Use su cabeza. Imagínese que es un cerebro.

Woods frunció el ceño y se rascó la nariz. Williams sacó un manojo de

fichas blancas de 3x5 y las puso sobre la mesa.

—Estos son trozos de información —dijo Williams, refiriéndose a las fichas.

—A mí me parecen fichas de 3x5. Williams revoleó los ojos y suspiró.

—La caja es como un cerebro —dijo, metiendo las fichas adentro de la caja—. Así como hay un límite para el número de fichas que puede introducir en la caja, hay un límite para la cantidad de trozos de información que se pueden introducir en un cerebro. Ambos se llenan. ¿Lo ve? —Le mostró la caja llena.

Woods tomó la caja y trató de introducir otra ficha. No pudo.

—Es una caja llena —admitió Woods—. ¿Pero por qué tendría que estar pasando esto justamente ahora? Deberíamos haber visto antes este efecto particular.

—La caja de los idiotas. —Los ojos de Williams estaban brillando. Se estaba abriendo paso.

—¿Quiere decir la tele?

—Exactamente. Quizá no sé de cuenta de esto, señor Woods, pero la imagen televisiva se produce mediante un registro rodante de unas 525 líneas treinta veces por segundo. Aunque la mente consciente conecta todas estas imágenes aisladas en una acción continua, en alguna parte, en lo hondo de la mente, todas estas imágenes aisladas son registradas, amontonadas y archivadas. ¡No tardamos en estar tan repletos como la caja! Y nosotros... ¡Ahá!

—¿Ahá?

—Nosotros. Nosotros fuimos la



primera generación completamente amamantada por la teta de la tele. Tenemos toda una vida de imágenes amontonadas una encima de la otra. Estamos repletos como jamás lo ha estado ninguna otra generación. No hay más lugar, en las cajas de nuestras mentes, para fichas de 3x5.

—¿Tal vez sólo otro par? —preguntó Woods, pero ya sabía la respuesta.

Las ruedas de la nación pueden moverse con suma rapidez cuando son empujadas, y la acumulación de lunáticos estaba acelerando mucho las cosas. En una semana, la estrategia había sido planeada.

El Presidente se presentaría por la TV, para avisarles a todos que nadie podía volver a mirar TV. Quizá funcionara. Era un Presidente bastante popular, era posible que lo lograra. Habría una tremenda oposición, pero tenía confianza en la caja verde y las fichas del doctor William W. Williams. Las tenía a su lado, en el estudio de

televisión. No eran más que apoyos, sin embargo, La C.P.L. había preparado un film excelente que explicaba el Efecto de los lunáticos, o la Fiebre de la Tele, como la llamaban los que estaban en el asunto. Por suerte, el Presidente no tendría que exponer ninguna explicación científica ni usar palabras imponentes; se tenía que limitar a presentar el film.

En el aire. La luz roja de la cámara

se encendió. Era sólo un trozo más de información, otra ficha de 3x5 deslizándose a su lugar.

—Damas y caballeros, caballeros, caballeros...

Título original en inglés:

A Scientific Fact

(c) 1979 by Galaxy-UPD Pub. Corp.

Traducción: Cecilia Polisená



¿Qué espera para suscribirse?

4 números (un año) \$a 1000.-

8 números (dos años) \$a 1900.-

Cheques o giros a Sergio Gaut vel Hartman. Casilla de Correo 200 1453 Suc. 53, Cap. Fed.

Suscripción PROCON/3

Revista CLEPSIDRA (nros. 3, 4 y 5).
RONDA DE ALMARMIRA (los 7 libros).
EL CAMINO DE LOS ESPEJOS (cuentos).

Los títulos ya editados se enviarán inmediatamente, el resto será enviado al momento de su edición. Los interesados deberán enviar cheque o giro a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES [Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital].

Precio válido para octubre de 1984: \$ a 1.205.-

MINOTAURO 7

Samuel R. Delany

Carlos Gardini

Antonio Elio Brallovsky

Charles Platt

Alphonse Daudet

Sergio Gaut vel Hartman

Pablo Caporale

Sergio Gaut



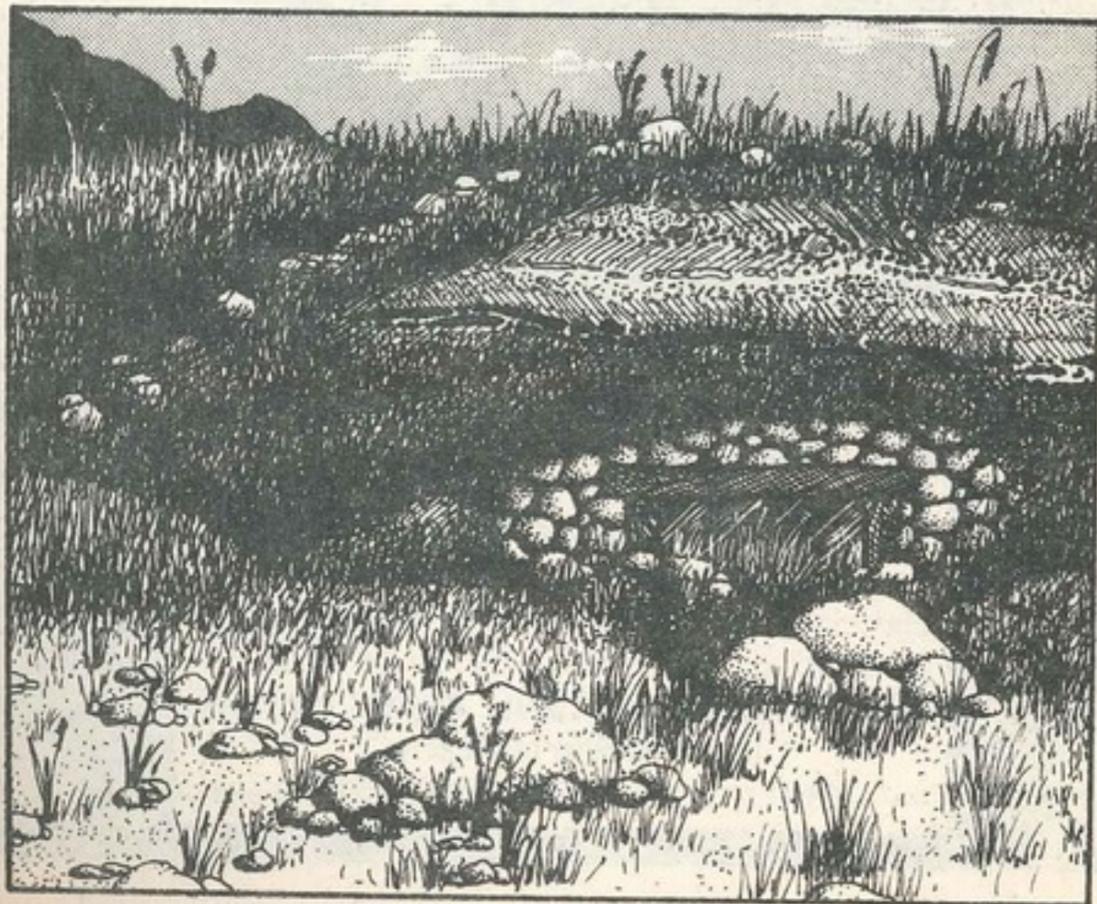
EL ESPACIO EXTERIOR, EL ESPACIO INTERIOR

La ficción especulativa. Las conjeturas de la ciencia y de la fantasía. El pensamiento alternativo. Los maestros de la imaginación. Cuentos, artículos, libros, noticias. Publicación bimestral.

—EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS—

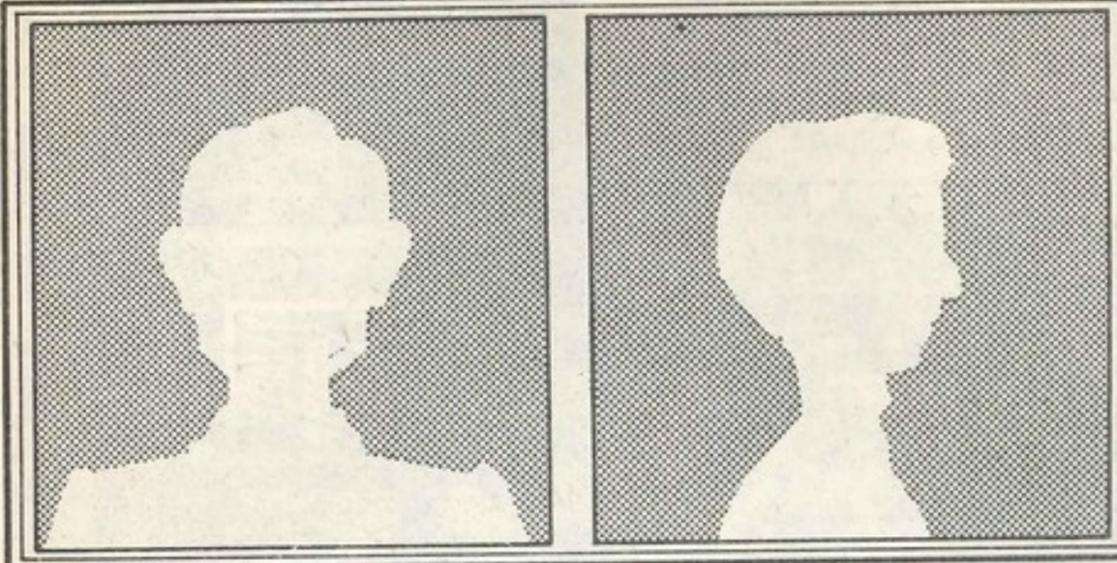
El Comandante Alhter ha quedado inco-
municado luego de su descenso; sus úl-
timos mensajes no se encuadraban den-
tro de los códigos conocidos, veamos
entonces lo que ocurría en la base Parsec.

IDENT

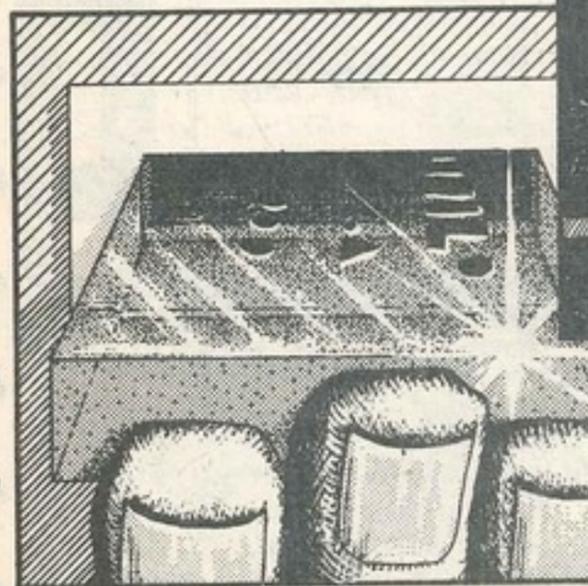


RCHV: E. G. Alhter, Comandante.
Nacido en Calamuchita, Provincia
de Córdoba. Reclutado para el pro-

yecto SOMOS/EL/UNIVERSO el
17 AGO 1970. Foto tomada el 30
NOV 1979.

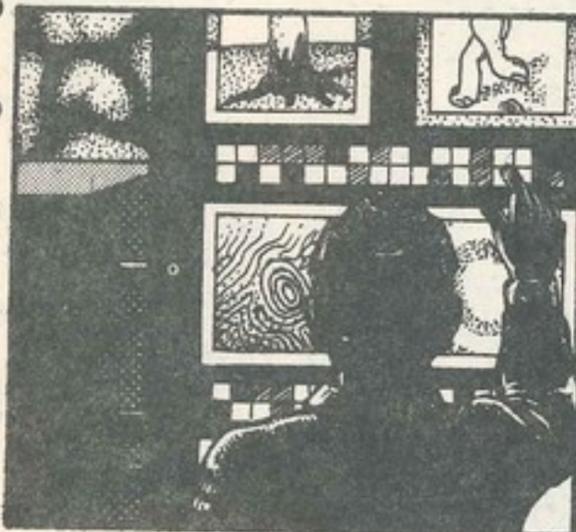


El Primer Oficial sabía que en ese
nivel no podía haber errores, sin
embargo la foto estaba en blanco.
Introdujo un programa de constata-
ción que pudiese relacionar los da-
tos de Alhter, que no podían ser
extraídos, con su extraño compor-
tamiento. Introdujo también un
nombre: Lita.

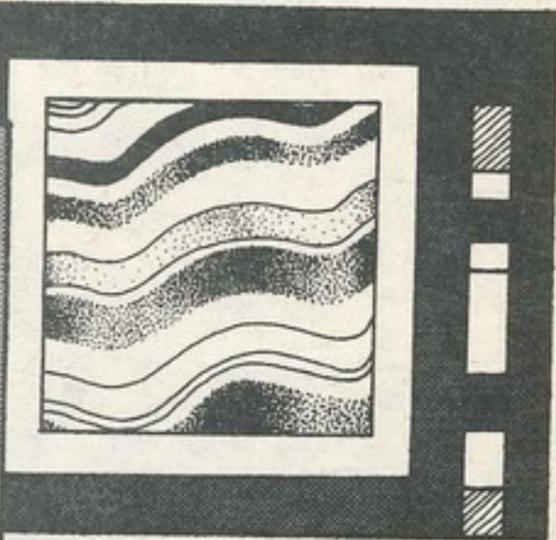
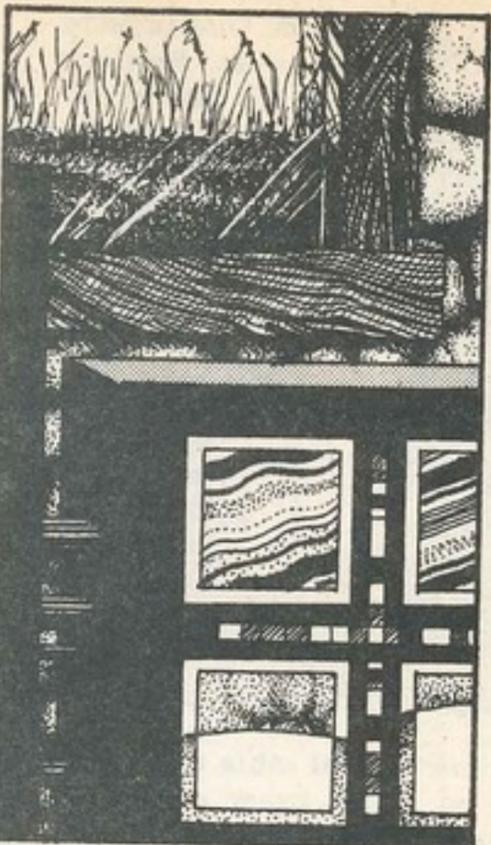
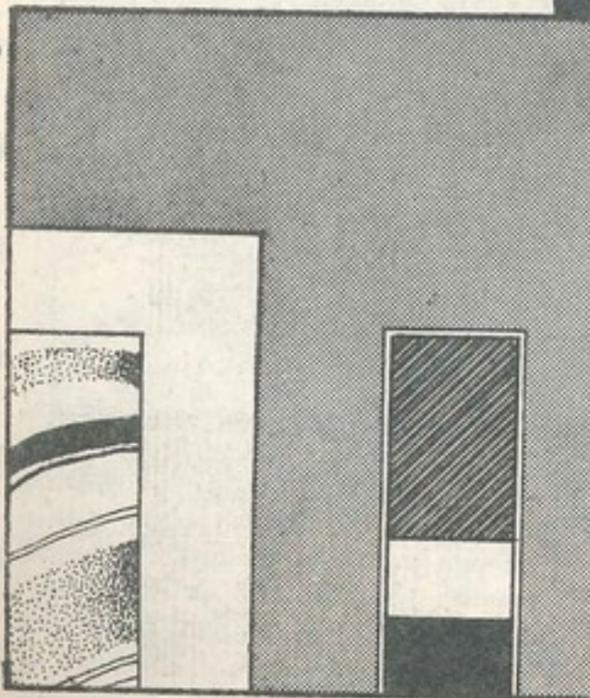


INC: AZULYBLANCA informa
que los datos, analizados en forma
interna según el Código Rojo, no
revelan relación con extraño com-
portamiento. El código LITA no
tiene antecedentes en Archivo.

El salón de la computadora madre estaba en silencio, la AZULYBLANCA acababa de reproducir la secuencia de imágenes retransmitidas desde el satélite que recepciona todas las ondas del hiperespacio. El Primer Oficial pidió al Archivo los antecedentes de Alhter:

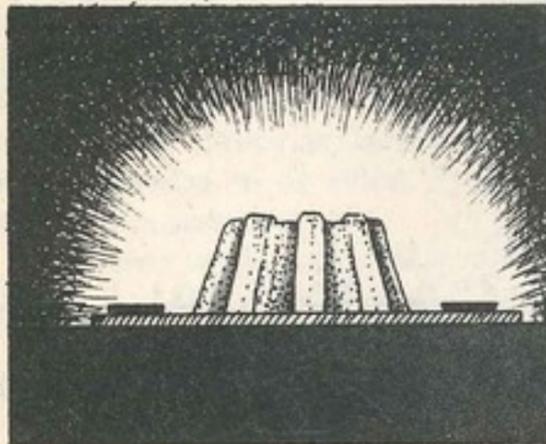


RCHV: E. G. Alhter, Comandante. Desde 1 ENE 1980, en misión especial.



El Primer Oficial pidió a la AZULYBLANCA que extrajera del Archivo la foto y los datos personales de Alhter. Después de un momento, ante la falta de resultados, volvió a hacerlo utilizando el Código Rojo para misiones especiales.

El Primer Oficial vió cómo la cámara automática de la AZULYBLANCA barría todo el salón para dejar un registro más completo de la actividad de ese día. (La introducción del Código Rojo no dejaba nada sin documentar.)



Una de las luces tabuladas, ubicada sobre el frente izquierdo de la AZULYBLANCA, se encendió; el Primer Oficial caminó hasta el panel correspondiente y desajustó una de las palancas de seguridad.

RCHV: E. G. Alhter, Comandante. Hijo de Domingo Alhter y de Amelia Gómez.

El Primer Oficial cortó y retiró el papel impreso que había salido por el costado de la computadora madre. Lo miraba tratando de comprender qué podría haber ocasionado que la AZULYBLANCA emitiese esos datos. Su entrenamiento le volvió a reiterar que no podía haber errores en ese nivel; eso significaba que tampoco se emitían informes en exceso, lo que se apartaba de lo exacto, en más o en menos, era siempre un error.



(continuará)



Es posible que debamos considerar agotadas las referencias a "Un paseo por Camarjali" y su autor. Pero vamos a adelantar un detalle sabroso: hay otros dos relatos que comparten el Centro como punto de partida: "Páginas de un catálogo" y "El fondo del pozo". Y Parsec se propone publicarlos.

UN PASEO POR CAMARJALI

Eduardo Abel Giménez

ULTIMA PARTE

Carrac, el amigo de Dorbrod, llegó puntual para la cena. Era un hombre bajo y delgado, como Parcino, pero muy diferente de él. Tenía la piel blanca y un bigote muy fino que hacía juego con sus modales suaves y elegantes. Llevaba un traje negro y una camisa blanca, con un moño. Nos esperaba en una salita vecina al comedor, y cuando vio entrar a Dorbrod se puso de pie.

—Buenas noches —dijo—. Me han contado que llegaron interesantes visitas.

Dorbrod se había puesto una túnica negra, llena de volados, y un

perfume fuerte y horrible. Dio media vuelta y nos señaló.

—Te presento a las señoras Codi y Gancirado, y al señor Gasbim —dijo, y agregó: —Este es el señor Carrac, del Palacio Carrac.

Inclinamos la cabeza, obedientemente. Carrac nos miró de arriba abajo y luego miró a Dorbrod. Nos pareció que hacía un gesto de aprobación.

—Pasemos al comedor —dijo Dorbrod.

Adentro estaba Savas, la esposa de Dorbrod. No nos saludó, y durante la cena trató de simular que no estábamos. Comimos en silencio. De

vez en cuando notábamos que Carrac nos observaba, como si no pudiera creer en nosotros.

Parcino había descubierto un clavicordio en un rincón del comedor, y luego de la cena preguntó quién sabía tocarlo. Dorbrod resultó ser un virtuoso, y nos mostró durante un largo rato la música de Camarjali. Carrac bostezaba en un sillón. Parcino estaba entusiasmado.

—Parcino también es músico —dijo Julmar.

—¿Cuál es su instrumento? —preguntó Dorbrod.

—La guitarra —dijo Parcino.

—Qué extraño —dijo Dorbrod—. No lo conozco. Es una pena, porque me gustaría oírle tocar algo, señor Gasbim.

—Yo tengo una —dijo Parcino.

Dorbrod insistió para que fuera a buscarla, y Parcino salió hacia la habitación donde la habíamos dejado.

—Te estás aburriendo —le dijo Dorbrod a Carrac.

—Todavía no pasó nada —dijo Carrac.

—No te preocupes —respondió Dorbrod, guiñándole un ojo.

Parcino volvió, y le explicó a Dorbrod cómo funcionaba su guitarra. Carrac se acercó con más interés.

—Toque algo —dijo.

Sonó como una orden, y Parcino lo miró asombrado. Luego apartó una silla de la mesa, se sentó, y tocó y cantó una canción.

Cuando terminó, Carrac se puso a reír.

—Qué pintoresco —dijo. Dorbrod se tapó la boca con el puño y tosió.

—Mis visitantes son muy habilidosos —dijo.

Parcino estaba serio. Dejó la guitarra a un costado y se cruzó de brazos. Guem nos hizo un gesto para que la dejáramos hablar a ella.

—Tal vez el señor Carrac nos pueda ayudar a localizar nuestra nave —dijo—, o a conseguir otra —Carrac miró a Dorbrod, intrigado.

—Estos señores llegaron de muy lejos —explicó Dorbrod—, en una especie de globo, y lo perdieron. Ahora quieren regresar, pero parece que sin un globo no pueden hacerlo.

—Comprendo, comprendo —dijo Carrac—. ¿Cómo fue que perdieron su globo?

Le explicamos lo que había ocurrido, para lo cual tuvimos que hablar del suelo de hormigón, de los agujeros, de los pájaros y de nuestra exploración.

—Lo más raro —dijo Guem, para terminar— es que los lugares que visitamos parecen haber cambiado entre una visita y otra. Es algo que no consigo entender.

Carrac lo miró a Dorbrod con una expresión de asombro.

—Deben venir de muy lejos —dijo—, para no entender eso.

—Ellos dicen... —Dorbrod se rió—. No lo vas a creer, pero dicen venir de otro planeta.

—Ah —Carrac se echó hacia atrás en el sillón, sacudiéndose de la risa.

—A mí no me parece gracioso —dijo Parcino—. En vez de reírse podrían explicarnos qué fue lo que pasó.

Savas se puso de pie.

—Disculpen —dijo—, pero a mí todo esto no me interesa.

Salió del comedor, y Dorbrod pareció aliviarse. Carrac tosió, y dijo:

—Bien. Me resulta tan extraño que alguien no lo sepa, que me cuesta explicarlo. Los sitios de Camarjali no se conservan mucho tiempo, si uno no les presta demasiada atención.

—¿Cómo? —preguntó Guem.

—Es algo que todo el mundo aprende de niño, por experiencia propia. Se sobreentiende, como que el cielo es azul.

—Para mí no se sobreentiende —dijo Guem—, por más ridículo que le parezca. ¿Por qué no trata de aclararlo un poco?

—Lo voy a intentar —aceptó Carrac—. Imaginen que abren una puerta y saltan al otro lado. Lo que allí encuentren depende, claro, de tres factores. Primero —extendió un dedo—, a qué punto lleva la puerta. Segundo —extendió otro—, qué esperan ustedes encontrar allí. Tercero —extendió uno más—, qué esperan otros que haya en ese lugar —lo miró a Dorbrod—. ¿Voy bien así?

—No —dijo Guem—. ¿Cómo puede ser que uno influya en eso?

—¿Cómo el cielo puede ser azul? —intervino Dorbrod—. Le piden mucho a mi amigo Carrac.

—No importa, Dorbrod —dijo Carrac—. Esto me encanta, y te agradezco que me hayas presentado a estos... —dudó un momento—, a estos visitantes tuyos.

—Todavía no me respondió —dijo Guem.

—Veamos —dijo Carrac—. Si uste-

des conocían sólo regiones con suelo de hormigón y vetas grises, era lógico que tras cada puerta esperaran descubrir más hormigón y vetas grises. ¿No es así?

—Síga.

—Por eso no encontraron otra cosa durante mucho tiempo. Se conformaban con poco, y Camarjali les daba lo poco que pedían.

—¿Cómo íbamos a modificar eso? —preguntó Parcino.

—Deseando otra cosa —dijo Dorbrod—. O mejor dicho, creyendo en otra cosa.

—¿Creyendo? —preguntó Guem.

—La fe es imprescindible —dijo Dorbrod—. Si no, ¿cómo habiéramos encontrado esas estatuas de que ustedes me hablaron? Yo creí en ustedes, y mi sacerdote entró en resonancia con mi creencia, por lo cual...

—Va muy rápido para mí —interrumpió Guem—. Dejemos lo de las estatuas para después, y volvamos al tema.

—La señora tiene razón —dijo Carrac—. Estábamos diciendo que si uno no espera otra cosa que hormigón, encontrará hormigón. Pero antes aclaré que también influye el lugar en particular al que lleva una puerta. Si allí no hay material suficiente para formar una montaña, no importa cuánto se desee encontrar una: jamás la habrá. Pero ese material puede estar bajo la forma de casas, árboles, piedras, personas... Es totalmente distinto.

—¿Personas también? —dijo Julmar.

—Claro —dijo Carrac—. El mate-

rial puede tomar cualquier forma. El único requisito es que uno no exija más material que el que hay.

—Supongamos que es así —dijo Guem—, porque no quiero estirar demasiado esta locura. Ahora dígame: si nosotros sólo podíamos encontrar hormigón, ¿cómo vinimos a parar al Palacio Dorbrod?

—Ahí intervino el otro factor de que les hablé. Es decir, qué esperan otros que haya en un lugar determinado. Mi amigo Dorbrod, su esposa Savas, y muchas otras personas, esperaban que a este lado de la puerta que ustedes atravesaron hubiera determinada dependencia del Palacio. Comprenderán que era más fuerte el deseo de ellos de que esa dependencia siguiera existiendo, y no el deseo de ustedes de encontrar más hormigón.

—Sin embargo —dijo Guem—, otras veces visitamos lugares que hoy resultaron pertenecer al Palacio, y no vimos otra cosa que hormigón. ¿Cómo explica eso?

—No entiendo qué quiere decir —dijo Carrac.

—Le voy a dar un ejemplo —contestó Guem—. Hoy pasamos por una fábrica de muebles que tiene el señor Dorbrod. Haciendo los cálculos necesarios con este equipo —señaló la computadora, que como siempre estaba a su lado—, descubrí que hace once días estuvimos exactamente en el mismo lugar de Camarjali. Pero entonces no vimos ninguna fábrica de muebles.

—Seguramente —dijo Carrac— habrán llegado a ese lugar por una puer-

ta diferente. Cada puerta crea un entorno distinto.

—Ahora sí que no entiendo nada —dijo Julmar.

—Imaginen que justo aquí —dijo Carrac—, donde está mi sillón, hay una puerta. Si ustedes están al otro lado y la atraviesan, llegarán a este comedor, del Palacio Dorbrod. Ahora, supongan que abren otra puerta, que da al lugar exacto en que está el clavicordio. Esa puerta no forma parte del Palacio Dorbrod, ni fue abierta jamás por Dorbrod ni su personal. ¿De qué manera podría, entonces, dar a este comedor? De ninguna, claro está. Llevaría, sí, al sitio del clavicordio, pero para ustedes ese sitio no estaría ocupado por el clavicordio, sino por cualquier otra cosa que ustedes esperaran encontrar allí. ¿Está claro, ahora?

—Quiere decir —intervino Parcino— que si nosotros llegamos al Palacio fue sólo porque, por pura casualidad, tropezamos con una puerta que pertenece al Palacio.

—Exactamente. Si no hubiera ocurrido así, probablemente estarían recorriendo regiones de hormigón.

Guem sacudió la cabeza.

—Todavía no explicó su primera afirmación —dijo—. Que en Camarjali los sitios cambian si uno no les presta atención.

—Es cierto —dijo Carrac—, había olvidado que el tema empezó por ahí. La cuestión es muy simple, mucho más que lo que hemos discutido hasta ahora —se rascó la frente, y continuó—. Por sus relatos, veo que en ciertas ocasiones sólo permanecie-

ron unos minutos en una misma región, y luego tardaron días en volver a ella. Está claro que en esos pocos minutos no pudieron fijarla lo suficiente como para poder abandonarla un tiempo y luego encontrarla igual.

—Para mí no está claro —dijo Guem.

—¿No? —dijo Dorbrod. Estaba sorprendido, y no dejó hablar a Carrac—. Imagine que algunos de mis hombres crean una nueva dependencia del Palacio, y la abandonan de inmediato. Si más tarde la visitan otros hombres, o los mismos, será distinta, porque sus fundadores no la han definido bien, no la han materializado tanto como para...

—¿Materializado? —ahora era Parcino quien no entendía.

—Es una forma de decir —Dorbrod se quedó pensando otro modo de explicarlo, y llegó otra vez el turno de Carrac.

—Vamos por partes —dijo—. Primero, ustedes descubren un nuevo sitio, y se van de inmediato. Segundo, dejan pasar un tiempo, varios días. Tercero, vuelven al sitio, sin recordarlo con precisión, con ciertas expectativas sobre él que no son exactamente las mismas de la primera visita. Como resultado inevitable de esto, el sitio se ajusta a las nuevas expectativas. ¿Lo expliqué bien, ahora?

—Excelente —dijo Dorbrod.

—Más o menos —dijo Parcino.

—No —dijo Guem—, pero no importa. Tengo otra duda.

—¿Cuál? —dijo Carrac, en medio de un bostezo. Estaba empezando a aburrirse otra vez.

—Antes de entrar al Palacio —dijo Guem—, no se veía nada a través de la puerta. Después resultó que daba a una biblioteca, en la que había luz. Para colmo, era imposible volver al lugar del que habíamos partido, porque ahora la puerta daba a otra habitación.

—Lógico —dijo Carrac.

—¿Lógico, dice? —preguntó Guem—. A mí no me parece.

—Por su relato, entiendo que la puerta une dos habitaciones del Palacio. Ustedes, sin saberlo, abrieron otra puerta que coincidió exactamente con ésta. Mal podían ver lo que había a este lado, si las características del sitio en que se encontraban no eran las de la habitación que en realidad hay al otro lado de la puerta.

—Así no lo voy a entender nunca —dijo Guem.

—Tiene razón, es un poco confuso. Piensen que a una puerta no se le puede exigir que dé a dos lugares a la vez. ¿Hasta ahí voy bien?

—Sí.

—De acuerdo, entonces. Sin embargo, ustedes crearon la situación inversa: dos puertas que dan al mismo lugar. Una, la perteneciente al Palacio Dorbrod.

—La de mi estudio personal —dijo Dorbrod.

—Otra —siguió Carrac—, la que ustedes acababan de abrir. Ambas coincidían en el otro lado. Por supuesto, la del Palacio tenía prioridad, por ser la primera. Más precisamente, por pertenecer al lugar al cual da este lado de la puerta.

—El de la biblioteca —aclaró Dorbrod.

—Entonces, de la puerta abierta por ustedes a la puerta de la biblioteca sólo podía haber tránsito en un único sentido. Es decir, ustedes podían cruzar a la biblioteca, pero nada perteneciente a la biblioteca podía cruzar al lado en que estaban ustedes. ¿Hasta ahí me siguen?

—Sí —dijo Guem—, más o menos.

—Al decir que nada perteneciente a la biblioteca podía cruzar a ese lugar, estoy necesariamente incluyendo la luz. ¿O acaso la luz no cumple con las leyes del universo?

—Que yo sepa, las cumple —dijo Guem.

—Por fin comprende. Como la luz no podía cruzar al sitio ocupado por ustedes, entonces les era imposible ver qué había de este lado. Que es lo que queríamos demostrar.

Carrac dio un bufido, sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. Nos sirvieron café, y durante un rato nos quedamos en silencio. Después Carrac empezó a hacer preguntas sobre los lugares que habíamos visitado, y estuvimos más de una hora hablando del Camarjali que habíamos conocido, y que ahora parecía más lejano que nunca.

* * *

Carrac y Dorbrod se divirtieron mucho con nuestros relatos, pero nosotros no. Julmar se iba durmiendo, y hablábamos cada vez con menos entusiasmo. Al final, Guem aprovechó un momento de silencio para cambiar de tema.

—Señor Dorbrod —dijo—, ¿por qué no nos explica la ceremonia de esta tarde?

—No veo que haya nada que explicar —dijo Dorbrod.

—¿De qué ceremonia hablan? —preguntó Carrac.

—Hoy inauguré una nueva ala —contestó Dorbrod—, en una región rarísima de la que me habían hablado los señores —y le describió el lugar.

—¿Qué es lo que la señora no comprende? —preguntó Carrac, dirigiéndose a Guem.

—Todo —dijo Guem—, el estadio, las danzas, el ...

—Hay que mantener a la gente interesada en algo —interrumpió Dorbrod—, y estas cosas le gustan. Cada vez que puedo monto un espectáculo como ése.

—No terminé —dijo Guem—. Iba a mencionar al sacerdote. ¿Cuál es su papel?

—El sacerdote es la pieza fundamental —dijo Carrac—. Sin un sacerdote, no hay garantías de éxito al abrir una nueva ala.

—¿Por qué? —preguntó Parcino. Carrac se rió.

—Si usted hubiera nacido aquí —dijo—, lo tomaría por un hereje. Pero no tiene por qué compartir nuestra religión —dejó de reírse y continuó—. Tenga en cuenta, señor Gasbim, que sólo los dioses saben todo de este mundo. Y sólo los sacerdotes interpretan los signos de los dioses. Por más que Dorbrod estuviera seguro del lugar que necesitaba, sin

la ayuda de un sacerdote jamás lo hubiera encontrado.

—Pero el señor Dorbrod —dijo Guem— no pidió que buscaran la región de las estatuas.

—No fue necesario —dijo Dorbrod—. Los sacerdotes saben lo que quiero sin que yo diga una palabra. Cuando ustedes me hablaron de ese lugar tuve ganas de poseerlo, y gracias a los sacerdotes mi deseo se ha cumplido.

—Sin embargo —dijo Parcino— la ceremonia se estaba preparando antes de que le habláramos de las estatuas.

—Por supuesto —dijo Dorbrod—. ¿Cómo se iba a reunir tante gente en tan poco tiempo? Hasta último momento el sacerdote que intervino en esto no sabía cuál sería mi deseo. Lo supo unos minutos antes de que llegáramos al estadio.

—Y sin que usted dijera nada —insistió Parcino.

—Exactamente —dijo Dorbrod.

Guem sacudió la cabeza otra vez.

—A mí me queda otro punto oscuro —dijo—. El edificio no estaba cuando visitamos las estatuas por primera vez. Y no vimos cómo lo construían. ¿De dónde salió?

—Estaba ahí —dijo Dorbrod—. No podía ser de otro modo. Las puertas dan a construcciones preparadas para nosotros. Si no, Camarjali sería inhabitable, y mis sacerdotes lo saben bien.

—Si ustedes no vieron ningún edificio —dijo Carrac— fue porque no lo necesitaban, o no lo imaginaron de antemano, ni requirieron a los dioses que hubiera un edificio. El caso de

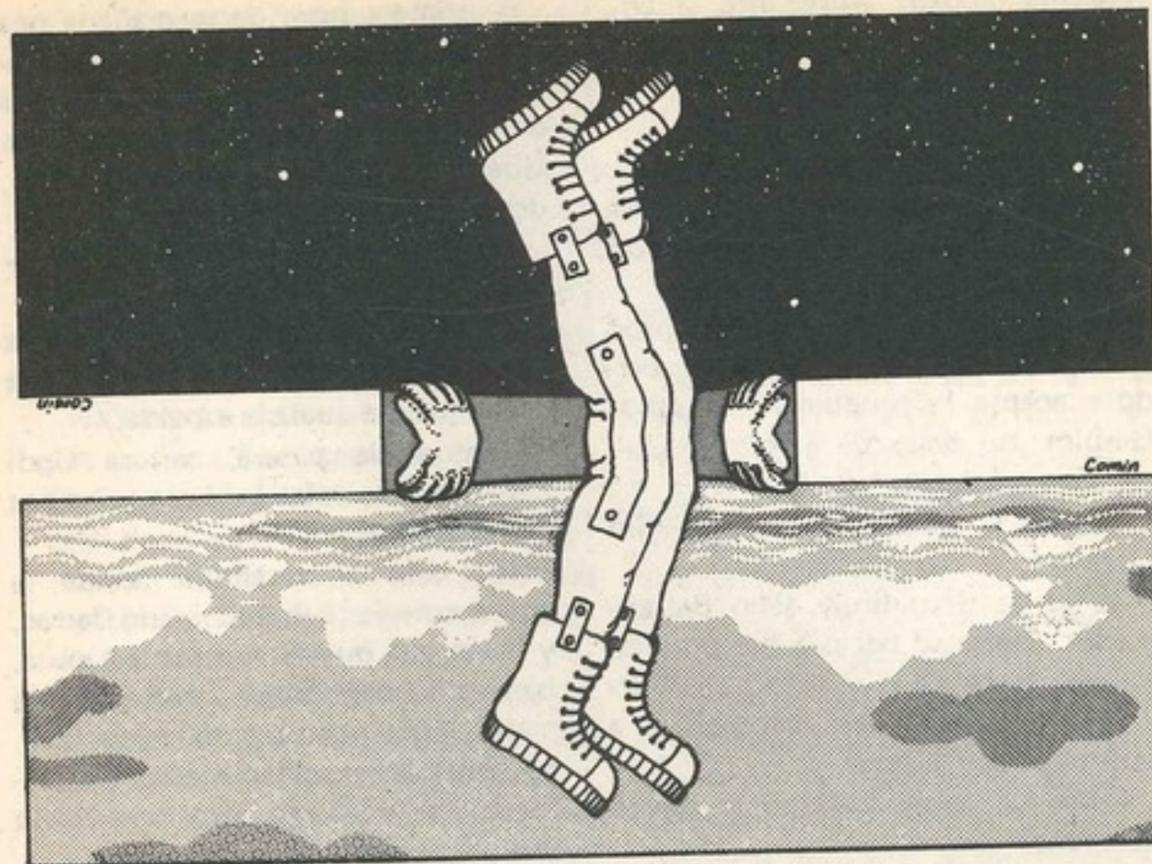
Dorbrod es diferente. El no iba a aceptar la región si no la modificaban según sus gustos.

—Cada vez creo menos en lo que oigo —dijo Guem.

—Tal vez no nos hayamos explicado bien —dijo Carrac—. No se puede perforar una puerta en cualquier lugar, y esperar que aparezca exactamente lo que uno quiere. Cuando uno busca algo muy determinado, como un edificio de tales características, con un mobiliario así y así, hay que saber dónde perforar, y además tener la verdadera necesidad de encontrarlo. Si Dorbrod busca otro comedor como éste, difícilmente lo encuentre, porque no lo necesita.

—Creo que se contradice —intervino Parcino—. Antes afirmó que al abrir una puerta uno encuentra lo que busca, y sólo lo que busca.

—Y así es —dijo Carrac—, pero dentro de ciertos límites. Cualquiera de nosotros apenas puede obtener una imagen borrosa de lo que busca. Un sacerdote, en cambio, consigue un grado de definición casi perfecto —tosió, y siguió hablando—. Le voy a dar un ejemplo. Supongamos que usted quiere encontrar un clavicordio como el que Dorbrod tiene aquí. Lo más probable es que encuentre algo con la forma de un clavicordio, pero que no sea más que un pedazo de madera. Ahora, digamos que en vez de buscarlo usted mismo, se lo encarga a un sacerdote. El sacerdote no sólo lo llevará donde hay un verdadero clavicordio, sino que le dará a elegir cuántas notas debe tener, de



qué madera está hecho, qué clase de barniz...

—Muy bien —dijo Parcino, demasiado fuerte. Julmar se despertó de golpe—. Si todo es como dicen, entonces podrán ayudarnos a encontrar nuestra nave.

—El globo, quiere decir —intervino Carrac.

—Lámelo como quiera.

—No sé de qué manera podríamos ayudarlos —dijo Dorbrod.

—Escuchen bien —dijo Parcino—, y contesten sí o no.

—Adelante —dijo Carrac.

—Nosotros necesitamos la nave más que ninguna otra cosa. La necesitamos más que lo que ustedes puedan imaginarse. Además, tenemos una idea clara de cómo es, y jamás la con-

fundiríamos con nada. Lo que propongo es que llamen a uno de sus sacerdotes, y le pidan que nos diga dónde perforar para encontrarla.

—Creo que Parcino se volvió loco —dijo Guem.

—Puede ser —dijo Dorbrod—, pero algo de razón tiene. Habrá que hacer la prueba.

Parcino se puso de pie.

—Bien —dijo—. ¿Dónde hay un sacerdote?

Dorbrod sonrió.

—No tan pronto, señor Gasbim —dijo—. ¿No podría dominar su impaciencia hasta mañana a la tarde?

—¿Por qué? —preguntó Parcino.

—Porque así yo tendría tiempo para mostrarles la ciudad —dijo Dorbrod.

—¿Qué ciudad? —preguntó Guem.

—La ciudad de Camarjali, claro. ¿Nunca oyeron hablar de ella?

—No.

—Mañana la conocerán.

Parcino volvió a sentarse. Carrac se estaba aburriendo otra vez. Miró su reloj y dijo:

—Es hora de dormir, Dorbrod —sonrió él también—. Si algún sacerdote acepta la propuesta del señor Gasbim, no dejes de avisarme. Quisiera presenciar su trabajo.

—Estás invitado, entonces —dijo Dorbrod.

Carrac se despidió y salió del comedor. Dorbrod decidió dar por terminada la tertulia, y llamó a un sirviente para que nos acompañara a nuestras habitaciones.

Antes de irnos, Parcino le agarró un brazo.

—¿De veras cree que un sacerdote podrá encontrar la nave? —preguntó.

—Es posible —dijo Dorbrod—. Esperemos hasta mañana.

Con el sirviente delante nuestro, volvimos al lugar donde habíamos dejado los bultos. El sirviente nos indicó cuáles eran nuestras camas: estaban en habitaciones diferentes. Cuando se fue, nos reunimos en la de Julmar y cumplimos con los juegos reglamentarios de cada noche.

* * *

La ciudad de Camarjali no nos llamó la atención de una manera especial. Lo más probable es que Dorbrod haya querido exhibirnos para dar envidia a sus vecinos.

A primera hora de la mañana nos habían devuelto nuestra ropa de trabajo, limpia y remendada. Después de desayunar en la habitación de Guem, un sirviente nos llevó abajo, donde nos esperaba Dorbrod.

—¿Cómo pasaron la noche? —preguntó.

—Bien —dijo Julmar—, pero hacía tanto tiempo que no dormía en una cama que me duela la espalda.

—Ya se le pasará, señora Codi —Dorbrod se refa—. Ahora salgamos a la ciudad.

Nos guió al vestíbulo donde la noche anterior había esperado Carrac, y abrió una puerta enorme y pesada, con varias cerraduras y refuerzos de metal. Una puerta común, vertical, no como las extrañas puertas del suelo de Camarjali. Al otro lado había una calle.

—La avenida Yallay —dijo Dorbrod—, el sector residencial de la ciudad.

Salimos tras él. El lugar era parecido a cualquier barrio residencial de cualquier ciudad, aunque un poco más primitivo. A ambos lados de la avenida había mansiones amplias, con ventanas altísimas, separadas por jardines. La calzada estaba construida con adoquines pequeños y parejos, y corría entre dos hileras de eucaliptos, cuyas copas se unían por encima formando un arco. Vimos dos o tres personas que caminaban, y un carro tirado por caballos.

El edificio en el que habíamos pasado la noche era una mansión igual a las otras: reconocimos a su alrededor el paisaje que habíamos

visto a nuestra llegada al Palacio, desde la biblioteca.

—¿Tienen ganas de caminar? —preguntó Dorbrod. Sin esperar respuesta, empezó a andar hacia el este, donde el sol se asomaba apenas entre las hojas de los árboles. Lo seguimos, y así pasamos cerca de una hora, avanzando lentamente entre las mansiones.

Había poca gente en la calle. Cada vez que nos cruzábamos con alguien Dorbrod lo saludaba con una inclinación de cabeza, y disfrutaba al ver cómo nos miraba. Guem era quien más llamaba la atención, con la computadora a cuestas.

A veces Dorbrod nos decía el nombre de los Palacios por cuyas puertas pasábamos: el Palacio Gurug, el Palacio Trupart, el Palacio Carrac, el Palacio Soldos. Finalmente, Julmar dijo:

En Camarjali los nombres tienen una cualidad.

Ahora que los conoces dime pronto: ¿cuál será?

Julmar tenía razón: todos los nombres eran capicúas. Sin embargo, había algo más llamativo en qué pensar.

Según Dorbrod, cada mansión escondía un imperio como el suyo. A veces, más grande todavía. Le decepcionó ver que eso no nos asombraba demasiado. Trató de impresionarnos hablando del Palacio Brillirb, que cuenta con once mil alas y tres millones de habitantes. Del Palacio Laurual, que tiene una sola ala, pero con una superficie de millones de kilómetros cuadrados, por la que corren

veloces vehículos a pedal y dirigibles grandes como una montaña. Del Palacio Granarg, en cuyas alas crecen plantas inteligentes que administran la producción y dan semillas que al salir del Palacio mueren. Del Palacio Yy, tan antiguo que se dice que ya existía cuando Camarjali fue creado. Del Palacio Jordroj, cuyo único habitante no era visto en la ciudad desde hacía cientos de años, y se contaba que había descubierto otra ciudad, en algún punto desconocido de Camarjali, exactamente igual a la que recorríamos, donde había otro Palacio Jordroj, otro Palacio Yy, otro Palacio Granarg, otro Palacio Laurual. Pero nosotros escuchábamos estas maravillas sin pestañear, porque Camarjali ya nos había sorprendido muchas veces. Fue Parcino quien descubrió la paradoja: lo único realmente sorprendente, en ese momento, hubiera sido no recibir más sorpresas.

De los tres, sólo Guem mostró interés por la ciudad, pero no por mucho tiempo. Ella hubiera querido entrar a cada Palacio y comprobar los relatos de Dorbrod, llenar la memoria de la computadora con datos que pudiera tomar de primera mano. Pero Dorbrod decía que estaba mal visto llamar a las puertas de un Palacio sin haber sido invitado.

En la ciudad sólo había tres avenidas paralelas. A Yallay daban los frentes de las mansiones. A Iallai y a Jallaj, los fondos. Cada tanto, una calle transversal las unía. Poco antes de llegar al extremo de Yallay, Dorbrod nos llevó a Jallaj, que daba a

los fondos de su propio Palacio, y empezamos el camino de regreso.

En Jallaj el panorama era completamente distinto. Había centenares de carros que traían y llevaban mercaderías, levantando polvo entre los gritos de los vendedores, compradores, cargadores, guardias, carreros y curiosos que llenaban la calle. No había árboles ni jardines. Las mansiones llegaban al borde de la calzada, y ahora parecían depósitos, con puertas enormes por las que entraban y salían los carros.

Dorbrod apuró el paso. Fue difícil no perderlo en medio de la multitud. Parcino se ubicó a la espalda de Guem, para proteger la computadora de los golpes y empujones. Cada tanto, Julmar se paraba a mirar algún artículo que la atraía, y teníamos que arrastrarla con nosotros para que no se retrasara. Mientras recorríamos Jallaj, Dorbrod no dijo nada. Parecía estar incómodo. Cambió de actitud recién cuando llegamos a su Palacio.

—Esta es mi puerta de intercambio —dijo entonces, con orgullo—. Una de las mejor organizadas de la ciudad.

En realidad, no veíamos que fuera diferente de las otras, excepto que aquí la gente se corría para dejarlo pasar. Pudimos llegar junto a ella sin recibir un solo golpe. Al otro lado había un espacio cerrado que debía tener más de cien metros de lado. La actividad era intensa, y se duplicó cuando quienes trabajaban ahí vieron aparecer a Dorbrod.

Al entrar nos dimos cuenta de que

no era un depósito, sino el centro de distribución del Palacio. Por todas partes se abrían puertas que daban a otras alas, y por ellas salía mercadería de muchas clases. Dorbrod insistió para que lo acompañáramos puerta por puerta, mientras nos describía cada uno de los productos que salían por ellas, a dónde iban, quién los compraba y qué obtenía él a cambio. El ruido era ensordecedor, y apenas podíamos oírlo. Al final, conseguimos que nos llevara por otra puerta a la parte delantera del Palacio.

Nos sentamos agotados en los sillones del vestíbulo. Dorbrod se rasgó la barba.

—Parece que la ciudad no los ha entusiasmado —dijo.

Antes de contestar, Parcino lo miró durante unos segundos.

—Creo que hay una sola cosa que puede entusiasmarnos a esta altura —dijo.

Dorbrod se rió, y le dio una palmada en el hombro.

—Entiendo —dijo—. Voy a buscar un sacerdote.

* * *

El sacerdote no llegó hasta la hora del almuerzo, y para entonces Carrac había vuelto. Nos ubicamos en torno a la mesa del comedor, con el sacerdote a la derecha de Dorbrod. Sauas no estaba: había dado alguna excusa para no tener que soportarnos a nosotros y a su marido. El sacerdote no era el que habíamos visto en el estadio, pero llevaba un traje de plumas idéntico, y la cara pintada con lí-

neas verdes y rojas, como el otro. Cuando se reía parecía un payaso.

—Estos señores —le explicó Dorbrod cuando trajeron el primer plato— quieren encontrar algo que perdieron, u otra cosa que lo reemplace. Ellos le dirán de qué se trata. Tome sus deseos como si fueran los míos.

—Que los dioses sean propicios —dijo el sacerdote, y empezó a comer.

—Tienen que describir su nave, o globo, o lo que sea —dijo Carrac—, con todo detalle. Especialmente sus partes más importantes, las que hacen que funcione.

—Y no se olviden de abrir sus mentes —dijo Dorbrod—. El sacerdote debe tener acceso a sus pensamientos más profundos. En esto, las palabras son lo de menos.

—Vamos a tratar —dijo Parcino. El sacerdote, en tanto, seguía comiendo, sin levantar la vista de su plato.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo Guem.

—Nunca se sabe —dijo Julmar. Le habíamos explicado de qué se trataba, sobre todo la parte en que ella se había dormido.

Guem no volvió a hablar en toda la comida. Mientras terminábamos el primer plato, Parcino describió la forma de la nave, el casco y para qué servía. Con la sopa, Julmar habló de los camarotes, la cabina de mando, los proyectores de películas, los depósitos de víveres. Cuando trajeron el plato principal, Parcino trató de explicar el funcionamiento del motor, mientras se hacía un lío con los depósitos de combustible y la fuente de alimentación. Durante el postre,

Julmar y Parcino se interrumpieron mutuamente tratando de demostrar que todo lo que habían descrito entraba en un espacio tan pequeño. Cuando llegó el café ya estaba dicho todo lo que podíamos decir, y el sacerdote todavía no había levantado los ojos.

—Un vehículo maravilloso, el de ustedes —dijo Carrac—. Me gustaría tener uno así.

—Pídaselo a sus sacerdotes —dijo Guem, que estaba de mal humor.

—Hay que tenerlo en cuenta —dijo Dorbrod—. Después que ustedes encuentren el suyo, voy a pedirle al sacerdote que busque uno para mí.

Parcino estaba por decir algo, pero entonces el sacerdote soltó la cucharita que tenía en la mano y levantó ambos brazos.

—Los dioses están preparados —dijo, y se puso de pie.

—Buena señal —dijo Carrac.

El sacerdote salió del comedor, y nos apuramos a seguirlo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Parcino.

—No sé —dijo Dorbrod—. El sacerdote ya debe haber recibido alguna señal, y nos estará llevando al lugar donde hay que abrir la puerta.

—Esperen —gritó Guem, que se había retrasado por no querer dejar la computadora.

El sacerdote, con nosotros detrás, fue hasta la biblioteca, saltó por la puerta que había allí, y luego nos llevó a través de otras veinte o veinticinco puertas. En ningún momento miró hacia atrás, como si no le importara si lo seguíamos o no. Al fi-

nal, llegamos a una choza de cañas, y de ella salimos a un pastizal en el que algunas vacas corrieron espantadas al vernos.

—Aquí —dijo el sacerdote, parándose a veinte metros de la choza, y señalando el suelo.

—¿Ya podemos perforar? —preguntó Julmar—. Necesito mi taladro.

—Todavía no —dijo Dorbrod—. Este es el sitio con mayor probabilidad de llevar a su nave. Ahora hay que conseguir que los dioses den su apoyo para que la probabilidad se transforme en certeza.

—Podemos sentarnos —dijo Carrac.

Le hicimos caso, y nos ubicamos en el suelo, formando una ronda en torno al sacerdote, que seguía de pie.

Durante varios minutos no ocurrió nada. Luego el sacerdote se puso de cuclillas, sacó una flauta de su traje y se puso a tocar. Su música no tenía tonalidad, ni ritmo, ni melodía, pero sí alguna cualidad que la hacía atractiva. Después, Parcino, el músico del grupo, no sabría explicar el encanto de esa flauta, que nos mantuvo inmóviles y en silencio durante más de una hora.

El sacerdote dejó de tocar tan de golpe como había empezado, y nos dimos cuenta de que nos dolían todos los músculos. Nos pusimos de pie, y nos sacudimos la hierba que se nos había pegado a la ropa.

—Listo —dijo el sacerdote—. Tienen que perforar acá.

—¿Eso fue todo? —preguntó Parci-

no—. Ayer, en el estadio, el asunto fue mucho más complicado.

—Había público —dijo Dorbrod—, no se olvide de eso.

—¿Voy a buscar el taladro, entonces? —dijo Julmar.

—Yo diría —intervino Carrac— que si piensan partir ahora traigan todo su equipaje. Un sacerdote nunca se equivoca.

Dorbrod se ofreció a guiarnos en el camino de regreso, y volvimos a atravesar las puertas que habíamos cruzado tras el sacerdote. Ibamos sólo Dorbrod, Julmar y Parcino: Guem se había quedado a calcular la posición del pastizal con la computadora. Carrac quería ver cómo funcionaba ese aparato misterioso. El sacerdote se había vuelto a poner de cuclillas, y había cerrado los ojos con fuerza: según Dorbrod, así conseguía que el lugar no perdiera sus cualidades.

Cuando llegamos otra vez al pastizal, con los bultos a cuestas, el sacerdote seguía en la misma posición, y Guem acababa de terminar los cálculos.

Carrac estaba enojado.

—La señora Gancirado —dijo— no quiso darme ninguna explicación sobre su aparato.

—No se preocupe —dijo Parcino—. Con todo el mundo es igual.

—Esto es muy raro —dijo Guem, cuando nos acercamos a ella—. Las coordenadas son las mismas del lugar donde dejamos la nave.

Parcino sonrió.

—Esto demuestra que algo de ver-

dad hay en lo que dicen del sacerdote —afirmó.

No veo por qué —dijo Guem—. Si hacemos un agujero nos vamos a alejar de aquí. De ese modo, no entiendo cómo vamos a llegar a la nave.

—Harán dos agujeros —dijo el sacerdote, que se había vuelto a incorporar. Lo miramos—. El primero aquí. Luego caminarán hacia el norte, hasta llegar a un árbol solitario en medio del desierto. Junto al árbol harán el segundo agujero. Entonces caminarán hacia el sur, hasta llegar a este mismo lugar, en otra encarnación de Camarjali. Allí encontrarán su nave.

Durante un minuto no dijimos nada.

—¿De veras? —preguntó Julmar después, un poco asustada.

—Los dioses lo han dicho —respondió el sacerdote.

—De los dioses no se duda —dijo Dorbrod—. Hagan lo que dice el sacerdote, y verán.

Julmar sacó su taladro.

* * *

Mientras Julmar trabajaba aparecieron varios hombres que arrastraban un carro. El carro estaba cargado de jaulas.

—Los pájaros —dijo Julmar—. No puedo creerlo.

—Créalo, señora Codi —dijo Dorbrod—. Me pareció que usted les tenía un cierto aprecio, y ordené que los capturaran. De todos modos, no se habían alejado mucho de la biblioteca.

A una señal de Dorbrod, los hombres del carro abrieron las jaulas, y los pájaros salieron disparados hacia el cielo. Formaron un rombo sobre nuestras cabezas, el rombo se transformó en una circunferencia, y la circunferencia en una estrella. Luego se posaron a nuestro alrededor.

—Lo más difícil —dijo Dorbrod— fue darles de comer. Mi personal los descubrió piooteando las paredes. Parece que lo único que quieren es piedra.

—¿Están amaestrados? —preguntó Carrac.

—En todo caso, los amaestrados somos nosotros —dijo Parcino.

Julmar siguió trabajando, y a los pocos minutos había hecho un agujero lo bastante grande como para que pudiéramos saltarlo. Los pájaros se acercaron medio metro, agitando las alas. Guem dedicó una inclinación de cabeza a Dorbrod y a Carrac, tomó impulso y atravesó el agujero.

—¿Siempre se va así? —preguntó Carrac.

No contestamos. Sin pensarlo, habíamos vuelto a nuestra rutina. Entre Parcino y Julmar levantamos la computadora y la arrojamos detrás de Guem. Después nos sentamos a esperar.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Dorbrod.

—Guem tiene que hacer los cálculos —dijo Julmar.

Carrac y Dorbrod se miraron, y se sentaron frente a nosotros. El sacerdote arrancó una hoja de hierba, se la puso entre los dientes y se fue. Parcino estaba inquieto: se rascaba la ca-

beza, movía los pies y por momentos silbaba algo sin sentido. Después oímos el grito de Guem:

—Mil seiscientos kilómetros al oeste. Pueden venir.

Nos pusimos de pie de un salto, y antes de que Dorbrod y Carrac hubieran hecho lo mismo ya habíamos arrojado nuestros bultos al otro lado.

—Gracias por todo —dijo Julmar.

—Ojalá sus dioses se acuerden de nosotros —dijo Parcino.

—Vuelvan, si pueden —dijo Dorbrod.

—Mejor dicho, si saben cómo —dijo Carrac.

Nos intercambiamos inclinaciones de cabeza y atravesamos el agujero. Al otro lado había un desierto de arena. De inmediato sentimos el calor del sol, que estaba justo sobre nuestras cabezas. A nuestro alrededor se sucedían las dunas.

—Tal como anunció el sacerdote —dijo Julmar—. El habló de un árbol solitario en medio del desierto.

—Vamos a necesitar agua —dijo Guem, que estaba sudando.

—Es cierto —dijo Parcino. Miró hacia el agujero: Dorbrod y Carrac estaban asomando la cabeza—. Cuidado —gritó.

Las cabezas desaparecieron de la vista, y al mismo tiempo el primer pájaro atravesó el agujero.

—Tendrían que haber avisado —oímos que gritaba Carrac—. Estos pájaros están locos.

Tras un día de encierro, los pájaros estaban entusiasmados con el nuevo agujero, y saltaban con más velocidad que nunca. Cuando termina-

ron de pasar empezaron a formar figuras en el aire, tan rápido que los últimos aún no habían ocupado su lugar cuando los primeros ya estaban preparando otra formación.

Parcino sacó una cantimplora de su bulto y se asomó por el borde del agujero. Carrac y Dorbrod estaban mirando otra vez.

—Son notables, sus pájaros —dijo Carrac—. ¿No me los vendería?

—Se los cambio por una cantimplora llena de agua —dijo Parcino.

—De acuerdo —contestó Carrac. Tomó la cantimplora y desapareció de la vista. Un minuto después estaba de vuelta, con la cantimplora llena.

—Los pájaros son suyos —dijo Parcino—. Ahora atrápelos.

Cargamos los bultos. Guem nos indicó hacia dónde estaba el norte y empezamos a caminar. Carrac saltó a través del agujero y se puso a llamar a los pájaros. Julmar se reía. Los pájaros habían formado una V, y ahora volaban en círculos, avanzando lentamente en nuestra dirección.

Los gritos de Carrac eran cada vez más fuertes.

Anduvimos durante horas. Los pies se nos hundían en la arena, y cada vez hacía más calor. Nos movíamos en zig zag, tratando de no tener que trepar a las dunas. Al principio, Parcino se había puesto a tararear una canción, pero ahora lo único que se oía era el jadeo de los tres y los graznidos de los pájaros. Julmar rezongaba bajo el peso del taladro. Nos

quitamos la ropa, nos la volvimos a poner para protegernos del sol, nos la quitamos otra vez. Cada tanto nos parábamos a descansar unos minutos sobre la arena caliente.

Guem aprovechó un descanso para protestar.

—Parcino habrá engañado a Carrac —dijo—, pero el sacerdote nos engañó a todos.

No había señales de ningún árbol. En realidad, parecía imposible que un árbol pudiera crecer en ese lugar.

—Guem es muy impaciente —dijo Parcino, mirando hacia el norte.

—Si hay que caminar mucho —dijo Julmar— lo mejor sería esperar que se haga de noche.

—No —dijo Parcino—, correríamos el riesgo de no ver el árbol.

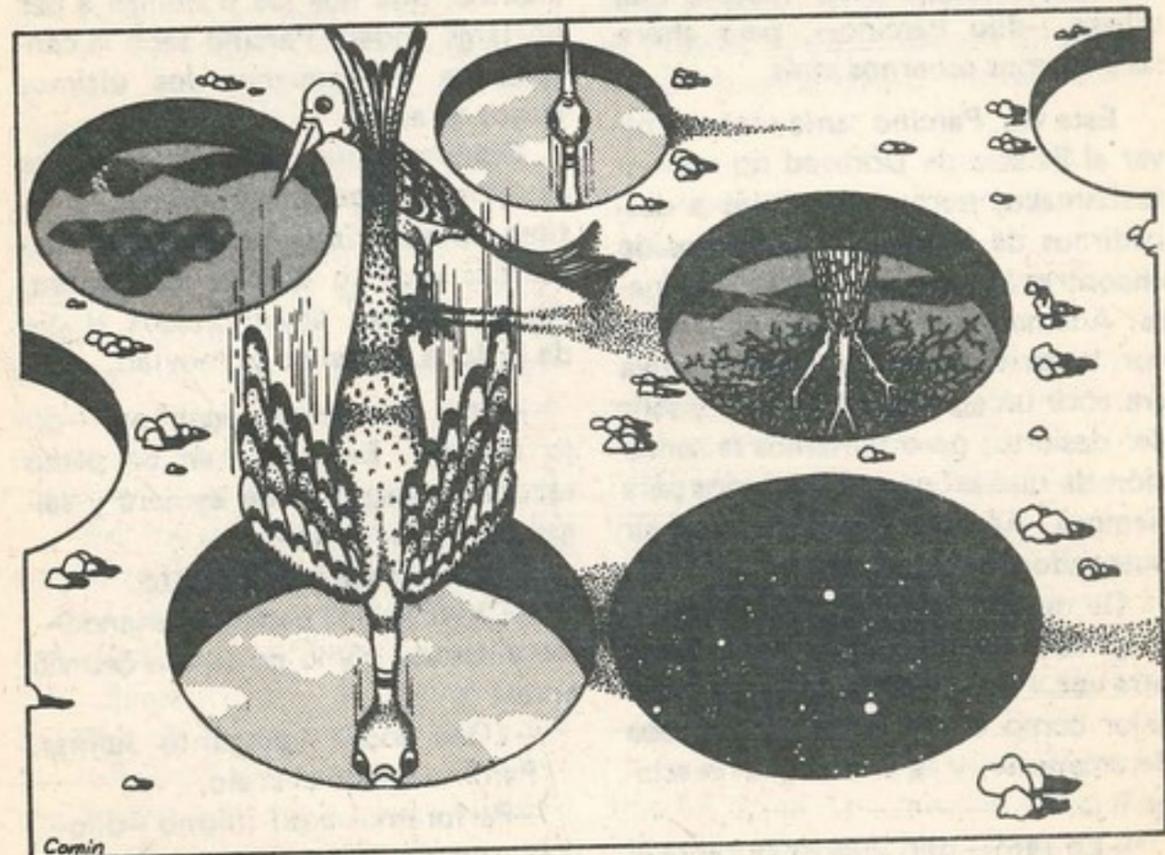
Cuando el sol se puso habíamos avanzado muchos kilómetros. Mientras aparecían las primeras estrellas descargamos los bultos y apartamos la capa más caliente de arena para abrir las colchonetas y pasar la noche allí. Era imposible pensar en comer: lo único que teníamos era nuestra comida en tubos, y no podíamos desperdiciar agua en preparar el guiso.

—Parcino tendría que haber pedido más de una cantimplora —dijo Guem.

—Pensé que el árbol estaría más cerca —dijo Parcino—. La culpa no es mía.

—Parcino nos metió en esto —insistió Guem.

—Y a Guem tampoco se le ocurrió pedir más agua —contestó Parcino.



—¿Por qué no descansan? —dijo Julmar—. Mañana vamos a encontrar el árbol.

Más tarde, los juegos reglamentarios consiguieron calmarnos un poco, y dejarnos más cansados que antes. No volvimos a hablar. La noche fue larga y fría, y nos costó dormir, aun con los abrigos. A la mañana siguiente teníamos hambre, nos dolía el cuerpo y no nos gustaba la idea de seguir caminando.

—Sería estúpido rendirnos ahora —dijo Parcino, que era el más dolorido de los tres.

—¿Quién habla de rendirse? —dijo Guem—. Yo lo único que pido es que Parcino se olvide de ese sacerdote.

—Guem puede pedir todo lo que quiera —dijo Parcino—, pero ahora no podemos echarnos atrás.

Esta vez, Parcino tenía razón. Volver al Palacio de Dorbrod no nos entusiasmaba, porque equivalía a despedirnos de la última posibilidad de encontrar la nave, por lejana que fuera. Además, nos íbamos a encontrar con la furia de Carrac. La alternativa era abrir un agujero allí mismo y salir del desierto; pero teníamos la sensación de que así nos perderíamos para siempre. Antes era preferible seguir buscando el árbol.

De modo que nos pusimos de pie, cargamos los bultos y caminamos otra vez. Por lo menos no hacía tanto calor como el día anterior: acababa de amanecer, y la arena todavía estaba fría.

—Lo raro —dijo Julmar durante el

primer descanso— es que Guem no insista en seguir explorando.

—Es una suerte —dijo Parcino. Guem no lo oyó.

—Camarjali es más grande que lo que puedo abarcar yo sola —dijo—. Hay muchas cosas que no entiendo, y no sé cómo encontrarles explicación. Pero acá adentro —señaló la computadora— llevo la información necesaria para convencer al Centro de que envíe una gran expedición. Lo que quiero es volver a Camarjali, con los medios necesarios para conocerlo.

—Todavía no nos fuimos —dijo Parcino—, y Guem ya quiere volver.

Al mediodía nos detuvimos otra vez. Estábamos junto a una duna enorme, que nos iba a obligar a dar un largo rodeo. Parcino sacó la cantimplora y tomamos los últimos tragos de agua.

Creíamos que los pájaros no se cansaban nunca, pero durante la última hora habían empezado a posarse más seguido que de costumbre. Ahora estaban amontonados al pie de la duna, y casi no se movían.

—Esto no puede seguir así —dijo Guem—. Exijo que en un plazo razonable hagamos un agujero y salgamos de este lugar.

Parcino se paró de un salto.

—Claro —dijo. Estaba sonriendo—. No entiendo cómo no se nos ocurrió antes.

—¿Qué cosa? —preguntó Julmar. Parcino señaló el suelo.

—Perforemos aquí mismo —dijo—, y busquemos agua al otro lado. Des-

pués podemos volver, y seguir caminando hacia el norte.

La idea de Parcino era tan obvia que nos avergonzó no haberla tenido el día anterior. Julmar sacó su taladro, hizo una perforación, y un rato después Guem ya había traído tres cantimploras llenas de agua.

Los pájaros debían estar desesperados, porque saltaron detrás de Guem, sin preocuparse por nosotros, y tardaron media hora en volver.

—Al otro lado hay un bosque —dijo Guem—, a tres mil kilómetros de acá. ¿Por qué no vamos a comer a la sombra?

—No —dijo Parcino—. No quiero que el desierto cambie mientras estamos afuera.

—Creo que a Parcino el sol le afecta la cabeza —dijo Guem.

—Yo tampoco quiero saltar —dijo Julmar—. Ya tenemos agua. ¿Qué más necesitamos?

Guem comprendió que estaba en minoría, y no insistió. En todo caso, también debía tener sus dudas, porque ni se le ocurrió saltar ella sola. Preparamos un guiso y comimos al sol. Después, con el estómago lleno, volvimos a ponernos en marcha. Rodeamos la duna.

Al otro lado estaba el árbol.

—Era cierto —gritó Parcino, mientras corría hacia él.

El árbol era una palmera solitaria, que crecía junto a un charco de agua. Los pájaros trataron de posarse en su penacho de hojas, pero no había lugar suficiente para todos, y terminaron aterrizando en la arena. Julmar no esperó que dijéramos nada: sacó

su taladro otra vez y se puso a trabajar.

—Supongo que esto alcanza para convencer a Guem —dijo Parcino, acariciando el tronco de la palmera.

—Todavía no vimos la nave —dijo Guem.

El suelo era más blando que de costumbre, así que Julmar terminó pronto. Luego de saltar y hacer sus cálculos, Guem gritó:

—Mil seiscientos kilómetros al este. Estoy casi en la posición de la nave.

—Hasta aquí se cumple lo que dijo el sacerdote —Parcino estaba contento, y Julmar se contagiaba de él. Saltemos pronto.

Pasamos los bultos y atravesamos el agujero. Al otro lado había un valle angosto, entre sierras cubiertas de maleza. A pocos metros del agujero corría un arroyo pedregoso. Estaba fresco.

—Ahora tenemos que ir hacia el sur —dijo Parcino, levantando sus bultos.

—Pero éste no es el lugar donde dejamos la nave —dijo Guem.

Era cierto. Sin decirlo, habíamos esperado volver al hormigón veteadado. Parcino alzó los hombros.

—Pudo haber cambiado —dijo—. ¿Qué importa eso?

Julmar no nos escuchaba. Estaba inclinada sobre el agujero, mirando al otro lado.

—¿Qué les pasa a los pájaros? —preguntó.

Nos acercamos a mirar. Parecía que los pájaros no querían saltar. Algunos se asomaban por el borde del

agujero y daban graznidos. Los demás volaban en círculos, a poca altura. Julmar pasó un brazo y atrapó a uno por el cuello. Cuando lo trajo a nuestro lado el pájaro aleteaba con todas sus fuerzas, y Julmar tuvo que soltarlo. Sin perder un segundo, el pájaro volvió a cruzar el agujero y desapareció de la vista.

Entonces el agujero se cerró.

Nos echamos hacia atrás y nos cubrimos la cabeza, temiendo que fuera algún derrumbe. Pero no ocurrió nada. Volvimos a mirar, y nos acercamos otra vez.

—El sacerdote no habló de esto —dijo Guem.

Nos quedamos mudos, tratando de entender qué había pasado. Julmar palpaba el lugar donde había estado el agujero: como el resto del terreno, estaba cubierto de pequeñas piedras. Justo en el centro crecía un trébol. Parcino se rascaba la cabeza. A cada momento estaba a punto de decir algo, y luego se arrepentía. Guem observaba los movimientos de Julmar, sin hacer nada.

Un rato después, Julmar puso en marcha el taladro.

—¿Qué va a hacer Julmar? —preguntó Parcino.

—Otro agujero —contestó Julmar—. Esto no va a quedar así.

Esperamos. Julmar trabajó con toda la energía de que era capaz, y a la media hora había llegado a una profundidad de medio metro.

—¿Qué pasa? —preguntó entonces, mientras apagaba el taladro. Nos acercamos a mirar.

A esa profundidad el pozo ya de-

bía haber llegado al otro lado, y sin embargo seguía cerrado. Parcino le quitó el taladro a Julmar y continuó perforando. Durante una hora nos turnamos en el trabajo, y después nos dimos por vencidos. Habíamos llegado a más de un metro de profundidad, y el pozo todavía estaba cerrado.

—Probemos en otro lugar —propuso Guem.

Lo hicimos, pero no hubo diferencia. Al parecer, el suelo de Camarjali había perdido sus propiedades.

—Bueno —dijo Parcino al final—, no vamos a demorarnos por esto.

—¿Demorarnos? —dijo Guem—. Si algo le daba interés a Camarjali, eran los agujeros. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Buscar la nave —dijo Parcino—. Es lo único que me interesa.

—Yo digo lo mismo —afirmó Julmar, mientras guardaba el taladro.

Bajo las protestas de Guem, levantamos campamento y empezamos a caminar a lo largo del valle, en dirección al sudeste. Así nos apartábamos de la dirección indicada por el sacerdote, pero no teníamos otra alternativa: las sierras eran demasiado escarpadas para escalarlas. De todos modos, a un par de kilómetros el valle se curvaba hacia el sur. Nuestra idea era recorrer una distancia razonable, y luego, si todavía no habíamos encontrado la nave, buscar algún punto por el que pudiéramos escalar una sierra y observar los alrededores desde la cima.

Tuvimos más suerte que la que esperábamos. Después de tres horas de

marcha, y tras doblar la segunda curva del valle, vimos la nave recostada entre un grupo de rocas.

Gritamos de alegría, y empezamos a correr, todos menos Guem, que siguió caminando mientras repetía:

—No puede ser.

* * *

Subimos a bordo, dejamos los bultos en el suelo y nos echamos en las sillas de la cabina de mando.

—Por fin —dijo Julmar.

—Me imagino que Guem se habrá dado por vencida —dijo Parcino.

—Nadie me demostró —dijo Guem— que esto no sea una gran coincidencia.

Parcino se rió. Seguíamos pensando como siempre, pero ahora nadie tenía ganas de discutir. Estábamos en la nave. Podíamos volver al Centro. Julmar se reuniría otra vez con sus películas, Parcino tendría tiempo para componer, y Guem prepararía su informe. Después cada uno continuaría su vida, participaría en otros grupos o conseguiría ser destinado a alguna cómoda oficina del Centro. Con el tiempo nos olvidaríamos de Camarjali.

—¿Qué es eso? —preguntó Julmar, señalando algo que había en un rincón, cerca de Parcino. Parcino se inclinó a un costado y lo levantó.

—Un sombrero —dijo, mientras le daba vueltas entre las manos.

—No sabía que Parcino usara sombrero —dijo Julmar.

—No es mío —dijo Parcino—. Debe ser de Guem.

—Jamás tuve un sombrero como éste —dijo Guem.

Nos miramos, y luego miramos a nuestro alrededor.

—¿Hay alguien aquí? —gritó Julmar.

Silencio.

—Conteste —insistió.

Nada. Sin decir una palabra, nos pusimos de pie y fuimos a revisar los camarotes. Guem abrió la puerta del primero y pegó un grito. Parcino se echó hacia atrás. Julmar empujó a Guem para que la dejara ver.

—Esta no es nuestra nave —dijo.

Parcino se acercó despacio.

—¿Qué vieron? —preguntó.

El camarote era diferente de los nuestros. Para empezar, estaba pintado de otro color, y tenía dos literas en vez de una. Había otros cambios, menos evidentes, pero que bastaban para comprender que nada era como recordábamos.

Corrimos a revisar el resto de la nave. Estaba vacía, pero por todas partes había señales de que allí había habido otra gente. Además de las diferencias en las instalaciones, encontramos una tela a medio pintar en un atril, ropa que no nos pertenecía, una computadora portátil de un modelo más reciente que la nuestra, cuadernos con notas que no habíamos escrito, cubiertos, vasos, platos con marcas que no conocíamos. Pasamos varias veces por cada lugar, como si así pudiéramos conseguir que esa nave extraña se transformara en la nuestra. Nos comunicamos a los gritos cada nuevo descubrimiento, abrimos los cajones y tiramos su con-

tenido buscando algo familiar, miramos a nuestras espaldas como si en cualquier momento las paredes fueran a atacarnos. Después nos reunimos otra vez en la cabina de mando.

—¿Qué hacemos? —dijo Parcino.

—No sé —dijo Julmar.

—Veamos el archivo —propuso Guem.

Lo encendimos, pero no sabíamos qué preguntar. Al final, Guem se acercó al micrófono y dijo:

—Identifique a sus tripulantes.

—Agentes Sura Baminde, Lal Vercinguim, Silano Gueri —contestó el archivo—. Miembros del Centro.

—Es absurdo —dijo Parcino—. El Centro jamás envía dos expediciones simultáneas al mismo planeta.

—Silencio —pidió Guem, y volvió a hablarle al archivo—. ¿Dónde están los tripulantes?

—En viaje de exploración —dijo el archivo.

—¿Cuándo volverán? —preguntó Julmar.

—No tengo datos —dijo el archivo.

Guem lo apagó de un golpe.

—Llamemos al Centro —dijo.

—¿Y si no contestan? —dijo Parcino.

—Hagamos la prueba.

Parcino se sentó frente a la radio, movió algunos controles y apretó el botón de llamada. Al rato oímos una voz.

—Aquí el Centro.

—Aquí Parcino Gasbim, de la expedición Camarjali —dijo Parcino—. Tenemos un problema.

—Espere —dijo la voz. Un rato des-

pués volvió a hablar—. No tengo anotado a ningún Parcino Gasbim.

—¿Qué? —gritó Parcino. Guem le tapó la boca y tomó su lugar.

—Escuche —dijo—. ¿Por qué enviaron dos naves a Camarjali? Está prohibido por el reglamento.

—¿Quién es usted? —dijo la voz.

—Le hice una pregunta —insistió Guem.

—Nadie envió dos naves a Camarjali —dijo la voz—. Y si no me dice su nombre, le advierto que...

Guem apagó la radio y después le dio un puñetazo. Volvió a encender el archivo.

—Informe sobre el objeto de la expedición —dijo.

—En primer lugar —contestó el archivo—, prospección de yacimientos de metales pesados. En segundo lugar, clasificación de la vida aborígen. En tercer lugar...

—Suficiente —dijo Guem, y se volvió a nosotros—. No sé qué pensarán ustedes —agregó—. Pero creo que éste no es nuestro Camarjali.

—No entiendo —dijo Julmar.

—Fíjense bien —Guem volvió a hablarle al archivo—. Planteo una hipótesis —dijo—. Hecha una perforación en el suelo de Camarjali, a los treinta centímetros de profundidad se conecta con otro sector de la superficie del planeta —Guem hizo una pausa—. ¿Coincide esta hipótesis con los datos disponibles?

—No —dijo el archivo.

Guem buscó una silla y se sentó.

—¿Nadie me va a explicar lo que pasa? —dijo Julmar.

No contestamos. Parcino no sabía

qué hacer. Guem había cerrado los ojos y se alisaba el pelo. El archivo, cuando pasaron cinco minutos sin que recibiera más preguntas, se apagó. Julmar se paró frente a la consola de mando.

—Volvamos —dijo.

—¿A dónde? —preguntó Parcino.

—Al Centro —dijo Julmar—. Antes que ocurra alguna otra cosa.

No sabíamos qué más podía ocurrir, pero Julmar tenía razón. Nos pusimos en movimiento, y a los diez segundos cada uno estaba en su posición de despegue. Cerramos todas las compuertas, comprobamos el nivel de combustible y fijamos la trayectoria en la computadora central. En cuanto estuvo todo listo, partimos.

En la pantalla principal, Camarjali se fue haciendo cada vez más pequeño. Veíamos el mar azul, los continentes verdes y marrones. En algunas partes había nubes. Le dimos la espalda, y nos miramos las uñas sucias.

En una nave tipo B no entran seis personas. Si en algún momento nos sentimos culpables, la sensación desapareció enseguida.

Parcino lo dijo muy bien:

—Al fin y al cabo, si nosotros encontramos su nave, ellos pueden encontrar la nuestra.

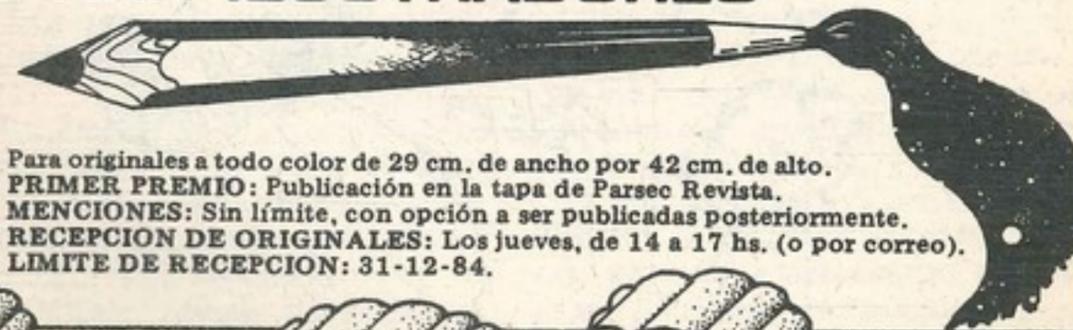
FIN

(c) Eduardo Abel Giménez, 1984

REGALE LIBROS

de ediciones Filofalsía, son un triple regalo: para el agasajado, para usted y para nosotros. Ya que aumentar las ventas es vital para una editorial independiente; así, y sólo así, podremos aumentar el número de títulos y autores.

PRIMER CONCURSO PARSEC PARA ILUSTRADORES



Para originales a todo color de 29 cm. de ancho por 42 cm. de alto.
PRIMER PREMIO: Publicación en la tapa de Parsec Revista.
MENCIONES: Sin límite, con opción a ser publicadas posteriormente.
RECEPCION DE ORIGINALES: Los jueves, de 14 a 17 hs. (o por correo).
LIMITE DE RECEPCION: 31-12-84.

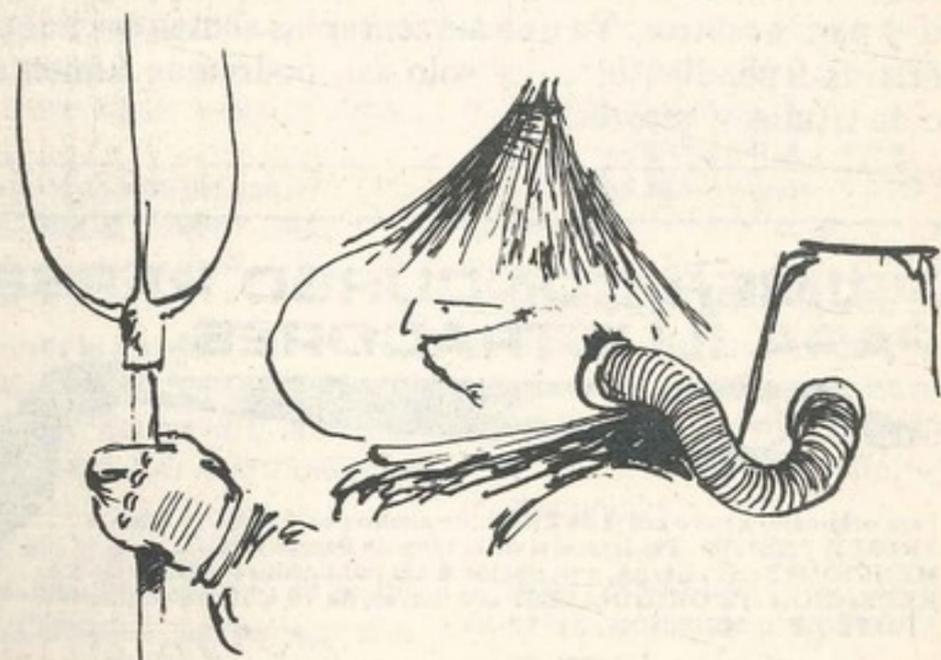
**LIGA ARGENTINA DE AJEDREZ
POR CORRESPONDENCIA (LADAC)**

Torneos postales, matches internacionales, torneos
temáticos – Revista trimestral informativa y técnica –
Informes por correspondencia

TERRERO 1015 (1406) Capital Federal

**NO DUDE EN PONERSE EN CONTACTO CON
EL CIRCULO ARGENTINO DE CIENCIA FIC-
CION Y FANTASIA (CACyF) Y PREGUNTAR
SOBRE LAS ACTIVIDADES QUE DESARROLLA**

C.C. 7 – 1453 Sucursal 53 – Buenos Aires



Libros

En un pasado Un parsec de información hablamos de Violación cósmica de Sturgeon, pero nos “dejamos atrás” un libro importante (nos resistimos a hablar de un “clásico”). El alimento de los dioses de H. G. Wells conserva una lozanía casi sorprendente. Según Albert Solé (que tuvo la suerte de leerlo antes que nosotros) el mayor mérito de la novela es haber sabido unir la especulación filosófica con una trama interesante. Esperaremos, una vez más esperaremos.

Han empezado a llegar a nuestras manos algunos de los libros de Acervo que fuimos anunciando en nuestros números anteriores. Hablamos bastante de Sólo un enemigo: el tiempo de Michael Bishop. Ahora le toca el turno a Asesino de mentes de Spi-

der Robinson. Y una vez más nos vemos obligados a desenmascarar una obra mediocre (discreta pero mirando hacia abajo, diríamos en nuestros momentos de benevolencia) escondida detrás del envoltorio de celofán, las cintas rojas... y la promoción. Claro que dentro del panorama ofrecido por Acervo en sus últimas veinte o veinticinco entregas, una novela como Asesino de mentes hasta podría llegar a destacarse.

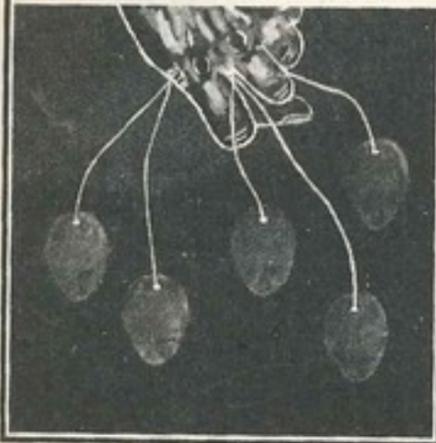
Reconstituida no va –como ya dijimos– de dragones. Pero nuevas voces –voces estentóreas que cruzan el Atlántico sin necesidad de chismes electrónicos– avisan que eso no representa mejora alguna...

Y sin embargo habrá más McCaffrey en Acervo. Se anuncian Los cabalgadores de dragones de Pern y Dama del dragón de Pern. De más está decirlo, ¡estos sí van de dragones!

acervo ciencia/ficción

SPIDER ROBINSON

EL ASESINO DE MENTES



Los devotos de Stephen R. Donaldson (¿hay alguno en la sala?) ya tienen la oportunidad de leerse de corrido la primera trilogía de las Crónicas de Thomas Covenant, el increíble. Acaba de salir el libro III (El poder que preserva) que se une así al I (La ruina del amo execrable) y al II (La guerra de Illearth). No tenemos buenas noticias sobre este señor y sus mamotretos de 600 páginas y 1250 pesetas (que es mucho más dinero de lo que sugiere el cambio oficial).

Pero no todos serán palos para la gente de la calle Julio Verne. Se anuncia La estación de Downbelow de C. J. Cherryh (premio Hugo 1982, y como todos saben el Hugo suele ser más fiable que el Nebula). Claro que tenemos memoria y no olvidaremos fácilmente La puerta de Ivrel y El pozo de Shiuan. Pero le vamos a dar otra oportunidad.

Y para terminar con Acervo (¿qué

largo se hizo Acervo este mes!) hablaremos un poco de terror (aunque, no podemos dejar de confesarlo, el terror es una línea que no nos pasa por el corazón). Sabemos que hay lectores de Parsec que cultivan vicios secretos. Y como nuestra forma de afirmar lo propio no implica negar lo ajeno...

La colección Acervo-terror viene a llenar una necesidad de mercado. Parsec, una revista de ciencia ficción, se limitará a informar de los títulos que vayan apareciendo sin arriesgar, en este caso, opinión alguna. Jamás. No podríamos. Serían, por una cuestión ideológica, opiniones desfavorables.

El Nro. 1 de Acervo-terror fue El parásito de Ramsey Campbell. El Nro. 2 Sueño del Fevre de George R. R. Martin (¿qué hacés, Jorgito, juntándote con esa gentuza?) y el Nro. 3 El horror que nos acecha de Robert Bloch. Hay anunciados dos libros de Charles L. Grant: El nido y Tiempos de pesadilla.

Y ya que terminamos Acervo con un escalofrío, empecemos Martínez Roca del mismo modo.

Eso significa que los de la Gran Vía no iban a quedarse atrás y lanzaron Super-Terror. Y lo único que puede decirse contra esta gente es que si los libros no son mejores que los de Acervo, indudablemente son muchos más...

Hasta ahora podríamos haber leído: Fiebre de sangre de Shelley Hyde; Las mejores historias de terror I, antología de Karl E. Wagner; La llamada de Bob Randall; Las mejores historias de terror II, antología de Charles L. Grant; Los naufragos de las tinieblas de William Hope Hodgson; Miss Finney mata de vez en cuando de Al Dempsey; Las mejores historias

de terror III, antología de Charles L. Grant y El sótano de Richard Laymon.

(Prometemos solemnemente volver sobre este tema en un próximo número; pero antes nos entrenaremos pasando un fin de semana largo —hay uno en agosto— en una mansión abandonada, sin luz, teléfono y contacto con el mundo exterior.)

En un territorio más "normal", volvemos a la colección Super-Ficción de Martínez Roca para saldar una promesa. La persistencia de la visión de Varley contiene los relatos "En el cuenco" (antes en Caralt Nro. 32 como "En la concavidad"), "Cantad, bailad" (inédito), "Perdido en el banco de memoria" (antes en el fanzine Zikkurath 3/4, que es casi lo mismo que inédito) y "La persistencia de la visión" (antes en Nueva Dimensión Nro. 127). Seguimos debiendo el contenido del segundo tomo de Varley.

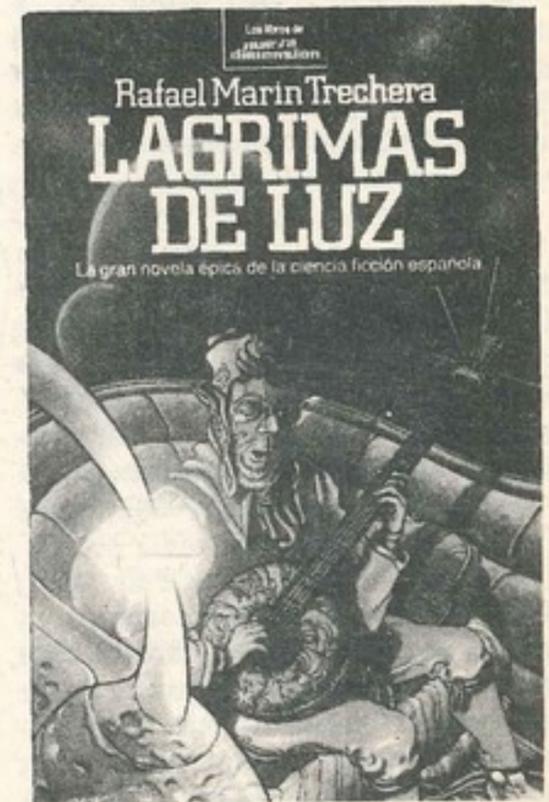
Una sorpresa agradable constituyó tener en las manos el primer libro de la colección Nueva Dimensión. Lágrimas de luz de Rafael Marín Trechera es una generosa novela de 347 páginas preñada de promesas épicas que nos apresuraremos a confirmar. Y además de las promesas épicas, Santos formula una serie de promesas editoriales. Estrella flagelante de Herbert sería el segundo título de la colección y para más adelante novelas (sólo novelas, no antologías ni recopilaciones de relatos, Santos *dixit*) de Domingo Santos, Gerardo Muñoz, Manuel de Pedrolo, John Brunner, Jack Vance.

Por el lado de Ultramar se reitera la futura aparición de Limbo de Bernard Wolfe, la serie de Dune de Her-

bert completa en edición de bolsillo, Los dioses del Mundo del Río (quinto de la serie de Farmer) y Cronopaisaje de Gregory Bendford. También se anuncia el último Heinlein (y no nos ponemos a temblar de ansiedad en absoluto): Job: a Comedy of Justice.

Bruguera (que parece haberse especializado en Asimov) anuncia para muy pronto The Robots of Dawn (nominada para el Hugo 1984 junto con Millenium de Varley, Dama del dragón de Pern, Starside Rising de David Brin y Tea with the Black Dragon de R. A. MacAvoy).

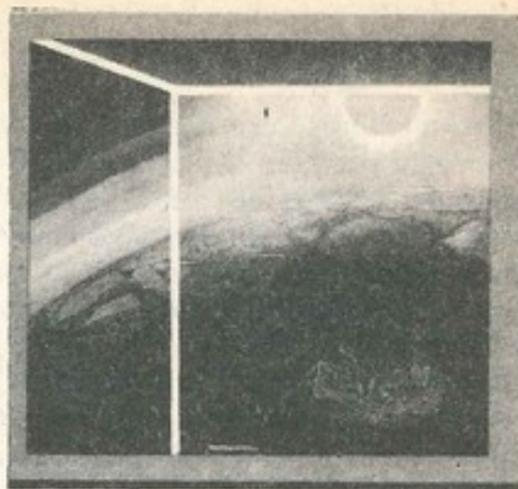
El restaurante del fin del mundo y La vida, el Universo y todo lo demás, las novelas de Douglas Adams que completan la trilogía iniciada con Guía del autoestopista galáctico se-



rían publicadas muy pronto en la colección Contraseñas de Anagrama.

Ahora cruzamos el Atlántico para pasar por Cuba (donde, según ya consignamos, se publica bastante ciencia ficción). Esta vez se trata de una novela de Gregorio Ortega, **Kappa¹⁵** (Editorial Letras Cubanas) y de una antología de relatos de jóvenes escritores cubanos: **Cuentos cubanos de ciencia ficción** (Editorial Gente Nueva). Lo curioso de esta última es la edad de los que participan de la experiencia: Dafna Chaviano (26), Félix Lizárraga (24), Bruno Henríquez (36), Ileana Vicente (37), Alfredo Figarola (34), Leopoldo Córdoba (34), Julián Pérez (34), Rodolfo Pérez Valero (36). Hay unos pocos veteranos como Oscar Hurtado (fallecido en 1977), Angel Arango, Miguel Collazo, Rosendo Alvarez, Félix Mondéjar, Eduardo Frank Rodríguez y Alfonso Castellanos que no hacen sino ratificar la vitalidad de la ciencia ficción en un país con el que estamos unidos idiomáticamente y del que sin embargo sabemos tan poco.

Julio ha sido un mes pobre en cuanto a nuevas ediciones de libros de (o relacionados con) ciencia ficción en Argentina. La excepción la constituye el esperado trabajo de Pablo Capanna (**El sentido de la ciencia ficción -Columba-**, **La tecnarquía -Barral-**) sobre Paul Linebarger/Cordwainer Smith. Cuando escribimos estas notas (mediados de julio) sólo hemos podido ver la tapa (muy sobria) de **El Señor de la tarde**. Tenemos sobrados motivos para suponer que se trata de un material tan jugoso como ameno, tan profundo como riguroso. Los memoriosos (y aquellos



45



CIENCIA FICCIÓN

GREGORIO ORTEGA
KAPPA¹⁵

que siguen las actividades del CACyF desde su fundación) recordarán que Pablo utilizó detalles de sus investigaciones y notas en las charlas del Teatro General San Martín y en la conferencia sobre Smith auspiciada por el CACyF en la casa de Sergio Pérez Fernández, en la Boca, hace un par de años.

Hay un libro sobre el que no nos extenderemos en esta sección (ya que la publicidad en otras páginas de este mismo número es suficientemente explícita). Se trata de **Almarmira**, novela de Miguel Doreau que se integra al ciclo arturo, del que ya conocemos **En lo ojos**, **En el umbral**, **En la trama del fuego (I y II)** y **Primeras investigaciones arturas**. Y decimos que seremos parcos con **Almarmira** porque es de buen gusto parecer modesto cuando se habla de lo propio... Es decir: **Almarmira** es un libro de Ediciones Filofalsía y...

Rubén Pergament (colaborador de Sinergia pero también de diarios y revistas de todo el mundo) nos ha acercado su **Pergamental (básico)**. Si bien este libro de dibujos sólo se relaciona muy tangencialmente con lo que hacemos, no pudimos evitar alguna referencia a su belleza y menos pudimos sustraernos de utilizarlo para ilustrar las páginas de **Un parsec de información**. Nos gustó, Rubén, nos gustó de alma.

Revistas y fanzines

Tránsito Nro. 12 llegó a nuestras manos en julio. Y está efectivamente dedicado a las actividades argentinas (aunque no tanto como hubiéramos deseado). Contiene un relato de Sergio Gaut vel Hartman ("El eterno triángulo"), una nota del mismo sobre el fenómeno literario local, otra de Daniel Croci ("El Imperio, reflexio-

nes a propósito del Kalpa Imperial") y críticas de Joan Manel Ortiz y Raúl Alzogaray sobre fanzines, revistas y libros argentinos. Hubiéramos querido más, pero no es un mal aperitivo...

El número se completa con un nutrido bagaje de críticas de libros a cargo de Albert Solé, Diego Kamunass, Miguel Mas, Juan Carlos Planells, Juan José Parera, Joan Manel Ortiz y Alfredo Esteban. Además hay una sección llamada "Inédito" (con libros de Pohl y Sucharitkul), otra llamada "Vista atrás" (dedicada a repasar libros y revistas aparecidos antes del primer número de Tránsito). Y música, comic, cine, cartas. Es una edición del Equipo Tránsito, Gran de Gracia 229, 1ro. 1a., Barcelona 12, España.

Opción, el fanzine de Luis M. Perea (Capitán Mendizábal 28, 2do. B, Santurce, Vizcaya, España) crece y crece. En el Nro. 6 (al decir de Joan Manel -los muchachos de Opción nos tienen abandonados-) se destaca el relato de Pedro Ma. Rodríguez y en alguna medida los aportes de Yolanda Díaz y Rafael Marín Galvín.

Sigue su marcha S/F, el fanzine gallego de Carlos Yáñez García (Atocha 1, 1ro. D, El Ferrol, La Coruña, España). Ha llegado al Nro. 3. Trataremos de ponernos en contacto con esta gente para obtener algún ejemplar y reproducir una tapa.

Maravillas es el boletín de la Sociedad Española de Ciencia Ficción. Lo edita Francisco Arellano (Dulcinea 57, Madrid 20, España) el otrora artífice de la colección **Delirio** y de **Marginalia**. Contiene (en las 8 páginas del Nro. 0 y en las 16 del Nro. 1) una





gran cantidad de información y notas producidas por los nombres más conspicuos del fandom hispano: Romeo, Parera, Planells, Martínez y otros. Vale la pena. CACyF: se puede aprender; aun un boletín puede ser algo más...

Actividades

La principal actividad del CACyF (Casilla de Correo 7, 1453 Suc. 53 (B), Buenos Aires, Argentina) del mes de agosto la constituye la charla de Carlos Gardini prevista para el día 11. Claro que cuando este número de Parsec esté en la calle esa charla habrá sido pasado. Si bien el CACyF no nos ha procurado información sobre sus actividades de septiembre y octubre, sugerimos a los lectores de Parsec requerirla al domicilio postal señalado más arriba como único método para reducir los efectos del defasaje temporal (¡defasaje temporal en una revista de ciencia ficción! ¡Eso es fidelidad a las propias convicciones!)

Recogimos los ecos de la visita de Angélica Gorodischer a los Estados Unidos y México. La muy activa y simpática escritora porteño/rosarina (¿sabían que Angélica no nació en Rosario?) pasó a gran velocidad por la redacción de Parsec, nos dejó una pila de cuentos, una pila de información y una pila de direcciones de estudiosos de la ciencia ficción latinoamericana en los Estados Unidos y México para que nos pongamos en contacto con ellos. Nos dejó un recorte de una publicación mexicana que habla de la gente importante y de las publicaciones de Argentina. Nos dejó un interesante contacto en México y una punta del notable fenómeno que se desarrolla en Cuba, donde, si los hados lo permiten (y la CIA no se interpone) se proyecta hacer un Congreso Latinoamericano de Literatura Fantástica. ¡Que se haga! ¡Y que podamos estar allí!

En próximos números de Parsec

"Campos de terciopelo", un McCaffrey sin dragones y con mucha hiriente tersura. "Musa", la vuelta del ahora cotizado Dean Koontz con un relato sobre el éxito y la mediocridad de los envidiosos. "Unión", la —por ahora— poco conocida Pyllis Eisenstein y una vuelta de tuerca simple y efectiva en torno a un tema que parecía agotado: la telepatía. "El gran coito espacial", Vonnegut. ¿Necesitan referencias adicionales? "El artefacto", un Simak genuino que le evocará al Simak de siempre. "El ocaso de un cantante" de Bunch, pero sin Moderan. "Una oportunidad para la simetría" de John Brunner, en Camboya, entre varias guerras de variado signo. "Hombres de trapo y hueso" de Algis Budrys. "La leche

del paraíso" de Tiptree Jr. "El polvo del verano" de Pamela Sargent. "Eloísa y los doctores del planeta Pergamon" de Josephine Saxton. "La gran máquina" de Fritz Leiber. "En el Hilton del más allá" de Bob Shaw. "Llámame Proteo" de Edward Wellen. "Granja de engorde" de Orson Scott Card. "Montaña de hierro" de Gordon Eklund. "Arreglándoselas"

de James Blish. "El último mango" de Avram Davidson. "Noche de estreno" de Geo. Alec Effinger. Y Anderson, Dickson, Bishop, Sladek, Lafferty, Piserchia, Dann, LeGuin, McKenna, Plauger, Harness, Young, Stableford, McLean, Bretnor, Knight, Biggle Jr., Silverberg, Goldin, Utley... y Sturgeon.

PROCON

(Proyecto Confianza)

FILOFALSIA es una editorial que tratará, por los medios a su alcance, de abaratar costos con el fin de que sus publicaciones tengan precios accesibles. De todos los títulos, editados o por editarse, sólo la serie PARSEC alcanza a una cantidad de ejemplares por número que justifica su distribución en quioscos; el resto se imprime en tiradas reducidas que promedian los 500 ejemplares y que sólo en ocasiones especiales alcanzan los 1.000. No hace falta profundizar mucho para darse cuenta de que, cuantos menos ejemplares se imprimen, más alto es el costo de cada uno; esto haría que, de ser distribuidos en quioscos o librerías, con los consiguientes recargos por intermediación, sus precios de venta se tornasen excesivos. Como sabemos que en nuestra Argentina hay numeroso público interesado en la ciencia ficción y la fantasía en sus distintas modalidades: la narrativa directa, la poética y la filosófica, es nuestra intención eliminar ese recargo evitando los circuitos comerciales de distribución; esto hará que los precios de venta se reduzcan en un 40% o quizás más.

Hasta aquí todo es muy lindo y casi heroico si se quiere, pero el trabajo no es sólo nuestro, hay algo imprescindible que ustedes, los lectores, deben poner en juego: CONFIANZA. La suficiente como para hacer sus pedidos directamente a Ediciones Filofalsia, por correo o personalmente; en este último caso, más que la confianza, privará el esfuerzo de venirse hasta nuestra redacción, única boca de expendio, pero si decidieran hacerlo por correo, deberán realizar el pago en forma anticipada, enviando giro o cheque, teniendo la certeza (confianza) de que a vuelta de correo recibirán el material solicitado.

Pero aquí no termina la cosa; como muchos habrán notado, la suscripción a la revista cuatrimestral CLEPSIDRA actúa como una suerte de suscripción global a todos nuestros títulos (exceptuando PARSEC), esto hace que los precios puedan ser aún más bajos; numerosos suscriptores ya lo han comprobado, especialmente en nuestros meses promocionales de junio y julio.

De todos modos, PARSEC REVISTA seguirá distribuyéndose en quioscos como una manera de alcanzar nuevos lectores y evitar caer en un círculo cerrado, así servirá para publicitar el resto de las ediciones (además de ofrecer sus excelentes cuentos, modestamente, se entiende, ¿no?).

Para que se den una idea de las variaciones que obtendrán en los precios, vean esta lista:

CLEPSIDRA, en quioscos: \$a 505.-, número individual según el PROCON: \$a 265.-, suscripción por un año (3 números más la bonificación): \$a 525.-
 PARSEC ANTOLOGIA / 2 (180 págs.), quioscos: \$a 670.-, s/PROCON: \$a 350.-
 ALMARMIRA (192 págs.), quioscos: \$a 720.-, s/PROCON: \$a 375.-
 (Nota: Estos precios han sido calculados según los costos del mes de octubre de 1984).

Estos ejemplos son contundentes, nuestra intención está clara: dar cuerpo a una editorial pequeña pero fuerte y que pueda acercarse efectivamente a sus lectores acorde con los tiempos que se viven. Ahora les toca a ustedes.



AV. JUAN B. JUSTO 3167, (1414) CAPITAL

Querido Sergio:

Tengo 15 años y a los 12 empecé a amar la Ciencia Ficción (precisamente con El Péndulo). Perdoná que te tutee pero es que cuando PARSEC llegó a mis manos se me ocurrió que te conocía personalmente (cosa que me gustaría mucho). Los siete relatos son estupendos. Me encantaron "Un cuerpo en la mira.." y "Chop-Suey". Completísima la sección Un Parsec de información.

En definitiva PARSEC cubrió todas mis expectativas, ¡no aflojen! Ahora te pido que respondas a unas pocas preguntas:

- 1) ¿Por qué decís que Levrero tiene poco que ver con la CF? Creo que todo lo que sea fantástico (aunque roce la realidad) entra en el seno de la CF.
- 2) ¿Publicó Robert Sheckley algún libro?, en caso afirmativo ¿podrías darme el nombre y la editorial?
- 3) ¿Cómo hago para comprar SINERGIA?

Gracias por hacer PARSEC, un abrazo espacial,

Diego Hernán Serebrinsky
Cap. Fed.

PD: Mis mayores felicitaciones por tu cuento "Un lapso de reflexión".

PARSEC: ¿Será Diego nuestro lector más joven? No podemos menos que sentirnos felices cuando comprobamos que no somos siempre los mismos viejos delirantes...
Gracias por los elogios. No te imaginás

el riesgo que encierran. Ahora tus preguntas.

1) Levrero no se siente escritor de cf. Y eso debería ser suficiente como punto de partida. Claro que mucha gente que no es escritor de cf escribe eventualmente dentro del género. Te remito al copete que introduce el relato de Levrero que publicamos en este número... que incidentalmente sí es de cf (y hasta él lo acepta sin renuencias).

2) Las novelas de Sheckley traducidas a nuestro idioma son: Dimensión de milagros (Nebulae), Mañana será así (Galaxia -Vértice), Los viajes de Joenes (Acervo) y La décima víctima (Acervo).

3) Aun a riesgo de ser reiterativo: en las páginas de PARSEC hay unos datos (Casilla de Correo 200, 1453 Suc. 53 B) utilísimos para todos aquellos que quieran obtener Sinergia.

Estimado Sergio:

Posiblemente no se acuerde de mí; yo fui uno de los que respondió a su convocatoria de El Péndulo 6, pero jamás volví a tener noticias tuyas, excepto alguna mención a Sinergia en las páginas de la nueva Minotauro.

Y, de golpe, ¡qué alegría! ¡Me lo encuentro en el kiosco con una publicación profesional!

La leí de inmediato y de un tirón. Parsec 2 es excelente, sin duda.(...)

De este número 2 me enloqueció el relato de Young; un tema bien desarrollado y, si me lo permite, MUY original en su tratamiento. Me hace acordar a la mejor época de la CF europea —la buena. Ellison escribe muy bien, pero está lejos de genialidades del estilo de "I have no mouth and I have to scream". Bestor es algo extraño; no se parece a "El infierno es eterno", que es lo único que conocía de él, pero me gustó. El tema de los cyborgs está un poco remanido —léase Moderan—, pero él lo hace breve y lo resuelve en pocas palabras. Es inteligente; si lo alargaba, sonábamos. Y un hallazgo: Zenna Henderson. Qué buena escritora, ¿no?

A Carson no lo conocía y me impactó. Me parece un escritor sombrío, sordo y talentoso. Su cuento no "pega", pero igual conmueve. Valdría la pena que se lo publicara más.

Me alegro de que anuncie a Bunch sin Moderan, que me tenía bastante cansado por la insistencia con que Souto lo manejaba, y espero con ansiedad al gran Sturgeon.

Bueno, estimado Sergio, no voy a extenderme más en esta cartita, quedo esperando el número 3 de Parsec y le deseo la mejor de las suertes en su importante iniciativa. Deseo de todo corazón que siga adelante. ¡Su público lo merece!

Alejandro Ramos
Capital

PARSEC: Es una lástima que esa carta (en respuesta a la mía de el Péndulo Nro.6) no me haya llegado. Hoy podrías ser un dirigente del CACyF... o por lo menos uno de sus activos animadores. Pero nunca es tarde.

Gracias por los elogios. Trataremos de mantener la línea y la calidad de los relatos. A veces no es fácil lograrlo con una revista que se precia (y por ahora cumple) de ser mensual.

Estimados Parsecs:

Días atrás, de camino a mi trabajo, me detuve en un quiosco de Retiro y me encontré con la grata novedad de su revista. Me llamó la atención su tapa, por el colo-

rado y por el contenido de su ilustración la que me pareció brillante; hacía tiempo que no salía en los quioscos una publicación de ciencia ficción y francamente no creí que volvería a ver otra. La compré inmediatamente y en algunos "descansos" de mi oficina comencé a leerla; el cuento: "La Cruz y el Dragón" me pareció excelente, con mucha imaginación, creo que hacía mucho que no leía un cuento tan bueno como ése; eso hizo que, cuando llegase a mi casa y mucho antes, en el tren, leyese todo el resto del material. Me hubiese gustado saber la opinión de Conan Doyle del cuento de Saberhagen: increíble final. "Unos pocos espíritus afines" me pareció de un humor impecable y me alegro de que se hayan animado a publicarlo. La primera parte de la novela de Giménez me dejó con muchas ganas (MUCHAS) de conocer la continuación (¡qué inventiva, Dios!). Del resto de los cuentos, sólo diré que me entretuvo su lectura (no es que sean malos, ojo, pero el nivel de los que mencioné los sobrepasa). Dejo para el final la "tira" de "Ident", esos dedos me impactaron, ojalá que su continuación me depare aún más sorpresas.

Adjunto en esta carta un giro para la suscripción de "Clepsidra" y para que me envíen "Parsec-Antología 1". También me gustaría saber cómo puedo hacer para que me envíen los números uno y dos de la revista los que, lamento decir, no vi por ninguna parte (¿hicieron muy poca publicidad?). espero que no se encuentren agotados.

Me despido de ustedes, enviándoles mis más calurosas felicitaciones, hasta el Parsec Número Cuatro.

Ulises Rodríguez Saá
San Isidro, Bs. As.

PARSEC: Nunca falta un remolón que llega cuando la función ya empezó... Pero cómo vamos a ser duros con un lector que —intuimos— nos será fiel contra viento y marea. Venga, m'hijo, acérquese a la Editorial o gire el importe del último precio de tapa. En algún lugar de este número se explica por qué y para qué hay que tener la colección completa de PARSEC.



ANTOLOGIA/1



REVISTA/1



REVISTA/2



REVISTA/3

Los ejemplares atrasados de PARSEC pueden adquirirse personalmente o pedirse por correo enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital. Precio válido para abonadores: \$64 Sa 350, Ctu